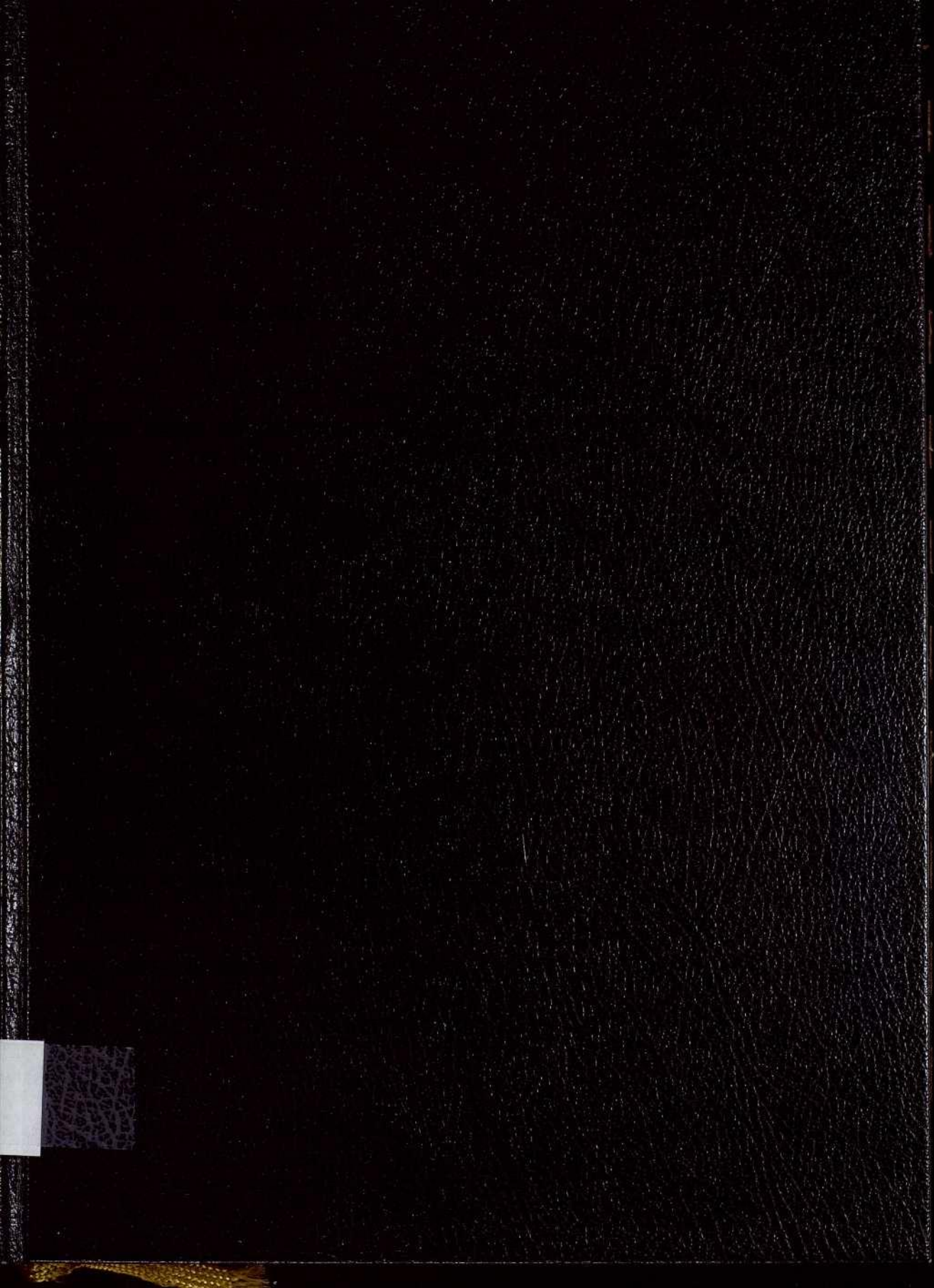
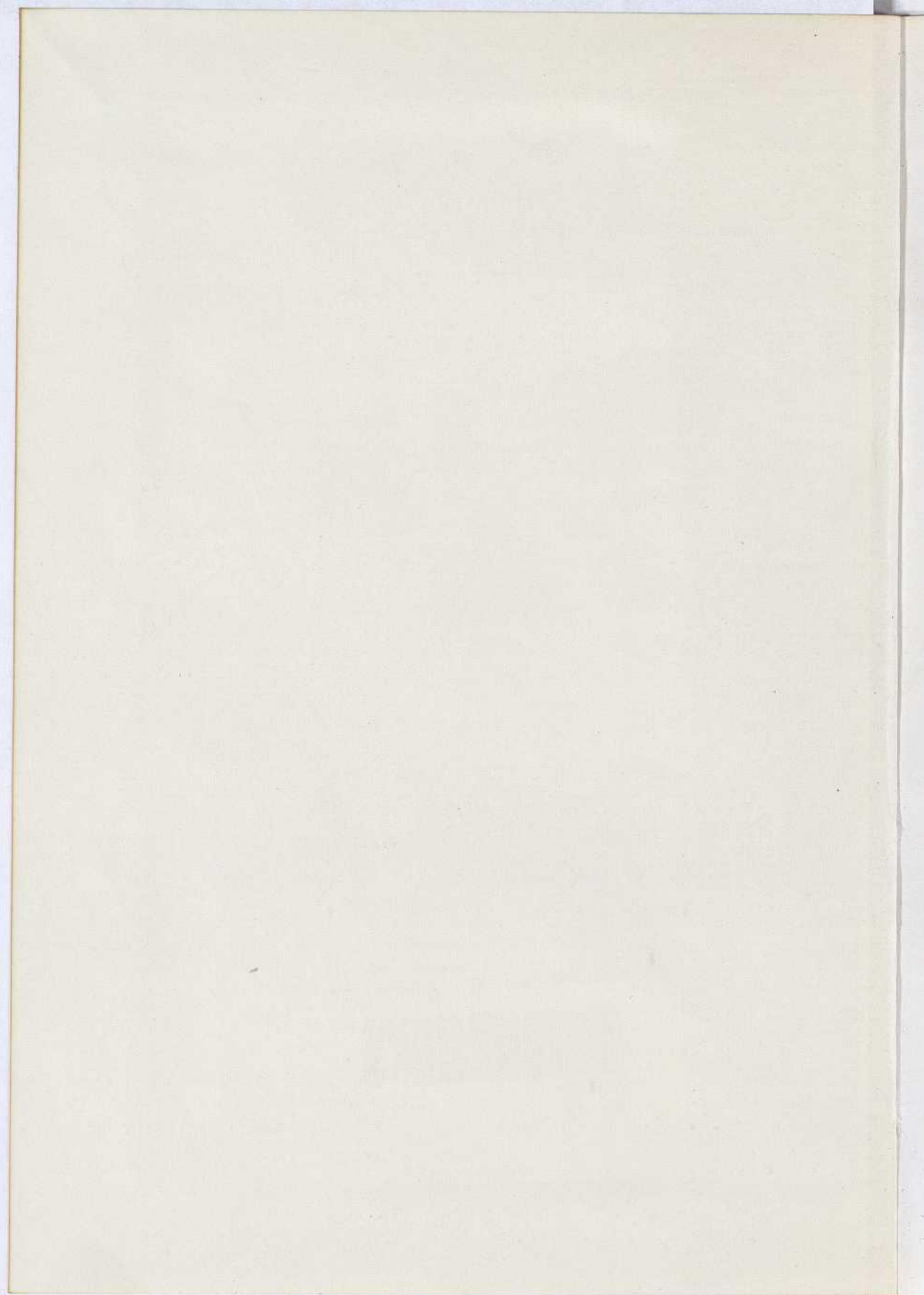






1361754
CIL-14





III

Portrait of George Washington
Painted by Gilbert Stuart
in 1796

ANTONIO CILLERO ULECIA



ANTONIO CILLERO ULECIA
APUNTE DE VICENTE DIEZ MINGUEZ
EN TORIA 25-12-1980



Antonio Cárdenas
Apunte de Vicente Díaz Mirón
en Lima 25-12-1910

ANTONIO CILLERO ULECIA

=====

=====

LOS GENES NO CREEN EN DIOS

Novela

TOBIA (LA RIOJA)

=====

••

•

ANTONIO CILLERO ULECIA

LOS GENES NO CREEN EN DIOS

Novela

Tobía (La Rioja)

Junio 1987

W. Shakespeare:

"La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena, y después no se le oye más...; un cuento narrado por un idiota con gran aparato, y que nada significa "

MACBETH Acto V

II. Escena:

En una casa de una calle
que pasa, un hombre ciego que se
vuelve y mira por la puerta
calle, y después se le oye decir:
un cuento narrado por un niño con
gran espíritu, y que tiene el título

NACIENDO - Acto V

LOS GENES NO CREEN EN DIOS.

La verdad, la pura y escueta verdad es que, lo que aquí voy a contar bien sé que poco o nada le importa a nadie sino a mí. Tiene el escritor la vanidad de creer que todo cuanto crea o sabe que ha sucedido, puede tener valor para los demás y se equivoca, como cree el poeta -craso error- que todo pueblo que pretende ignorar la poesía es una mesnada que vive dentro de un corral con tapias de barro.

Cada decena de años que se van consumiendo en este siglo XX, donde las generaciones nuevas siguen arrinconando más y más los hechos anteriores, sus usos y costumbres, se ve que menos interés tienen los jóvenes por leer y recordar acciones pasadas, por más trascendentales y dramáticas que hayan sido para su pueblo y sus gentes, y puede que lleven razón, aunque, la verdad, sea poco recomendable olvidar la historia, para no reincidir en idénticas y trágicas acciones. Y, sin embargo, yo quiero contar aquí unos hechos que se vivieron antes y durante la última guerra incivil española, consecuencias que, en años sucesivos, fueron llevados a ese continente que hemos considerado como nuestro desde hace cuatro siglos, al que sin saber lo que hacíamos, trasladamos nuestras virtudes y los abundantes defectos que acarrean silenciosamente nuestros genes.

Repito, que no sé si merece ser llevada a libro esta historia, pero, yo me doy el gusto de hacerlo y como soy dueño de mi libertad, pues, lo hago. Advierto que no me molestaré en buscar editor cuando sé que, aquéllos, sólo se interesan por los escritores que gozan de gran fama, y, cuando aquel nombre colocado en sus publicaciones les resulta altamente rentable para acrecentar su negocio. Mi libertad y libre albedrío me hace ser más libre que ellos, ya que no ejerzo para que otros ganen con mis ideas y esfuerzo, obligándome a ser trabajador a sueldo, y, no pocas veces, censurándome, por la estrecha cabeza del capital editor.. Alguien puede decir que qué me mueve a escribir éste libro en el que he de tratar temas como salidos de las arcas de la carcoma decimonona; casos violentos y hasta desagradables, pero, a esa acusación -ingenua por otro lado-, le puedo decir que si hice ciento sesenta obras, pues, puedo hacer la ciento sesenta y una y aquí, en mi biblioteca, no pasa nada, absolutamente nada de nada, porque, como hermanas que son todas ellas sé que, a la nueva venida al mundo de los vivos, le han de recibir bien, faltaría más: incompetencia de muchas confraternidad de todas.

Te advierto que me lo paso bomba escribiendo. Tonto fuera decir -como oigo de tantos- "que se sufre mucho..." "que se ponen con mal talante..." "que no comen..." "que no atienden a nadie y, que todo les molesta." Sí puedo decir que llevo el tema dentro de la cabeza día y noche como la hembra lleva su embarazo, y que si estoy hablando con otros, yo sigo con mi creación dándole forma dentro del caletre, pero, eso lo entiendo tan normal como el que está haciendo una casa; terminando con vocación

una carrera y, hasta llevando, como he dicho, el embarazo.

Me agrada introducirme dentro de la mente del personaje que elijo para dialogar con el y sacarle sus trapos sucios al sol, trapos que, colocados en el secadero, han de ser vistos y enjuiciados por todo curioso que hacia ellos tienda la vista. O, también, cómo no, arrancar del hondón de su conciencia, los fragantes pétalos llenos de bondad y pureza de ciertas almas generosas, que de todo hay en la viña del señor barón, y cito éste predio porque es el aristócrata que tengo más próximo a mi remanso.

Por otro lado, tengo que decir que me acompaña siempre mi vanidad, que sólo es mía, y como a nadie, siendo culto sino a mi voluntad, pues, he ahí que se me antoja hoy iniciar una novela que está dentro de mi tiempo, querido lector anónimo ¡y qué tiempo es este que a mí me tocó en turno gastar... ay, qué tiempo! Quizá fue -supongo- el peor que se vivió en este país, llamado España en toda su trayectoria cívica. He dicho supongo, pero, bien sé que no es exacto, porque, en cuanto me ha dado por echar mano a la Historia y abro sus páginas por cualquier siglo, advierto con horror que, de todos ellos chorrea sangre, terror, injusticias, torturas, asesinatos en masa, hambre, epidemias y, cuanto más degradante quieras hallar, nosotros hemos tenido para regalar, y es ahí cuando, a solas digo: Mi tiempo fue pues, uno más de tantos. Que no me digan que todo tiempo pasado fue mejor, porque yo tengo que decir que fue tanto o más criminal que aquello vivido por mí o acontecido en mi época. ¿Cómo pueden ahora decir mis nietos que el pasado fue mejor que esto

vivido en la década de los ochenta? ¿Era mejor aquello de 1936 a 1939 en España? ¿Fue mejor lo ocurrido en la primera y segunda guerra mundial...? Pues eso es el pasado, y ^{si} seguimos pasando y pasando llegaremos hasta la invasión de Roma y ahí tenemos la sangría que le hicieron a la península con sus grandes hechos heroicos en Sagunto, Numancia, Calahorra, etc, etc.

Hemos de entender que, el pueblo, todo pueblo, está lleno de gente malvada, egoísta, cruel, ambiciosa, criminal, y que todos los tiempos fueron malos, horriblemente malos para los más. Que toda nación es una gran incubadora de crímenes que lleva consigo ese deseo incontrollado de tener mando. ¿Qué dice la historia?...

¿Quién ha escrito hasta hoy los libros de historia...?

Yo te lo digo: El que nació en un hogar que no sabía de sufrimientos, el rico, el burgués, de ahí que ha tratado el muy zorro de ocultar lo más posible las canalladas y guetos a que estuvo sometido desde la edad de hierro y bronce el pueblo sencillito y sufridor, pero, aún tapando lo más que han podido las turbias acciones, salta la sangre inocente de entre líneas y se oyen los gritos salidos de tantas injusticias, y de los horribles y deshumanizados procesos.

Pues esto es, en buena parte, lo que aquí queremos denunciar dándole aspectos novelescos:

Pintar la realidad del hombre y sus circunstancias como realmente se vivieron. Lo que digan historiadores sobre esta época que yo he vivido y padecido, seguramente que poco van a tener que ver con mi pensamiento, que no va guiado por ningún partidismo ni ocultaciones motivadas por mi situación económica. Al pan pan y al vino vino.

La realidad es una. No hay otro camino.

Cinco años llevaba establecida la segunda República en España y daba más tumbos que escarabajo con la espalda sobre el suelo, que le cuesta dios y ayuda ponerse sobre patas y caminar con soltura hacia su covacha.

Cinco años de huelgas, de intentos para derribarla, de incendios, asesinatos y, hasta de guerra civil en Asturias y en otros puntos de la geografía nacional.

La República, que llegó con tantas ilusiones para el pueblo trabajador, estaba siendo zarandeada con la peor intención por anarquistas, comunistas, aristócratas, falangistas, requetés, militares, clero, conservadores y socialistas. Si todos buscaban descabellarla, malamente podía seguir en pie y cumplir el cometido para el que un 14 de abril de 1931 había sido votada por el pueblo. No extrañará mucho esto, sabiendo que la Primera República Española, sólo duró aquel año 1873, durante el cual desfilaron cuatro presidentes: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. El pueblo español siempre se las gastó así de despreciador en sus instituciones.

Terriblemente revuelta está la sociedad española, tanto en las grandes ciudades como en los pueblos.

Pareciera que no existe autoridad; que se carece de gobierno; que cada cual hace lo que quiere y nadie responde de sus actos. Las clases obreras odian al ejército, al clero, a las clases capitalistas y a los aristócratas. Estas fuerzzas, ahora llamadas poderes fácticos, también desean meter como sea, en cintura, al obrero, para que no se crea que él es ahora dueño

de las calles y de los ayuntamientos de todo el país. España entera está viviendo una época de locura, como salida de huso, más aún, a salto de mata, pero, eso sí, temiéndose unos y otros que, en cualquier momento puede salir una revolución, tanto del lado diestro como de la izquierda. ¡Y llegó! Tenía que llegar.

Fue un 18 de julio de 1936, cuando se rumorea por todo Madrid que, parte del ejército se ha sublevado en Canarias y en el Protectorado de Marruecos.

Entendiendo que, aquello, podía acarrear hasta una guerra civil de imprevisibles consecuencias y teniendo posibles y cierta responsabilidad, he ahí cómo los Bastida-Crespo, deciden enviar fuera de España al hijo único que tenían y con edad de estar en las filas del ejército, para librarle, incluso, del cerco político en que se hallaba metido.

¿Quién era ese hijo llamado Crisanto?... Una cosa mala, un carácter de esos que salen en ciertas familias aristocráticas y que pareciera son portadores de genes exactos a los que dieron productos como los Trastamara, Torquemada, Lópe de Aguirre, y tantos otros bestias carentes de conciencia y de bondad. Entre criminales, vengan de donde vengan, ayer como hoy, no vale la pena buscar elementos diferenciadores. Todo es cosa de genes y no de sangre como se vino diciendo hasta no hace muchos años. La ciencia ha sabido colocar a cada elemento de vida en su exacto lugar y tanto la una como los otros, son células inconscientes que ahora se saben diferenciar.

Hagamos, antes de nada, una visión retrospectiva de aquella familia y comprenderemos mejor que, todo lo bueno y malo nos llegó a través del código genético, pero, que, la educación y cultura, son los verdaderos arquitectos de nuestra manera de ser y de proceder.

Había nacido Crisanto, en la vieja casona-palacio de los Bastida- Crespo Arroyo, más conocidos en aquella zona, por los condes de "La Peñuela". Era una familia oriunda de La Rioja Baja, rica zona ribereña del río Cidacos, donde, como causa curiosa, se le coloca la ele a no pocas palabras que llevan erre, defecto lingüo-dental que hasta hoy no encontró filólogo que fuese capaz de averiguar desde dónde arranca semejante degeneración idiomática. ¿Por qué, en ese tiempo del niño Crisanto, había de decir no poca gente, incluso instruida:

"marchal", "comel", "dil", "venil", "calgal", "almorzal", "cenal", "mercal", etc, etc, etc, suprimiendo en toda palabra la erre sencilla por una ele? Esta era una realidad lingüística que venía, quizás, desde la más alta época medieval y seguía vigente dentro de un mínimo territorio, limítrofe con la frontera de Navarra y Aragón.

Los Bastida-Crespo, se fueron a residir a Madrid cuando aún seguía encendida la guerra en Africa; cuando estaba en plena efervescencia la guerra mundial y, cuando Rusia, en 1917 fomentó una revolución que había de cambiar las bases sociales y políticas en no pocos países del universo pero, tornaron rápidamente al ^{terruño}.

Pocos años llevaban casados Dionisio y Purita. Ya sabía decir Crisantito, papá y mamá, cuando deciden vender toda su hacienda, para trasladarse a la capital de España. Y se marcharon, porque en el pueblo venían siendo muy mal vistos, tanto por parásitos cuanto últimamente Dionisio, por libertino.

Dionisio, el padre de Crisanto, era hijo único de aquella familia que fue muy poderosa en otros siglos,

pero, que venía descendiendo económicamente, generación tras generación, desde que el Señor de Cameros, Ramírez de Arellano, Conde de Aguilar e Inestrillas, se les apoderó por la tremenda de las mejores propiedades, y lo hizo como fantoche reyezuelo que ordenaba y mandaba en todo el territorio de Cameros y aledaños. Se decía, venía la leyenda siglo tras siglo, asegurando que lo hizo por ser los antepasados defensores del rey legal que lo era por nacimiento, don Pedro "el Cruel". Aquel proceder se tomó como norma y había que callar ante la injusticia, que no fue ni más ni menos que lo ocurrido durante la entrada en la península de los romanos; la llegada de los visigodos; el desembarco y conquista de los árabes; la invasión francesa en el siglo XIX, e, incluso, durante la última guerra civil -que fue ayer-, en la que el vencedor se incautó de las haciendas y propiedades urbanas de los vencidos, y, por dar un sólo caso, ahí está en La Rioja, todo lo que tenía Amós Salvador, que, estando en Madrid, los sublevados se le apoderan en Logroño de todas sus propiedades. Amós Salvador era Ministro, y por ser de ideas contrarias a los rebeldes perdió todo en su tierra. El que pierde, siempre ha de pagar, incluso con la vida y hacienda.

La familia Bastida-Crespo, venía pagando los vidrios rotos en el siglo XV, y no había forma de repararlos. No podemos, ni es nuestro propósito, llevar el vivir de esta rama hasta la lejanía de cuatro siglos, pero, sí lo podemos hacer con las tres últimas generaciones y, así veremos, cómo en el siglo XIX, estaba casado el conde Jesús Bastida-Crespo, con Asunción Barroso. Que el título de conde de La Peña, pasó a su hijo Guillermo Bastida-Crespo Barroso, quien casó con Marcela Olarte, y que más tarde aquel título

nobiliario pasó a su hijo mayor Agustín Barroso-Crespo Olarte, el que se casa con una moza de Zaragoza, llamada Dolores Guevara. Hijo de este último matrimonio era Dionisio, el padre de Crisanto. ¿Cómo venían siendo, desde tiempo atrás los componentes de esta familia de los condes de "La Peñuela"? Bastantes imbéciles, cuando no con instintos perversos. Al decir de hoy: bastantes gilipollas, y de malas intenciones contra los débiles.

No vamos a ocuparnos de la rama en general, que ya será más que suficiente conocer al último que lleva con orgullo aquella titulación: don Dionisio Bastida-Crespo.

Desde niño, venía el jovencito—que había de heredar el blasón y armas de los Peñuela,—más extraño que ni sé.

Cuando regresaba de la escuela de don Agapito García, lo hacía más parado que caracol en la canícula de Santiago. Para colmo de males y esto lo acarreaba la familia desde muy atrás, tenía Dionisín, o, Nisio, una cabeza —¡Dios qué cabeza!—, si tenían que ir los niños y niñas a ponerle de pie en cuanto se caía, por haber tropezado en una paja o boñiga, lo que le ocurría con harta frecuencia, porque, el pobre, se las veía y deseaba para hacerlo por su propio pie y esfuerzo. Lo malo, lo triste era que, como decían no pocos vecinos de la Villa, la tenía más hueca que escriño de paja sin fondo, y estando vacía de masa encefálica, lo lógico fuese —ellos decían "sería" que es muy riojanazo— que flotara como globo... pues no señor, parece que llevaba plomo dentro o pedernal.

Desde hacía la tira de años, esta familia, como hay no pocas en villas y ciudades, venidas con títulos desde el año catapún, traía unos defectos que

eran la comidilla y el hazme~~r~~reir o temblar del pueblo.

Los más viejos del lugar saben, por lo que oyeron a sus padres y abuelos, que, allí por la francesada, el conde Jesús Bastida-Crespo, uniéndose a las tropas extranjeras fue el terror de la cuenca. Que arrastró con su caballo a más de cuatro vecinos y, a uno de ellos, lo hizo, simplemente, porque el pobre en confianza, le llamaba sin reparo "Conde Cagueta, el de mucho olor y poca chaveta". Esto se popularizó y, en 1809, le costó la vida al pobre Canuto. Y lo decía con fundamento, porque era bien sabido en el pueblo que padecía colitis crónica.... Su mujer, la pobre Asunción, murió al dar a luz a la segunda hija y, decían, -no se sabe con qué razón- que lo fue por una patada que le atizó el conde en el bajo vientre. El hijo de aquel energúmeno, Guillermo, se alió con los carlistas de Zumalacárregui, y blasonaba de meter en sus casas a todo el que oliera a isabelino. El título de conde "Pernales", otorgado por el pueblo, decían los viejos, que era el documento de identidad que mejor le retrataba. Tampoco fue muy feliz la pobre Marcela, mocita que arrancó de la ribera navarra, creyendo que los padres eran grandes labradores, y, al ver que la moza no tenía dinero, le amargó sus días llenándola de insultos y desconsideraciones. El padre de Dionisio, el conde Agustín, saben todos los del pueblo que, una noche de riegos en que el agua era privilegiada para regar y su hacienda la necesitaba, colocó paradas donde quiso y amenazó con matar al que se atreviera a levantárselas. Creídos los vecinos de que acudiendo en grupo cedería en su prepotencia, fueron hasta el río de ocho o de a diez y se equivocaron de pies a cabeza. Dejó a dos co-

jos de por vida, uno de ellos sin pierna. A otro le dejó tuerto con la perdigonada. A este conde se le llamó por lo violento y desaforado que era con toda mujer que entraba a servir en su casa: "Picha fina".

Que, ¿por qué ha de ser esto así? Pues vaya usted a indagarlo a Salamanca o Deusto. Por la misma razón que en muchos pueblos y ciudades abundan los subdesarrollados, aquellos que andan a trompicones cruzando un pie sobre otro, moviendo los brazos como aspas de helicóptero; cayéndoseles la baba, cuando no, haciendo sus necesidades encima del pantalón, o corriendo por las eras a saltos y gritos, intentando atrapar con las manos a una cigüeña o una golondrina. Esos mocitos que en no pocos lugares se les suelen llamar: "Cacafutero", "Güy", "Careto", "Calicatre", "Uvite Matutas", "Cacahué", "Bolavá", "Vuela", "Colilargo", "La meona", "La Pichanga", "El gurrión", "Calabacín", "Moreco", "Morrotopo", "Vulca", etc, etc, etc, una larga retahíla de nombres como los citados, y que han estado presentes en España en todo pueblo grande o pequeño y en todo tiempo pasado, pues su abundancia era más ilustrativa y abundante que los inteligentes. De ellos se han ocupado nuestros más grandes pintores. ¿Por qué nacieron así? Pues, porque sus padres eran primos-hermanos, o, segundos; porque pasaban las mismas hambres y padecían idénticos analfabetismos y enfermedades unos y otros. ¿Qué podían transmitirle al retoño una pareja tan anormal como éstas citadas que no fuese idiotismo y subdesarrollo? Imposible que de padres imbéciles salga un Cervantes, un Quevedo, un Velázquez, Ramón y Cajal o Severo Ochoa. Los hombres

importantes en la historia de todos los países han nacido entre la clase media. Es la transmisión en el código genético de unas mentes sanas y de unos cuerpos acostumbrados al vigor. Pues, esto mismo ha ocurrido en el lado opuesto -y bien sabido tenemos todos que los extremos se tocan-. No son tan abundantes como en el pueblo hambreador y raquítico, pero ¿cuántos hijos de aristócratas e, incluso, en testas coronadas, nacen y crecen con menos luces que una cerilla dentro de un túnel? ¿Qué les disimula ante el pueblo?: La clase elevada, la ropa, el trato social, el estar apartados lo más posible de las gentes sencillas para que no se les denuncien y canten sus taras; para que se ignore cómo razonan, si se que se les ocurre razonar algo sensato.

Ya hemos señalado algunos graves defectos de esta familia Bastida-Crespo, circunstancias que acontecieron desde siglo y medio atrás. Pero, además de la vagancia, que, eso, en la aristocracia como dicen bien en la villa del conde, puede cosechárseles cualquier cantidad... era mucho peor sus torpes pensamientos para dañar e, incluso, eliminar al pobre, al débil que era mucho más inteligente que ellos y más noble. Claro que iban siempre muy atildados, eso sí, y nada de blasfemias ni de palabras soeces tan comunes en el pueblo bajo, cabreado por sufrir. Eran también, fieles adiptos para ir a misa todos los domingos y fiestas de guardar, ocupando -como reyezuelos locales- desde hacía siglos, aquellos asientos que tenían los condes en la parte central del coro.

Estaban muy unidos -eso sí- con el cura, el veterinario, el boticario, el médico, los dos maestros, y un americano que vivía en la Villa gastando los restos de for-

tuna que había traído de tierras de Moctezuma. Cuando salían de paseo todas las tardes los de negro, por la carretera cubierta de acacias, no pocas vecinas les llamaban para sus adentros, o, de vecina a vecina: "Mira mira, ya han salido los apolillaos a lucir sus prendas".

Aquella relación que desde siempre mantenían los Bastida-Crespo con las fuerzas vivas locales, "vestía" mucho entre unos y otros. Era índice de que existía una pequeña élite que sabían de algo más que de campo o de hacer conservas y alpargatas. Pero ¡ay! que el pueblo no es tonto y desde que les veían a cada cual le colocaban su sambenito. En los pueblos como en cada tribu, cada quien tiene sus habilidades y defensas: A orgullo, desprecio; al no saludar "bautismo" despreciador, que le harán correr de boca en boca. El que más críticas recibía a primeros de siglo, era Agustín, el conde, que seguía vistiendo las ropas negras y estrechas que llevaba su padre -en santa gloria esté- desde los tiempos de Isabel II. Estos condes, de los que nos estamos ocupando, compraban muy pocas cosas. Para ellos estaban demás las fiestas de la capital, tanto en junio como en septiembre. Los teatros, toros y demás espectáculos podían cerrarse tranquilamente, pues ellos jamás les habían de echar en falta. Y no era porque tuvieran alergia al arte de Cáchares o a los continuadores de Talía, no no, sino porque en las viejas arcas de cuero repujado y bien claveteadas del medievo, no había nada de nada, y, mucho menos, en los bancos. Los viejos y un día prestigiosos condes de "La Peñuela", en la década de los treinta del siglo veinte, vivían más ajustados que el pobre "Mascavidrios", aquel calderero de Herce

que se comía hasta las lagartijas y víboras.

Allí, en la vieja casona con gran escudo entre los dos balcones centrales, y abultado morrión girado hacia la derecha, sólo había título, mejor digamos, titulín con muy poco de donde rascar y menos de qué presumir.

Los padres de Dionisio, habían muerto de las enfermedades propias de la época. El padre, por causa de la viruela, eso se dijo...y, la madre, la pobre Dolores Guevara, no faltó la que le colocó cual sinapismo, que si había muerto por culpa de una enfermedad que le ancajó su marido, que solía ir a Zaragoza el muy pendón, con la parodia de que acudía para rezarle a la Virgen del Pilar, que era de su devoción. A lo que iba, según algunas vecinas, era a verse con mujerzuelas de mala vida. Desde que se argumentó aquello, la pobre Dolores no valía dos reales, acabó por encerrarse en su casa y continuar apagándose poco a poco, dentro de una ciega oscuridad psicológica. Tenían que echarle la comida por una gatera, pues no quería ver a nadie de los Bastida-Crespo que le encajaron tan "gozoso regalo", ella bien sabía qué era.

En esa época que relatamos, los chicos no iban a la escuela como van ahora que es una bendición verles limpios y guapos; ahora no hay niño feo. ¿Y la escuela?... ¡Ay madre; Aquello era un tugurio lleno de oscuridad y de abandono higiénico. En el frontis, tenía un gran crucifijo y, a cada lado, dos enormes cuadros con texto en caracteres muy destacados. En uno decía: PARA LEER EN VOZ ALTA AL ENTRAR EN CLASE. El otro anunciaba que todos los niños tenían que leerlo también en voz alta al salir de clase. Y así lo hacían. Sobre el lateral derecho de la plataforma donde tenía su mesa el maestro,

estaban los grandes mapas, enrollados sobre unas barras de más de dos metros de largas. A la izquierda, una vitrina con pesas y medidas; la inicial pila de Volta, imanes, cuadrados, cubos, poliedros, pirámides, etc, todas ellas hechas con cartón. No faltaba el Quijote y algunos libros, entre ellos: Invenciones e Inventores. Todos los días al entrar y salir se rezaba el Padrenuestro, y, con la misma musiquita, se sabía multiplicar y decir los días de la semana y los meses del año.

Los condes tenían criada, eso sí. Una criada, aunque pasara hambre como los amos, "vestía" mucho en una familia de aristocracia. Las tenían que cambiar con frecuencia porque se les iban en cuanto venía la primavera y las habas ya podían echarse al puchero.

Los años fueron pasando y, cuando Dionisio tenía veinte, estaba al servicio de los condes una criadita muy educadita y muy mona, llamada Purita, que contaba con dieciocho años bien lucidos y graciosos. ¡Ay, Dios mío, cómo se entusiasmó en seguida el último vástago de los Bastida-Crespo de la criada; ¡Válgame la Virgen, qué fuego echaba el último conde por todos sus poros, sabiendo que tenía en su casa a una verdadera joya del pueblo, a una virgencita rural! Más caliente que patata metida entre brasas, estaba día y noche tras de ella el jovencito Bastida. No le quitaba ojos de encima. La perseguía por los salones, los altillos, las escaleras, las cuadras y, ocasión que tenía ¡zas!, o le daba un pellizco o un abrazo a traición, para eso era conde...

No pocas veces le amenazó con echarle de casa si se ponía tan tontita, hasta que una noche de verano, cuando les mandó Goyo "Mollete", el encargado del cam-

po que le acercasen un fardo de alfalfa de la pajera, para tenerlo al día siguiente, que él se iba ya para su casa, una vez dentro del local, cerró Dionisio la puerta, setiró a ella como hacen los taurinos portugueses con el toro en el ruedo, "los forcaos", forzajearon, sudaron como nunca lo habían hecho, y, el condesito, acabó dominando y claro, la llenó de babas, de paja, y de suciedad por todas partes.

La niña, que nunca se había visto en semejante violencia, lloró amargamente. Dioni, o "Nisio", como le llamaban muchos en el pueblo, le pidió perdón, pero ¿de qué servía, cuando dejó el lugar lleno de prepotencia y de vergüenza no consentida?

Mentira, imposible, le pareció al vecindario que, aquella "cosa" tan inútil, tuviera tanto acierto, cuando no era capaz de meter un chaplón de plomo en la rana que había en la terraza del bar de Cucharillas, por más que se colocara a menos de un metro de la ranura. Decía en el bar, Cirilo, el de Oremus: ;Chacho, os habís dao cuenta... ;Me cago en laus...; Estos de título, no valen ni pa destrozar una olza de manteca, pero qué hábiles son los cabrones pa encajal los hijos en buchaca ajena; Mirailo qué bien lo ha ligao el Nisio ese de los cojones, que es más simple que donde los hacen...

Se casaron y, todas las tardes que estaba bueno salían de paseo cogidos de la mano los recién casados.

Dionisio no fue como sus antecesores para con su mujer.

El era un marido atento, fiel, enamorado de verdad y, Purita, que era de familia muy pobre, supo, desde el primer momento estar a la altura del marido que por violación

le estaba destinado.

Una obsesión tenía el último conde de "La Peñuela": marchar de aquella Villa y buscar nueva vida donde fuera, pero, en ciudad grande. Quería, para su hijo mejores horizontes que aquellos conocidos por él desde la niñez. El Madrid que, aunque brevemente, conoció.

Pasaban los meses, pasaban los años, y España seguía tan dura como siempre para meterle el diente y sacar de ella buen bocado. Este país fue altamente conflictivo desde que se estableció el primer clan indo-ibero, y lo fue mucho más para los jóvenes. Los Bastida-Crespo, constituían el último eslabón de una clase que se apagaba poco a poco. Durante siglos habían sido grandes hacendados, dueños de castillos y fortalezas, fundadores de monasterios y capellanías, pero, los reveses de la fortuna y la poca seguridad que hubo desde siempre en su país, les llevó a la situación precaria en que se hallaban no pocos aristócratas en el primer tercio del siglo XX.

Durante la Segunda República, por temor a revoluciones, huelgas, atentados y, hasta una nueva guerra civil, trataron los Bastida, de vender las fincas y el antañón palacio, edificado en la Plaza del Ácere, que era auténtica joya del siglo XVI. Dionisio, desde que decidió salir de la Villa, no tenía otra voluntad que marchar cuanto antes a Madrid, bien sabía el que, allí, era donde la aristocracia se sentía más cómoda, porque habiendo muchos, el consuelo era lógico, ya que pasaban más desapercibidos. ¡Ay, ay ay, los líos que le ocasionó al matrimonio vender aquellas propiedades; Las llevaban a renta, gente muy pobre, que se las

veían y deseaban para darles a los señores condes -al final de la cosecha- el trigo o vino que cada año y vez estaba concertado. Y es que, el campo, en esos años de la dictadura del General Primo de Rivera y Berenguer, - como en todo tiempo más atrás, no vale engañarse- el campo carecía de valor. A su casona, acudían por las noches hombres y mujeres llenos de temor y de respeto, suplicándole a don Dionisio que no se las quitase.

En aquella sala tan grande como desangelada, en la que había por toda decoración una enorme pintura que había de ser uno de sus antepasados, posiblemente Ramiro Bastida-Crespo y Gómez de Ayala, que fue alférez de los Ejércitos en el Sitio de Fuenterrabía, donde parece se cubrió de gloria, según decía muy orgulloso el último conde. Había también una gran imagen de Cristo crucificado, y cuatro muebles llenos de polilla traída desde siglos atrás.

Allí se sentaban los pobres labriegos arrendadores de las fincas del señor conde, que las llevaban desde siempre y era la única fuente de ingresos que contaban. Le pedían por Dios, por la Virgen y por todos los santos del Santoral bendito, que no les llevara a mayor ruina que la soportada desde que les echaron al mundo. Todo era inútil. Tenían que dejar o comprar aquello que estaba puesto en venta. Uno solo, sólo uno se hizo propietario de cuanto llevaba, y fue porque un primo de Calahorra, que era carnicero, parece que le adelantó aquellas pocas miles de pesetas. Los demás, arriba en la sala, imploraban con no poca educación y hasta lágrimas, pero, cuando bajaban por la amplia escalera que conducía al portal empedrado con fina piedra de color gris y blanco, donde estaba perfectamente trazado el escudo de los condes,

allí era cuando se desahogaban diciendo el matrimonio:

- ¿Te has dao cuenta Micaila? ¡La madre que lo echo; ¡Ya te lo decía yo y ya te lo decía yo, que es un taimao y un tontochorra; ¡Este hombre es un Pitiliti de mucho cuidao; Si no ha valido más que pa decil: "Que no podemos, Juanjo, que es que no podemos. Que nos vamos a Madrid, y, aquí no quedará nada más que el pantión".

¡La madre que lo parió a él y a todos los que son como el; ¡Si nos han arruinao desde siempre la vida y la existencia; ¿Te has dao cuenta Micaila?.."

- ¿Y ella, Terio? ¿Has visto a la borroso de ella?

"¡Ay, ay, ay, ay... Caila... Ay, si vosotros saberíais lo que encierra cada casa... Si vosotros saberíais..."

No sus creáis que vendemos por placel, que, bien sabe Dios cuánto nos duele sacároslo de vuestro podel, pero es que, el hijo debe ducarse en la corte." ¡¡Marrazaza; ¡Puelca; ¡pobretona; ¿Quién la ha visto y quién la ve, Juanjo; ¡Recoño, con la pamplinera de ella y, condesa... condesa ¿eh? Mira, Juanjo, lo que te digo: ¡No se lo dejemos y no se lo dejemos, y que trone por onde quiera; "

Así, así, más o menos con esas palabras, bajaban todos tras de ser llamados por Dionisio, pero, la verdad era que lo tuvieron que dejar, ¿qué remedio les quedaba?

También el palacio tuvo que malvenderlo, porque, bien sabido es que, aquello que por necesidad es puesto en venta y el vecindario lo sabe, se abusa al límite del vendedor. ¿Quién lo compró? Un traficante de frutas, cacharrería y porcelanas. Un viejo gordo y cachazudo de Arnedo, al que llamaban "Ganapanes", y que

al decir, en buen castellano, parece que el hombre veía nacer el sol todos los días del año. Aquel astuto trujamán, que venía de casa muy pobre y, poco a poco, a fuerza de trabajo, habilidad y picardía, creció y creció, consiguiendo tener cierto prestigio por toda la Rioja Baja, no tenía otra ilusión desde que se enteró de la venta de aquel palacio que hacerse con el. Él quería vivir y, mucho más dormir, en la cama que había dormido toda aquella gente con títulos; aquella familia que tanto respeto y admiración le causó desde que era niño. Pues no le parecían poco importantes y grandes los condes de La Peñuela...!

- Nada, nada, don Dionisio, que me quedo con el, y, si puedo, como me llamo Julián Rebollo, que le compro ¡velay! hasta el título, sí señor. Oiga, que, por dinero no me se ha de quedar ¿eh? Eso, pa por si acaso.
- No, hombre no, muchas gracias, pero no. Eso ya es más delicado. Eso, señor Rebollo, ni se toca.
- Allá usted. Nadie mejor que el conde sabe cómo tiene los riñones de grasa... pero ¿eh? yo le digo que, si un día -por lo que sea, ya me comprende- intenta venderlo, no trate con nadie ¡me cago en laus! Ese título es pa Ganapanes, y nada más. Creo que ya me entiende en lo hablao el señor conde.
- Lo tendré muy en cuenta, lo tendré en cuenta, señor Rebollo.
- Pues eso.

Julian Rebollo, "El Ganapanes" compró el palacio tal y como estaba, sin quitar absolutamente nada, ni los orinales.

Una vez vendido todo y recogido el dinero de las ventas, decidió el matrimonio, con su hijo Crisanto, salir para Madrid, llevando en el maletín de cuero, los treinta mil duros que habían sacado de las ventas.

Por fin dejaban la Villa donde estuvieron radicados los Bastida-Crespo, cuatro siglos, unas veces admirados, otras odiados y, hasta maldecidos. Por fin dejaban atrás aquel rico valle del río Cidacos, donde tanto sabían los pueblos comarcanos de sus hechos." ¡A la Corte; ¡A Madrid, Purita; ¡Vamos a la ciudad donde están todos los nuestros!" Aquello será otra cosa, ya lo verás y, además, el niño, ha de tener otros colegios y otros compañeros"

- Yo tengo miedo, Dionisio, tengo mucho miedo. Ya ves, ahora que nos vamos, me duele dejar todo esto y separarme de los míos. En fin, ojalá que todo nos vaya bien, pero... tengo miedo.

- Nos irá bien, ya lo verás. Comenzaremos nueva vida y allí, nadie nos conocerá ¿Sabes lo grande que es eso?

Llegados a Madrid, comenzaron las investigaciones para hallar casa donde vivir, esto era fundamental. A Dionisio le gustaba no poco el barrio de

los Austrias, próximo al Ayuntamiento, pero, aquellas casonas, tenían un precio que no estaban a su alcance. Les agradaba y mucho, la Calle Mayor, San

Ginés, Príncipe, León, Corredera Baja de San Pablo, Luna, Caballero de Gracia, etc, etc, pero... ciento cincuenta mil pesetas no daban para mucho palacio y, ellos, tenían que comenzar por comprar desde muebles

hasta cubertería, etc, y no baratito, pues no es lo mismo estar en el pueblo, donde todo les causaba admiración a los pobres, que vivir en Madrid, donde tanto grande habitaba.

Recorrían un día y otro calles y más calles buscando letreros en puertas y balcones en los que se anunciaba la venta del inmueble y nada les iba bien.

Mientras tanto, se alojaban en la fonda de Tanis El Riojano, que estaba próxima a Puerta del Sol. Por fin, un día, se decidieron por comprar una casa, con escudo y todo, en la calle Ministriles. La verdad era que, su título de condes no iba que se diga muy bien para aquel barrio que fue en otro tiempo zona donde habitaba la judería madrileña, pero, tampoco era su economía tan sólida como para permitirse el lujo de vivir en Serrano, Princesa o Gran Vía.

En esta vida todo reside en saber adaptarse y, para ello -en este caso- nadie mejor que Purita, quien sabía desdoblarse y maniobrar según el viento que soplara, pero, ello hay que cosiderar que le venía por haber nacido entre familiares con grandes necesidades.

Alguien les recomendó que colocasen el dinero en acciones de Altos Hornos, que estaban en plena subida. En un principio dudaron pero, pasado un tiempo hicieron caso a la recomendación. La comodidad de vivir en Madrid con medio millón de habitantes, les facilitaba el ocultar algunas necesidades que en una población de mil quinientos habitantes era imposible de tapar, porque si se compra en tiendas y las vecinas están presentes ya saben lo que gastaba aquella casa de título. La cartera en una población pequeña es el mejor barómetro para marcar la temperatura pecuniaria..

Dentro de aquel barrio tan cómodo para los niños, con sus cuestras y barrancadas muy parecidas a las calles de su pueblo, fue creciendo Crisanto y ambiéntándose a todo lo madrileño como el más castizo hijo de Lavapiés.

Comenzó acudiendo al colegio con otros amiguitos de la barriada y aprendiendo sus dichos y modismos. Toda región y, hasta cada ciudad, tiene su peculiar estilo al hablar y, el madrileño, por gracioso y suave, es altamente pegadizo y entrador para el forastero.

En la escuela del barrio, aprendió Crisantín, que la tierra, decían los libros y el maestro, que era redonda. Que dos y dos son cuatro. Cómo se llamaban los mares que rodean a España, sus islas, ríos, montañas y, más tarde, qué era oración y verbo. Se admiraba muy mucho el maestro soriano, don Gumersindo Círuelo, de la desfachatez que en no pocas ocasiones tenía el hijo del conde de La Peñuela, y, hasta lo caradura y revoltoso que era no obstante sus pocos años. Aquel niño, le parecía al hombre nacido en tierras de la cercana Numanzia, era un ejemplar completamente distinto a los demás compañeros, y tenía cuarenta y cinco alumnos.

Un día, le preguntó en clase, recién incorporado y ante un encerado, para hacer una operación de matemáticas:

- Vamos a ver, vamos a ver, Crisantito, vamos a ver niño. ¿Cuántos añitos tienes?

El niño poniéndose de pie y con mal gesto le dice:

- Yo ocho, y usted ¿cuántos tiene usted?...

Todos los niños soltaron la carcajada. El maestro tuvo que poner orden y le vuelve a decir:

- Yo, cuarenta y cinco, hijo, cuarenta y cinco, pero eso a tí nada te importa ¿entiendes? ... El que pregunto soy yo.
- Y yo, si quiero, no le contesto.
- ¡Silencio! ¡Callarse todos y menos reir, porra; Vamos a ver, vamos a ver. Como veo que eres muy despierto y hasta descarado, me vas a decir cuántos son los dos tercios de cuarenta y ocho.

El niño, mirando a los techos no le dio la gana contestar, pero, el paciente educador soriano, que pasaban no pocas necesidades en el hogar pues eran ocho bocas a las que dar de comer, con harta paciencia y a ello ya estaba acostumbrado, le dijo con marcada sonrisa no poco hipócrita... ¿No has oído, Crisantín, lo que te he preguntado?...

- Sí. Pero, como el que contesta soy yo y no me apetece pues, me callo.
- ¡Demonio de crío! ¡Te voy a dejar castigado sin recreo; ¡Porra con él, que ha de hacer siempre lo que se le antoja; Escucha, que voy con la siguiente pregunta, y os la he de hacer a todos para ver cómo entendéis la vida. Ahora te toca a tí, Crisanto: ¿Qué quieres ser tú, hijo mío, cuando seas mayor, hombre, quiero decir? ¿Qué quieres ser?

- ¡Yo quiero ser bandido;
- ¿Qué dices? ¿Qué me has dicho, Crisanto?

Los niños reían a carcajadas y, el maestro, ya no sabía qué hacer. Tocó la campanilla y puso orden.

- ¡Silencio! Pero ¿qué has dicho, qué disparate te has inventado sin razonarlo ni poco ni mucho? Anda, si es verdad, amplíame más esa opinión.

- Yo quiero tener trabuco, caballo, y mandar una cuadrilla de bandidos.

- ¡Anda, anda, y siéntate, cabeza ligera.!

Crisantín era, cómo dudarlo, el más travieso de la clase. Todos los días reñía con algún compañero. Todos los días sangraba de boca o nariz, o él hacía sangrar a otros de la clase. Era rubio, la piel salpicada de pecas, con un flequillo horizontal que parecía un toldo de cafetería en época estival. Llevaba siempre las zapatillas o zapatos con las cuerdas sueltas y la ropa en completo desorden. Los libros y cuadernos eran un verdadero desastre; siempre dislocados sus cuadernillos, cuando no llenos de dibujos y de frases soeces. Su mayor gozada era orinarse por los portales, abligándole a hacerlo a sus tres amigos que le obedecían en todo a pie juntillas. En más de cuatro zaguanes les han sacado a patadas o a palos porque, la dueña o la portera, ya les estaba esperando detrás de la puerta con un palo o correa.

Un día, que le reprendió muy seriamente don Gomersindo, al saber que le obligaba a Bartolín -que era un niño con taras de subdesarrollo- a comerse las moscas que él cazaba, les dijo a sus tres fieles amigos de aventuras:

- ¿Qué os queréis apostar a que si se me pone en los cojones, mañana, quemo el colegio y ya no tendremos más clases, ni al cabrón del maestro soriano echán^donos el aliento a perro muerto?

Ninguno sabía lo que pensaba hacer, aunque no era nuevo para ellos que, cuando se le antojaba, me-

tía huesos de aceituna o de cerezas en la cerraja y ese día no había clase. Como la amenaza, esta vez, fue más seria, le dijeron a tres voces en la calle Tribulete: - ¡Lo harás, Crisanto, lo harás?... ¿A que no? ¿A que no tienes cojones para hacerlo? ¡Cobarde, si no se los demuestras, al oloroso a pedo de zorra; - ¿Que no...? ¡Me cago en la leche puta; ¡Eso mañana mismo lo vais a ver;

Al día siguiente, llevó las cerillas y un frasco con gasolina metido en la cartera de cuero donde llevaba libros y demás útiles del colegio, pero... uno de los amigos, aconsejado por su padre, se lo hizo saber a don Gumerindo, y, éste, en cuanto entró a clase, le hizo subir al estrado y sacar todo lo que llevaba en la cartera delante de sus compañeros de clase. Cuando apareció aquello con lo que pensaba incendiar el colegio, le puso de rodillas y le reprendió lo más que pudo, aunque bien sabía que todo era inútil, el niño había nacido con pésimas intenciones y las llevaría hasta la sepultura.

Llamó al padre del niño al colegio y le advirtió sobre aquel proceder tan extraño en su vástago, pero, el pobre don Dionisio ¿qué podía hacer, cuando eran cosa de genes?

Tenía catorce años y las correrías de Crisanto y de sus amigos, estaban siendo sonadas por todo el barrio.

Eran el terror de la calle Sombrerete, Juanelo, Encomienda, Mesón de Paredes, Magdalena, Duque de Alba, Ruda y, Plaza de Cascorro. Rompían farolas y cristales en cuanto se ponía el sol. En el Rastro, los domingos, se dedicaban a robar, y no pocas veces han sido perseguidos tanto por los que tienen allí sus puestos portátiles

como por la policía municipal. Pero ¿quién era capaz de dar alcance a unos niños de trece y catorce años que, en segundos, tanto estaban en la Plaza de la Cebada, como en la de la Cruz Blanca o, en los soportales de la Plaza Mayor?

Año tras año, disgusto tras disgusto, en casa de Dionisio y de Purita, llegó la República, cuando Crisanto tenía dieciseis años. ¡Ah, con qué desazón recibió aquella familia la noticia de que el rey, tras de perder las elecciones municipales, decidió abandonar España, para evitar -según se decía- una guerra civil...

Purita, la dulce y encantadora Purita, la hija del Matraco y la Juanorra, está enferma. Dicen los médicos que padece anemia y que necesita un régimen con mayor número de vitaminas, para fortalecer su sangre, y, ante todo, eso sí, que haga mucho descanso y tome aire puro de la sierra.

Ha decidido el conde, poner a su servicio a una vecina que vive en la calle Encomienda, la que, como ellos había venido de tierra riojana a residir a Madrid, donde casó con un extremeño, y no tienen familia, de ahí que a la mujer le queda mucho tiempo libre y quiere ganarse unas pesetas.

Durante los cinco años de la República, Crisanto ha tomado contacto con gente de sus años que le han llevado poco a poco a pertenecer a una milicia que preside un hijo del general Primo de Rivera, llamado Jose Antonio.

Anoche, regresó a su casa ves-

tido con camisa azul, hombreras tipo militar, y en el bolsillo de la camisa, bordado en seda color rojo, un yugo y cinco flechas. Dentro del yugo dos letras F.E.

Cuando le ve su madre, que está en una mecedora le dice:

- Pero, hijo mío ¿qué ropa es esa que traes? ...

- Madre. Esta es la de los jóvenes que le vamos a cambiar el pulso a España. Somos las juventudes de Falange Española, quienes tirarán esta república de opereta por los suelos, y se romperá en mil pedazos, como este jarrón.

Tiró de la consola un jarroncito que cumplió la palabra dicha por Crisanto, acobardando más y más a la hija de Matraco, la condesita enferma.

- ¿Sabe tu padre esto? ¿Se lo has dicho, Crisanto?

- No tiene por qué saberlo. ¿Es que no puedo yo hacer lo que me dé la real gana, o qué...? ¡¡Mira, mira madre, lo que llevo aquí al cinto: una pistola cargada.¡¡

- ¿Una pistola? ... ¿Una pistola te han dado hijo? ¡Ay, ay, Dios mío...!

- ¡Sí; ¡Sí; Y la llevamos todos, todos los que merecemos jugar hasta la vida por nuestra causa, pero, con éstas, haremos callar, de una vez por todas, a los hijos de puta de Largo Caballero, Prieto, Azaña, y demás camari-lla de tráfugas; El día se acerca, madre. ¿Sabes quién es nuestro jefe? ¡Primo de Rivera; ¡Jose Antonio, el mejor abogado de España y el que tiene cojones para regalar a los políticos de izquierda;

- ¡Ay, ay, a y... No me gusta nada todo esto, Crisanto, nada, nada nada nada. Y qué forma de hablar es esa que vas cogiendo con esos amigos, si no eres el mismo hijo mío.

- Madre, escucha y no te asustes: Acabamos de tirotear la fachada del Vice-presidente de las Cortes. Con nosotros ya no se juega ¿entiendes? Al cabrón de Azaña, lo mandaremos a las minas de La Camocha de picador, cuando triunfe nuestra revolución, que ya la tenemos organizada. Yo seré -cojones me sobran- un...
- Pero ¿qué dices, Crisanto? ... ¡Ay, madre mía, qué hijo es este que no le conozco?...
- ¡Déjame terminar, cojones! Te quería decir, que yo seré un jefazo y, quizá, hasta gobernador. Tenemos que acabar con esta comedia de república, y eso lo haremos nosotros. Mira, acabamos de meter leña dembute ahora mismo a los rojos.
- ¿Ahora? ¿Ahora ha sido eso?
- Ahora, sí, ahora, no te sorprenda. Veníamos por Atocha cantando el "Cara al sol", y hemos visto que salía un grupo de una sede de ellos cantando La Internacional. Como llevamos palos, cadenas y en los guantes herraduras metidas... nos hemos ido hacia ellos y la somanta que han llevado es de órdago, madre. Y no hemos sacado las tartamudas, pues, porque nos sobra-ba fuerza ¿entiendes?
- ¿Pero es que tú eres también de esos que leemos que pe-gan tiros y pueden hasta matar? ¿Tú también, Crisanto?
- ¿A ver...? Y no van a ser los primeros... Ayer, esos hijos de puta, nos han matao a un camarada. ¿Sí eh? Ya lo tenemos tratao: Mañana hemos jurao que, en la hora del entierro mataremos a uno o a dos de ellos.

Tienen que caer los de la hoz y martillo, para que no sigan cantando su Internacional. Está jurado, madre y nuestros juramentos son sagrados. ¡Somos milicia;

Al oír aquellas barbaridades, salidas de labios de su hijo, a Purita se le cambió el color, cerró los ojos y viendo Crisanto que podía tener alguna mala vuelta, llamó a Manuela, y, entre los dos la llevaron a su habitación.

Cuando echada en la cama le taparon y vio Manuela qué ropa llevaba el señorito, le dijo:

- ¿Así, que, por lo que veo, el señorito también es de esos que ahora se llaman falangistas?...
- Ya me ves, Manuela... ¿No te gusta esta ropa o qué?
- Pues no, la verdad que no. Parece así como mucho triste; es como cosa de luto.
- Y lo es. Queremos acabar con la España de castañuela y del Himno de Riego ¿entiendes? Esto va ahora muy en serio. Este país tiene que ser Imperio ¿Sabes qué es eso?
- A mí no me diga nada el señorito. Yo, imperio, sólo se que se llama esa artista "Argentina," o lo que sea.
- Y algo más. España, Manuela, tiene que ser una nación rica y fuerte. ¡Una, Grande y Libre!
- Me alegro, señorito, me alegro. Eso, creo yo, será algo bueno para todos.
- Pues claro que sí. Ni un hogar sin fuego y ni una mesa sin pan.
- ¿Y usted va a traernos todo eso? ¡Jope, qué bueno...!
- Yo y mis camaradas. ¡Somos miles, miles y miles por toda España, y todos ¿ves esto? ¡Todos con esto! ¡La máquina de meter miedo a los cobardes antipatriotas!
- Señorito ¿Una pistola lleva encima? ¿Una pistola?...

Desde la cama le dice Purita, que escuchaba pacientemente la conversación.

- Crisanto, esconde eso, hijo, esconde eso... que lo es-

conda Manuela en los altillos. Piensa, hijo, lo que fueron los tuyos, lo que es tu apellido y deja las armas, por amor de Dios.

- Madre, pero si a mí lo que me gustan son las armas y mandar. Yo tengo que mandar. Esto es lo mío: armas y mando. ¡Yo seré un jefazo! Todos me tiene que obedecer, Manuela.

- Eso, hijo, es una locura.

- Déjele, déjele usted, señora, que esto son calenturas de sus años. Además, al menos -digo yo- le vemos con una afición por algo.

- Eso es lo malo que tiene este hijo, que no ha querido estudiar... que no se presta para hacer nada... que a todo le tiene reparo y como asco...y hasta le da como trabajo hacerlo.

- Es verdad, madre. Soy un parásito, esa es la verdad. Por eso me gusta mandar en los demás. Yo os digo a las dos, que esta es la nuestra y no permitiremos que se nos escape.

Moría asesinado un trabajador de sindicatos obreros; caía un político de izquierdas y, al día siguiente, era asesinado otro militante de derechas. Los ajustes de cuentas esos días eran la nota más destacada y trágica. Madrid vivía un tiempo horrible desde que se sublevó Asturias y fue sofocada aquella rebelión con todo un gigantesco poderío militar, trayendo incluso, de Marruecos, tropas de choque como eran los Regulares, con su mayoría de moros, y la Legión.

Y, sin embargo, Madrid seguía teniendo el encanto

de siempre. Madrid, seguía respirando por los pulmones de toda España. Dentro de su recinto, sigue soñando su pueblo, como en el viejo Madrid árabe y judío, aristócrata y cortesano, mendicante y artesano. Madrid, el de las calles de sus mil oficios. Madrid, el de los monasterios y conventos, sobre los que se seguían forjando historias y leyendas de la más variada picaresca. Madrid, el de las bodegas y tabernas. Madrid, el del atardecer Velazqueño.

- ¿Quieres, Purita, que vayamos una vez más hasta Las Vistillas? ¿Quieres que te lleve?
- ¿No hace mucho frío, Dionisio? ¿Crees que no hace frío para mí?
- No mujer. Está una tarde preciosa, ya lo verás.
- Bueno, si tú lo quieres... vamos.

Poquito a poco ha llevado del brazo el bueno del conde a su enferma y muy amada Purita, hasta el mismo morro de Las Vistillas. Desde aquel montículo, se divisa toda la hondonada de la carretera de Extremadura, con el río Manzanares en agonía, apenas insinuado como pequeña meadilla de colegial. Al fondo, el gris plomizo de la sierra Guadarrama. Ha sentado Dionisio a Purita sobre un cojín de lana y se han dedicado a contemplar ese maravilloso atardecer. Mientras Purita leía una pequeña novela, el conde, se ha deleitado largo tiempo admirando aquella puesta de sol tan extraordinaria. Al ir, poco a poco, apagándose la luz solar, ha comenzado a soplar el viento anunciador de lo nocturno que se desplaza de la serranía, para darle alivio al pueblo madrileño. La oscuridad de la no-

che se hacía presente por el Este -tierras de Don Quijote y Dulcinea- y, el manto leve y agradable de la nocturnidad, llegaba hasta la barbacana de la vieja fortaleza, "Madrid, castillo famoso /que al rey moro alivia el miedo", haciéndose menos perceptible el tímido Manzanares, mientras el aura solar daba sus últimos suspiros tras la crestería del grisáceo horizonte serrano.

Bajo una cortina de suaves nubes grisáceas, el cielo se encendía por segundos de oro, fuego, siena y naranja. Al olfato llegaban los aromas de la resina y la suave y dulzona fragancia de madreselvas y yedra. Todo ello era encantador, si, hasta la frágil alfombra vegetal del montículo que se desparrama perezoso hasta la Cuesta de la Vega, parecía encrespase con la frescura, y los pájaros del contorno, al igual que el atribulado conde, parecían extasiados diciéndole adiós a otro nuevo día, mientras mandaban notas festivas a las crías que rebullían juguetonas dentro de los nidos; sus padres que se acercaban para estar junto a ellos durante las horas de la noche. Todo el contorno de Las Vistillas, esa tarde-noche, era un agradable concierto por las muchas aves que buscaban su oculto hogar. En aquel encantador atardecer -como hay tantos en Madrid- daban sus últimos giros bajo el gris firmamento las golondrinas y vencejos, que alanceaban con sus picos el ocaso, mientras bandadas de gorriones buscaban seguro refugio en los álamos y acacias de los jardines. Ahora, la noche, seguía trayendo desde la sierra un agradable aroma, producido por el cantueso y el espliego. Qué maravilla de tierra esta y qué bella la ciudad contemplada por los vecinos que, diariamente, acudían hasta aquel "observatorio"

para extasiarse con un crepúsculo vespertino tan lleno de ensoñaciones. Comenzaron a verse las estrellas.

Todo estaba ocurriendo, como lo viene haciendo la sabia ordenación geográfica desde hace millones de años. Es la cita habitual, menos el encendido eléctrico que, en ese momento lo estaban actuando los empleados del Ayuntamiento, donde ejerce de poderoso corregidor, el republicano y voluminoso Pedro Rico. Ensimismado seguía

Dionisio, contemplando aquella bellísima paleta que hubiera anhelado ver, una vez más, Velazquez y Goya, cuando le volvió a la realidad Purita que le dijo con voz queda.

- Dionisio, cariño, vayamos para casa que ya comienza a tener frío y apenas si se ve.

- Es verdad, vamos, vamos.

Cogida otra vez del brazo, atravesaron la calle Bailén, se internaron por Don Pedro, y, pasito a paso, atravesaron la de Toledo y la Plaza de Progreso, llegaron a Ministriles cuando ya era noche cerrada y los serenos comenzaban a reunirse en la Casa de la Villa, para salir a cumplir su misión de vigilantes nocturnos.

¿Cómo era aquel Madrid en tiempos de la II República y de los actores aquí citados? Vamos a ver si sabemos, brevemente, darle al lector una mínima idea. La gracia de Madrid seguía estando en lo que era ciudad centenaria, donde vivió Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Tirso de Molina, y cien escritores más de nuestros Siglos de Oro en las letras españolas. La esencia de la vieja Corte, estaba centrada en el barrio de La Latina y Arganzuela, con esas casonas de comunidad, y los viejos patios

llevados con todo realismo a los libretos de zarzuelas.

Era el Madrid de Galdós y de Mesonero Romanos. El Madrid de las verbenas de San Cayetano, San Eugenio, La Paloma y San Antonio. Seguía siendo, claro que, un poco más evolucionado, el mismo Madrid de principio de siglo, aunque, sin calesas ni manuelas. Era de ver, en todos esos barrios pobres el buen gusto de las mujeres para ir en competición, buscando tener sus balcones más floridos que los de sus vecinas. Si parecían bosques de geranios, damas de noche, claveles, clave-linas, albahaca, y, hasta tomates y alguna que otra parrá, con las raíces dentro de una barrica o cuenco de colar ropa. En la pared de la fachada, colgando junto a la jamba del balcón, las jaulas con los jilgueros, canarios y verderones, e, incluso, en algunas hasta grillos. Allí estaba todo el campo madrileño encerrado en el viejo barrio judío. ¡Y qué canciones, y qué salero para cantar y bien entonar, salían de los humildes hogares! Qué voces, en niñas adolescentes y en mujeres de todas las edades. Madrid, venía siendo, desde tiempo atrás, una delicia de convivencia. ¿Y el olor de las calles, a torrijas, a churros y porras, o a fritanga de mariscos? ¿Y la eterna afición al arte de Cúchares?

-¿Ha visto usted torear a Vicente Pastor?

- Oiga, pues no. A ese, aún no.

- Pues entonces -se lo digo yo- usted no conoce lo que es una bendición y el derrame de la más pura esencia de la torería en un albero, se lo digo yo.

- Oiga, pero es que yo conozco a...

- Perdóneme que le corte: A nadie, y no me compare a él con otros porque es que no admite comparaciones.

A éste, no le hace sombra nadie, que es que se lo digo yo, y sé muy bien lo que digo. Todos esos que me va usted a decir que ha visto en Barcelona, es que no, vaya, que no. O, aquí, o en Sevilla ¿me entiende usted? ¿No ve usted que yo he conocido desde niño a este fenómeno nacido en Embajadores, en mi misma casa, si es que somos como hermanos, como salidos del mismo ovario, -pa que usted me entienda- y, como Vicente Pastor nada, nada de nada en esto del toreo, y no es por decir alabanzas al tun tun... ¿Me va usted entendiendo? Este es, pues, el orgullo de la fiesta nacional. Casi casi, pues, como la bandera, que es la esencia de España ¿estamos? Yo le digo, pa que usted no lo olvide en su vida, y lo puede decir, incluso, como pregón por Las Ramblas, que sólo hubo cinco ases que son, -es que tenían que ser así: Los cinco dedos de la mano derecha, y preste atención: Cúchares. Romero. Joselito, Vicente Pastor y Belmonte. Y ya no quedan más dedos ¿me ha comprendido? ¿Por qué? Pues porque Dios sabe muy bien lo que se hace. Cinco y nada más. Los de la izquierda no me van para nada."

Todo esto se^{le} decía en la Plaza de Santa Ana, Panteleón, "El Pinturillas", -que fue en su tiempo de la cuadrilla de "Zapaterito", -a Pascual Martorell, representante en Madrid y el Norte, de ropa de cama. Viajaba todos los meses a Madrid trayendo novedades desde Sabadell, y, Panteleón, era uno de sus fieles amigos. La plaza de Santa Ana es una de las más castizas de Madrid. Ella y la de Progreso, "Pogreso" para los barbis, eran las dos con más tertulias de toros y de negocios de compra y venta clandestina. Quizá tiene más gracia la segunda, porque en ella se recrean más los de los barrios bajos en calles co-

mo Lavapiés, Mesón de Paredes, Ministriles, etc. Sirva como ejemplo lo que se decía en ese tiempo por los bares y tabernas de su demarcación: "De Pógreso pa abajo ca cual vive de su trabajo". O, lo que es igual, que allí no había aristocracia, ni burguesía, ni bancos. Que todos eran trabajadores y pequeños artesanos. Y decían "Pógreso," sacando pecho, porque era para ellos palabra trucada, a lo "chipén," a lo "fetén", que es la jerga de la que siempre se sirvió en el habla el pueblo sencillo de los madriles.

No le vamos a quitar gracia a Sevilla, que también, -¿cómo no?- es mucha Sevilla y, sabido tenemos cómo es de gracioso y ocurrente el andaluz, pero es que en Madrid, la gracia se desborda como en la ciudad del Betis por todo el callejero de la Villa, y contagia hipso-facto a todo el que en ella se avecina. Ponga el viajero su oído en los diálogos de las tabernas; en las conversaciones de las mocitas; en el idilio de una pareja de enamorados, y eso será, como dice "El Boti", el marido de La Paloma, el no va más, por ese salero que fluye con la mayor naturalidad y hasta desplante aristocrático, sello subjetivo que le prestó la corte desde los Austrias, y que, en nuestros tiempos, tan bien supo captar López Silva y Fernández-Shaw para letras de zarzuela.

- ¿Me quieres, Isidro...?

- ¿Y tú me lo preguntas, Candelas? Me muero por tí.

- Mira mira, no me vengas con exageraciones ¡jolines; Dímelo sin guasa y sin aceleraciones.

- ¿Guasa yo...? ¡Eso lo será "Sarasa"... ¿Guasa yo que soy más seco que el regajal que pasa por La China?... Yo nací huérfano de ella, fuego mío, Candelas de mis entretelas, que me tías metió en brasas y ni te enteras...
- ¡Anda ya, Isidro, y no seas negao? ¿Es que no te has enterao que la tienes a puñaos? Lo que pasa es que no lo diquelas por cosa del hábito.
- ¿Habito yo que soy agnóstico total? Será por la galbana que me tie más dominao que el mostrador de la tasca El Corregidor.
- Pues, poco a poco, me vas pasando a mí ese virus, Isidro, y si no que te ^{le} diga mi madre.
- Pues no me enterao, princesa. ¿No ves cómo me tienes de alélao desde que te pones a mi lao y me tiras esas pupilas sobre estos ojos de camello que tengo? Si es que me fundes, Candelas!
- ¿Qué te fundo yo, mi alma, qué?...
- Los plomos de la espina dorsal. Que es que me quemas y no hueles a chamusquina...
- ¡Anda exagerao, que eres un exagerao.
- Me tienes más alucinao que el jodio Viaducto, que, en cuantito le veo desde la barandilla y me digo, "si un día Candelas me dá el raje, me tiro por aquí, y ¡hasta el Valle de la "Josefá...". Pero, miro al vacío, y es que me dan unas pulsaciones en salva sea la parte, que ni sentarme podría, ya ves tú.
- Porque no tías fé, Isidro.
- Será por eso. Pero tengo esperanza y caridá que dicen que, con un poquito de fe es la Santísima Trinidad.
- No hombre no, eso no (Y Candelas reía a carcajadas de la mejor buena gana, por aquella mala interpretación que hacía su novio de la doctrina. Luego llevaron la

al terreno del querer y fue ahí donde le dice Candelas.

- ¿Me quieres decir dónde estuviste anoche?

- ¿Anoche, anoche...? En el Sindicato. Eso es, en el Sindicato. En nuestros asuntos, Candelas.

- ¿Qué asuntos son esos, Isidro, eso quisiera yo saber?

- ¿Pero es que no te has enterao, niñà, lo mal que está nuestro país? Estamos ocupándonos de España, mujer, y nos ocupamos para que no tenga una hemorragia y se nos muera por culpa de los cavernícolas.

- Política, Isidro... Siempre la política. ¿Quieres que te diga la verdad?

- Esa la quiero yo siempre en primer plano.

- Que, desde hace tiempo, te estoy viendo más ciego con esa "señora" llamada España, que por mí.

- ¿Y te has picao?... ¿Pero qué dices, chiquilla? ¿Es que tienes celos hasta de España? No me hagas reir, Candelas, que esto no lo puedo contar a los amigos.

- Pues es lo que le oigo decir todos los días a mi padre, y sabe mucho más que nosotros. Tú tienes la cabeza mucho caliente por los sindicatos, y eso no es nada de bueno, que no y que no.

- ¿Celos también al sindicato...? Bendito sea Dios que, por ahí, mira tú, me quedo bien tranquilo. ¿Cómo te crees que la C.G.T me va a robar, por más proletario que sea, a ésta reina, por más aristocrática que sea y por mucho odio que yo tenga a las testas coronadas?

- Bueno, déjame, jolín, Isidro, anda déjame.

- Ven aquí, chatilla ¿Crees tú que no te quiero mil veces más que a Prieto y Largo Caballero?

- Pues sólo eso faltaba, que fueses un mariquita.

- ¡Anda ya...!

¡Madrid; ¡Madrid; El de los grandes poetas; el del mejor teatro universal. El de los grandes pícaros, que pululan por bares vendiendo cigarrillos, peines, lápices, encendedores, relojes y preservativos... o monedas de plata y oro que anoche fueron robadas en el Barrio Salamanca. El Madrid de las furcias colocadas en las esquinas deteniendo a mozos y casados, ofreciéndoles su cuerpo y un camastro en su destartalada vivienda, para echar una cana al aire, el pardillo que está buscando hembra por tres pesetas, en Cabeza, Espada, Encomienda o Lavapiés. Madrid, el de las peñas de poetas y pintores. Madrid, el de las ventanillas de billeteaje en la calle Victoria, para acudir al monumental coso de Las Ventas, a ver por dos pesetas las mejores corridas de España. El de las viejas, que se pasan el día y la noche por plazas y aceras, sentadas en una mínima sillita, teniendo encima de las piernas una cajita con paquetes de cigarrillos, puros y lotería. Madrid, el del gigantesco palacio Real y el de una aristocracia que, durante siglos fue rectora de los destinos patrios y causante de sus grandes traspiés, quiebro y sangrías del pueblo vasallo, torpe y servil. Madrid, el centro opresor de las naciones hermanas de América, a las que se vio obligado a conceder libertad, o mantener cien guerras por todo aquel continente, cuando ya se creían ellos dueños de sus destinos y eran suyas las riendas de los jóvenes países que fueron administrados y sangrados años tras años por la metrópoli.

Dejemos a Madrid en su rica salsa de vivencias y convivencias que tenían en 1936, y volvamos la vista a la casona de los condes de La Peñuela, en la calle Ministriles, que era hacia donde regresaron esa tarde-noche en que les habíamos dejado, cuando estaba soportando la población madrileña la canícula del verano en que había de estallar la guerra civil.

En la casa de Dionisio abundan los periódicos de las derechas y los folletos de extrema derecha, que era en la que militaba el activista y violento Crisanto.

Entre aquella prensa era frecuente ver el titulado "F.E." que dirigía José Antonio, y la revista JONS.

Desde febrero de 1934, el partido había tomado nuevo impulso y destacaban como cabezas rectoras, además de José Antonio, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

Ahora se titula muy pomposamente: Falange Española de las J.O.N.S (Que quiere decir Juventudes Obreras Nacional Sindicalistas). El grito que se había decidido unificar y hasta mitificar, era el ¡Arriba España! ¿Qué era el Nacional Sindicalismo y Falange Española? Un remedo de los nazis alemanes de Hitler, y de los fascistas italianos de Mussolini.

Así pues, Europa, contaba en 1936 con el nazismo de Adolfo Hitler, el fascismo de Benito Mussolini y la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera.

Después, se crearían, dentro de las derechas europeas, partidos similares pero, siempre, con uniformes paramilitares como los tres citados, en Bélgica y Portugal.

El catorce de marzo de 1936 fue detenido el jefe azul, al que ya se le llamaba El Fundador, y, el cinco de junio del mismo año, fue José Antonio, traslada-

de Madrid hacia Alicante, para evitar que en la capital de España se originaran grandes manifestaciones y producir escenas incluso con derramamiento de sangre.

Desde que fue detenido José Antonio, como rechazo hacia aquella orden ministerial, el número de afiliados creció más y más. Las Juventudes Obreras Nacional Sindicalistas, están decididas a cometer cualquier barbaridad contra las izquierdas y, como lamentablemente, el Gobierno con Casares Quiroga, carece de autoridad, el terreno se presta para hacer desmanes contra los que tanto cacarean sobre su potente y arrollador Frente Popular, y, en verdad que lo era. El odio que existía en las derechas contra el Jefe de Gobierno y el del Consejo, era terrible y, ni Azaña ni Casares Quiroga, tratan de mejorar el panorama que estaba clamando por todos los lados autoridad, sencillamente mayor autoridad o, la democracia se iba a pique rápidamente. No cabe duda que, la orden de llevar a aquel hombre al ministerio fue un grave error de Manuel Azaña, y se estaba viendo que, aquel error podía costarle al pueblo español mucha sangre, pero, el político que es un extraño animal, tiene poco olfato y menos vista. Su parecido es notable, con el caballo que lleva anteojeras y sólo ve en una dirección. Siempre fue así. Siempre lo seguirá siendo. Cuando un jefe de Estado se equivoca en un nombramiento, no quiere rectificar porque demostraría ante su pueblo que fue poco inteligente, y esa tozudez política sale siempre muy costosa a la nación.

- Pero, madre, comprende que nos han puesto a un gallego imbécil de ministro, y, por si fuera poco, hasta enfermo crónico. Ese tipo es un clavo remachado, y no lo toleramos;

- Por Dios, Crisanto, por Dios hijo mío, no digas esas cosas. No te puedes figurar el disgusto que me das oyéndote semejantes palabras.
- Pero, si es así. Si es la verdad. ; Y toda la culpa es del marica y cobarde Azaña; Todo, por culpa del repugnante berrugas; ¿Sabías que es un maricón de mucho cuidado?
- ;No; ,No quiero saber nada de eso. No puedo creer esas acusaciones vuestras en quien es el Presidente de la Nación. Lo que buscáis, es desprestigiarle inventando lo que sea. Para vosotros no hay uno bueno que mande.
- Madre, estás hablando como una republicana. ¿Eres republicana, o qué?
- Quiero la paz en mi país, la paz.
- ¿La paz, con una piara de rojos que no saben gobernar?
- Me dá igual, igual, hijo. Además, yo sólo quiero tener salud, y que nuestra patria no se meta en guerra ,que ya parece va camino de ella. La vais a traer entre unos y otros. ¿Me oyes? ;Entre unos y otros, Crisanto;
- ;Eso eso; La guerra se necesita en esta España que no funciona. ¿Sabes que se está organizando una sublevación militar? ¿A que no lo sabes?
- ;No quiero saberlo; Calla, por favor, que ya me has dado buen dolor de cabeza. ;Ay, Dios mío, qué afán por la violencia tiene éste hijo; Ojalá te hubiera entrado esa fiebre por estudiar una carrera, o por tener un puesto en una oficina, pero no, eso no, que es mucho trabajo.

-Lo tendré, madre, ese lo voy a tener. Cuando España sea Imperio, se van a necesitar muchos hombres para ocupar puestos altos, y a ellos iremos los verdaderos patriotas, los que nos estamos jugando la vida en las calles.

¿Sabes lo que les ha dicho Calvo Sotelo en el Congreso?

"Prefiero morir con honra a vivir con vilipendio" Eso, lo hago yo mío, y, si tengo que morir lo haré con honra, pero, el condesito de La Peñuela será grande y llegaré a marqués o duque, eso lo tengo bien claro, pero...hay que jugar en ello la vida, madre.

- ¡Ay, ay, ay, juventud loca. País dislocado. Política sin saber imponer respeto. Iglesia desprestigiada.

Pueblo hambriento que busca mejor justicia social. Allí y aquí, ya lo estamos viendo, todo el pueblo busca revancha, nos odiaba, y, en Madrid, donde creíamos que pasaríamos olvidados o perdidos entre tanta gente, seguimos soportando los mismos insultos y vejaciones. Creo, además, que ellos son los que llevan razón.

- Pues todo eso, se acabará madre. Haremos realidad nuestra canción: "En España empieza a amanecer" y, "Volverá a reír la primavera" ¿Te la canto? ¿Quieres que te la cante?

- ¡No; ¡No; Ya te la he oído mil veces cuando te afeitas. ¡No quiero canciones de esas en mi casa;

Días después, se produjo un incontrolado tiroteo en La Gran Vía y calles limítrofes. Se decía que hubo varios muertos y muchos heridos, pero, el Gobierno,

y era hasta lógico, trataba de minimizar el enfrentamiento y negar las víctimas. La impotencia de la que estaba haciendo gala, le obligaba a tener excesiva cautela.

A casa llegó esa noche Crisanto, corriendo y jadeante. Toca nervioso con el llamador; le abre su padre la puerta y viéndole en qué estado llega le dice con gesto que nunca hasta ese día había puesto.

- ¿Qué pasa, qué te pasa para que vengas así como un ladrón o un criminal que busca refugio?

- Creo que he matado a un rojo o, a dos... Sí sí, le he pegado a uno, estoy seguro, en el pecho y, a otro...

- ¿Pero qué dices, qué dices, hijo?

- ¡Joder! ¡Que he matao a dos comunistas, y uno era del barrio! ¡Ojalá haya sido Barrientos, "El Pinocho"!

- ¡Pues vaya hombrada que has hecho!

- ¡Hecho está y nada más;

- ¿Te han perseguido?

- Sí. En Concepción Jerónima los he burlado. No hay que preocuparse.

- ¿No, eh? Entra, entra, desgraciado, y no salgas más de esta casa hasta que todo ello se detenga. Nos acabarás volviendo locos, o llevándonos a la cárcel a todos. ¡Yo no sé que genio llevas encima, no lo sé...!

- ¡El tuyo...! El de los Peñuela, que, no me dirás fueron hombres de paja, o de trapo;

- ¡Eso es agua de otro tiempo; Estamos en el siglo XX.

- A mí me lo habéis introducido los que me obligasteis a nacer. Lo que yo sea es consecuencia vuestra y nada más que vuestra.

- Esa canción no me va, y no me va. Aquí os habéis

formado en pandillas de hombres, que buscáis asustar al pueblo dominando todo, y eso no es así. Jamás vais a conseguir tirar a un pueblo que es en su mayoría republicano, y, lo que os cuenten son fantasías.

- ¡Asesinaremos a todos, a todos; Me está pareciendo, conde de La Peñuela, que sientes admiración por el montón de grasa y babas de don Inda, y por el talle de doña Manolita...

- ¡Haya más respeto en ésta casa, Crisanto;

- Eso quiero yo, y mira... mira, padre, que aún viene la pistola caliente... Mira cómo huele a pólvora que es muerte... ¡Huélela;

- ¡¡Quita de ahí eso de mi vista; Sois unos irresponsables!

- Pero ¿cómo puedes decir tú eso, después de que han venido a tu casa a insultarte y a ponerte en la puerta en letras rojas: "Aquí vive un fascista. Hay que retirarlo de la circulación".

- Eso lo escriben por tí. En el barrio ya estás bien fichado y, me temo, que, un día u otro, te van a venir a buscar para llevarte preso. Te lo estás ganando semana tras semana. ¿No podías haberte unido con Albiñana o con Gil Robles? ¿No podías haberte afiliado con los monárquicos, que fueron desde siempre los nuestros, y te has ido a meter en la boca del tigre para ser los colmillos, pero, mira tú que, los otros no están sin escopetas ni rifles, y pueden organizar la cacería... ¿Sabes quién va a caer? ¡Tú;

- Lo nuestro es más moderno. No me hables de chochees de otras agrupaciones, que son parasitarias. Esto es lo que domina en Europa y acabará con el liberalis-

mo y conservadurismo retrógrado. Toda Europa será nuestra antes de dos años. ¡Toda Europa Nacional Socialista, y Nacional Sindicalista; Vamos al copo, padre.

- Bueno bueno. Mira, por ahora, en bien tuyo, esconde esa pistola y ocúltate en casa hasta ver si pasas desapercibido, que no ha de ser tan fácil.

Como se ha dicho al inicio del libro, aquella mañana del dieciocho de julio de 1936, se corrieron por Madrid rumores de que había una sublevación en Marruecos y las Islas Canarias, donde estaba destinado el general Franco por voluntad de Azaña. Se creó don Manuel que, llevando a las islas a Franco, evitaba una sublevación dentro de la península. ¡Ah, ingenuos; Y otro tanto hizo con Mola, mandándole a Navarra (Pamplona), creyendo que, en esa región estaba marginado, y lo fue a meter en su plena salsa. Como si, además, no hubiera otros muchos generales tanto o más peligrosos que esos dos que hemos citado, y que seguían ejerciendo su poder en los cuarteles y con toda la oficialidad a su mando. Como si por estar en el archipiélago canario, ello le restaba para no estar a todas horas en contacto con sus compañeros de confabulación. ¿Es que no tenía teléfono para contactar con Barcelona, Melilla y Ceuta, Zaragoza, Pamplona, Burgos, Valladolid, Coruña, etc, etc.? El gobierno republicano era más ingenuo que una zambomba sin cañizo, y así sonaba... y así acabó. Azaña, muy buen escritor, un intelectual de valía pero, pero... hay que tener algo más para conducir un país y el había nacido

carente de ello. Eso se notaba en toda España.

Al saberse la noticia en la casa de Dionisio Bastida-Crespo, y, oculto como estaba Crisanto, se trató con cierta inquietud y angustia el cómo salir de aquel trance. Madrid estaba convulsionado y se oían y veían grandes masas de gentes obreras que gritaban y amenazaban por los barrios de más bajo nivel económico. Se escuchaban, llegados de diferentes direcciones, disparos de armas cortas; el sonar de sirenas y de coches llevando altavoces, citando a reuniones en sindicatos y casas del pueblo era un continuo machaqueo que aterrorizaba no poco a la población. Una población que ignoraba la verdadera dimensión de los hechos, pero, que los juzgaba graves según se veían de alteradas las clases trabajadoras, que fueron, realmente, las que tomaron desde el primer momento conciencia de la situación en que se hallaba la República, cosa que quiso desconocer el propio Gobierno.

Los padres de Crisanto, temían no poco que llegaran hasta su casa las células de los partidos de extrema izquierda, cuya sede estaba dentro de aquella zona. Si venían a su casa, detendrían a su hijo, le harían un juicio popular y quizá la podían matar sin la verdadera defensa. ¿Quién era capaz de saber la causa de aquellos disparos? ¿Todo lo que oían era tiros al aire, o era una estampa real como la pintada por Goya en la Montaña Príncipe Pío?

- Escúchame, hijo y atiende este consejo que te lo da quien tiene más experiencia que tú en el vivir.

- Usted dirá, padre.

- Tienes que salir de Madrid. Esto está muy peligroso

y algo me dice que mañana estará mucho peor; que se establecerán controles y se comenzará quizá, a detener gentes, para que no se muevan, sumándose a los sublevados. Aprovecha este desconcierto y huye, huye de esta ciudad donde te veo como hombre quemado por tu reciente pasado; por tu destacada actuación manchada de sangre. Eso es peligroso, terriblemente peligroso en estos momentos.

- Bien y ¿dónde voy? ¿Dónde puedo yo ir?

- No creo que sea solución que vayas a Guadalajara, Ávila, Cuenca, ni ninguna capital próxima, en las que no sabemos qué pasa en estos momentos. Vete a Portugal, que le tenemos cerca. Portugal es país extranjero. Aquel gobierno, además, es partidario de las derechas y, quién sabe si hasta no apoyará a los sublevados. ¡Vete allí, Crisanto! Más quiero verte en Lisboa libre, que no en Madrid perseguido o preso por estas masas de ignorantes que dominan las calles y comenzarán a incendiar todo de un momento a otro.

Crisanto calló. Un silencio lleno de interrogantes flotaba por aquella sala, mientras que, en las calles, se escuchaban altas voces, gritos, y tampoco faltaban palabras violentas, blasfemias y amenazas.

Fue Purita, que estaba algo mejor de su anemia, la que dijo, quitándose unas lágrimas de los ojos:

- ¡Ay, Dios mío... ¡Ay, Virgen Santísima, en qué situaciones nos vemos siempre en este país, Dionisio!

¿Qué será de nosotros, ahora...?

- Calla, mujer, calla, que todo puede apagarse más rápido de lo que tememos. Quizá no pase nada; puede que todo quede abortado como la intentona de Sanjurjo...

Triunfar es muy difícil y la República mantiene firme a la mayoría del pueblo y de sus grandes militares. De todos modos, nuestra historia es así. Pocas décadas hemos estado aquí en paz, y, ahora, sólo llevamos un lustro, y no muy tranquilo que digamos...

- Pero, ¿éste hijo, Dionisio... éste hijo...? ¡Ay! Si parece que me lo estaban diciendo que, un día u otro, había yo de verle así... ¿Qué falta tenías tú, hijo, de hacerte responsable de nada con esa milicia, o, lo que sea...?
- Madre, lo hecho hecho. Me lo obligaba mi clase y nada más. ¡Hecho está;
- ¿La clase, la clase... qué es la clase quisiera yo saber?
- ¡No haberme traído a este cabrón de mundo y de país;
¡La culpa es vuestra y sólo vuestra;
- ¿Nuestra? No me digas barbaridades. Será cosa de Dios.
- ¡No metáis a Dios en estos asuntos, que El ni se entera;
Esto es cosa de los que vivimos y nada más.
- Pues sí que estamos buenos aquí... Vaya salidas que nos das. ¿Crees tú que el nacer en nuestra casa te obligaba a ser un asesino como lo has sido?
- ¡Padre, mucho cuidado lo que dices, mucho cuidado con esa lengua;
- Yo te digo, que has salido contrario a todas las virtudes de tu madre, y, por ser, eres... hasta ateo. ¡Tengo un hijo ateo; Viniendo de donde vienes no lo entiendo.
- ¿Tú crees que por ser producto tuyo tengo que creer en tus estupideces? ¡Pues, no señor; Mi teoría es que los genes no creen en Dios ¿os enteráis? Soy lo que he querido ser, y nada más. Así somos casi todos los de Falange. Y esto ya está escrito en nuestros Estatutos. Yo soy quien quiero ser y vuestras creencias, me las cuelgo de los cojones. ¿Está claro? ¡Pues eso;

- ¡Hala, hala, hala, hala... a falta de mejor razonamiento, lo nuestro: la bruticie, el disparate imitando al peor de los carreteros! ¿Has oído, Dionisio? ¿Has oído lo que dice tu hijo? ¿Ves lo que hemos criado en Madrid? Y eras tú el que aquí, quería darle buena educación...? Ahí está lo que has conseguido.
- Nunca he podido entenderme con el, Purita, es que nunca pude por más que lo intenté, ya lo ves. Jamás entendió que otros, aquí, en Madrid, con más alta titulación y dinero, han jugado a dos cartas, a dos aires, a dos bandas, pero, él es así de violento, como lo fue el hermano primero del Antiguo testamento, y no se puede, es que no se puede traer a tu hijo a la razón.
- ¡Esos que has dicho, son unos cobardes! De todos modos, yo te digo que, el salir huyendo no me gusta. Si todos hacemos lo mismo ¿para qué tenemos uniforme y pistola? ¡Yo tengo un arma para cuando llegase este momento!
- ¡No me la nombres, Crisanto, no me la nombres! ¡Ay, hijo mío...! no te das cuenta que ella puede ser hasta tu muerte? Yo no quiero oírte más hablar de armas en esta casa.
- Dejemos eso, Purita. ¿Cuánto dinero tenemos en casa?
- Hay bastante, porque, ya sabes que hace diez días nos han dado los beneficios del medio año de intereses.
- Sácalo y que se lo lleve Crisanto, pero, sácalo sin perder tiempo. No sé, hijo, si me has de hacer caso o no, allá tú, con tu cuerpo juegas, pero yo tomaría sin perder más tiempo el tren o el autobús de Salamanca o Cáceres y, en pocas horas me planto en Portugal, evitando esta tormenta que tenemos sobre España. Si ganan los sublevados, vienes a sumarte a ellos, y todo

ha de darse por bien empleado, hasta puede que consideren tus "actuaciones"... Si pierden, pues, tienes dos opciones: o sigues allí hasta que todo dé la vuelta, que, más pronto o más tarde todo la dá, y te reintegras a tu patria.

Así se hizo. Acabó por entender que, la razón estaba de parte de su padre y, a las cuatro de la tarde salió de Madrid camino de Salamanca, cuando toda la vieja corte estaba llena de hombres armados y de mujeres amenazadoras; cuando de un lado hacia otro, caminaban grandes masas de hombres que llenos de pasión y de odio portaban armas y pancartas, insultando a los generales sublevados, que habían salido para destrozarles una República que era toda su ilusión. Bien entendían todos los obreros que, lo buscado por aquella minoría, era hacerles callar la boca y seguir metiéndoles en un brete como se venía haciendo en España desde hacía ~~la tira de~~ siglos.

Hizo caso a su padre el díscolo y rebelde Crisanto, y tomó el primer tren que salía para Salamanca, pasando, previamente, por la tierra y ciudad de Santa Teresa.

Si en Madrid el movimiento ciudadano era muy grande y presentía las trágicas horas que se estaban viviendo, no ocurría esto en aquel tren que parecía un transporte fúnebre. Nadie hablaba. Todos sospechaban unos de otros... Quizá -se pensaba Crisanto- vamos todos movidos por el mismo problema; los unos, por huir de

esta conflictiva ciudad; los otros, por juntarse con familiares que están en otros lugares; los más temerosos de que, si ocurría lo imprevisible, podían verse separados de padres, hijos, o deudos más allegados.

El tren avanzaba veloz, más que nunca, buscando zonas -si existían- de mayor sosiego. Era la época en que el campo estaba todo color barquillo por lo tostado del cereal. De vez en cuando se veían segadores recogiendo sus mieses. No levantaban la cabeza ni por curiosidad para ver qué gentes llevaba el tren. Estaba todo esas horas tan confuso...! Muy distintos eran los trenes que iban camino de la vieja corte. Cuando se cruzaban con ellos en El Escorial, Las Navas y, en la misma Avila, aquellos convoyes parecía que llevaban a gentes camino de una fiesta, en busca de una excursión. Demostraban una ilusión que, ingenuamente, aspiraban a derrotar a todo el ejército que se haya sublevado contra la voluntad del pueblo. Ellos se creían ser todo el pueblo. Los gritos, las blasfemias, los puños amenazadores que asomaban por las ventanillas, se le metían a Crisanto en las sienes y le martilleaban incesantemente. Parecían que iban dedicados a él, por canalla y cobarde. El corazón le palpitaba violentamente, y la boca la sentía seca como pico de loro. Quizá, sin quererlo, hasta movía los labios impulsado por el subconsciente, para decir: ;"Hijos de puta"; ;"La madre que os parió a todos, a todos"; ;"Y vosotras, zorras de mierda, por qué no os quedáis en casa fregando o lavando la mugre que tendréis en ellas?"; "Ah, si yo pudiera...;"; "Ay, si tuviese aquí una ametralladora...ta ta ta...tatatatata...."; ;"Volveré"; ;"Volveré, ya lo

creo que volveré y os ajustaré el látigo en las nalgas y en las espaldas; " "¡Pobretones; " "¡Gusarapos; "¡Rascas; " "¡Analfabetos; "

En Avila, se detuvo el convoy dos horas. Se hizo la noche y salió el hijo de Purita a pasear por los andenes.

Entró en la taberna-bar de la estación, y tuvo que llamar con palmas para que salieran a atenderle.

- ¿Qué va usted a tomar?
- Un vaso de vino y un bocadillo.
- Espere un poco que no sé si está mi chica y mi yerno, que yo creo han salido pa Madrid.
- Déjelo, déjelo usted, que no quiero nada.

Avila, que ya nació siendo población tristonra, esa noche parecía que estaba toda recluida en ejercicios espirituales, o, rogando en los altares para que no ocurriera derramamiento de sangre.

Por las calles ha visto patrullas de soldados con armas, y jóvenes vestidos de azul, como la ropa que tenía el en casa. Llevaban caras graves y con gesto de odio, o cargados de incógnita. De vez en cuando, se daban gritos de ¡Viva España; o ¡Arriba España; pero, no sabía de dónde venían.

Aquello le alegró un poco. De todos modos, la tragedia estaba bien latiente en toda España. Allí, se veía que era algo más que un levantamiento militar en Canarias y Marruecos. El interrogante flotaba por el espacio conventual de la amurallada Avila. ¿Qué pasaba realmente en España? ¿Lo sabía alguien en esas horas llenas de inquietud y desasosiego? Sin hablar con nadie regresó a la estación y continuó camino de Salamanca, la bella ciudad de piedra dorada; la fantasía del barroco.

Se quedó dormido, mecido por el monótono sonar de las ruedas sobre los empalmes de los raffles, y el agradable balanceo de los vagones que, de noche, asemejan a los brazos del aya bailando al niño. Iba solo en su apartamento.

Al cabo de un tiempo, una poderosa voz dijo por el pasillo "¡Peñaranda de Bracamonte; " Se despertó, se desperezó, levantó la cortinilla de la ventanilla y vio que, por el andén, como si fuesen fantasmas, caminaban algunas gentes buscando las puertas por donde subir a los vagones. Otras bajaban y, por las ventanillas, les daban los equipajes a quienes elevaban los brazos, desde lo alto. No faltaba quien decía gritando al que asomaba la soñolienta cara :

- Oiga. Esto es primera o tercera?...

- ¡Primera! Esto es primera. Tercera está más atrás.

- Ya. Muchas gracias.

Un mozo les dice a unos amigos que iban en el vagón de tercera y asomaban las cabezas como en una jaula del zoológico:

- ¡Tened cuidado con los de caquí!.. Mirar que han salido a barrer con todo; ¡Ojo con ellos y, a portarse bien;

La voz que anunció el nombre de la estación al parar dijo ahora, como ayudándose con musiquilla, y dividiendo bien las sílabas.

- ¡Via-je-ros al tren ;

Segundos después, sonó una campanilla, que estaba colgada junto a un reloj, y era manejada por el factor que estaba bajo ella, agarrándola de una cuerda y, el tren, comenzó a dar grandes resoplidos como dragón

que se ponía en movimiento. Perezosamente se encaminó hacia tierras de Salamanca. Una hora después cuando ya amanecía, llegaba el tren a la ciudad del Tormes.

Allí se apearon todos los viajeros porque era punto final de recorrido. Crisanto, se encaminó hacia el centro de la ciudad. Tomó un desayuno en un café próximo a la preciosa Plaza Mayor, y, al vecino de mesa, le preguntó dónde podían informarle si salía algún coche de viajeros para llevarle a Ciudad Rodrigo. Bien sabía Crisanto que aquella ciudad estaba a unas diecisiete leguas de Salamanca, pero, quiso omitirlo ¿qué más le daba?

Aquel señor, que aparentaba estar bien informado sobre desplazamientos y distancias en casi toda España, al oír la pregunta del forastero, le pidió permiso para acercársele, se lo concedió Crisanto y agarrando su vaso de vino y el bocadillo, se sentó frente al hijo de Dionisio, no poco movido por la curiosidad para decirle.

- Oiga, que puede ir usted también, si lo quiere, en tren, pero, por carretera irá mucho mejor y más rápido. Por más que, oiga, estas carreteras provinciales están que gritan de serruchadas ¿me comprende? Esa de Ciudad Rodrigo, de todos modos no está mal, claro que, tampoco hay otra mejor, que esto es como lo de las lentejas, y ya sabe usted por dónde voy.

- Ya, ya...

- Si se dá usted un poco de prisa, creo que hay coche a eso de las diez y media. Esta es la hora ¿sabe? en que vienen todos los vehículos desde fuera a Salamanca, pero, algunos también salen ¿me comprende? Los hay que van a Peñaranda, Vitigudino, Béjar y Ciudad Rodrigo. Aunque hoy... ¿eh? Pues no sé yo que le diga, según está el terreno de movido... y ya me entenderá por dónde voy...

¿Eh? Ya se habrá dado cuenta el joven cómo están las tropas por las calles y, hasta los jóvenes alborotados...

Claro que, usted, se me hace que es forastero...

- Pues sí señor, acabo de llegar.

- ¿De dónde viene usted, si no es mala pregunta?...

Oiga, que, si le parece mal, no me contesta y tan amigos, a ver si me entiende.

- Le entiendo, le entiendo. Vengo de Madrid.

- ¿De Madrid? ¡Joder... ¿De Madrid viene?... ¡Joder, cómo debe estar aquello, madre mía; Aquello está que arde. Claro, teniendo allá al Gobierno y a toda la hostia... no me diga nada y no me diga nada...

De allá habrá que salir echando hostias, como si lo viera. ¿Eh? ¿A que sí?...

- ¡Pchissstss; No crea. Regular, regular..

- ¿Regular? No sé si se ha enterado usted que, el país está todo sublevado. ¿No se da cuenta que no hay ni gentes por las calles? Esta, parece una ciudad muerta. Salamanca está muerta, se lo digo yo que la pulso todos los días. Es que, en confianza, se tiene miedo a lo que pueda pasar, que puede ser mucho gordo ¿me comprende? Aquí hay muchos responsables que están liando el petate pa salir huyendo... ¡No quisiera yo, en estos momentos, estar en el pellejo de muchos; Se tiene miedo, y es la verdad. El pueblo tiene memoria y sabe que la cosecha que acarrean estas tempestades es de fuego y piedra... ¿me va comprendiendo?

- Del todo. Le comprendo todo.

- Pues eso. Que la cosa es así joven. Claro, usted no sabe nada. Los jóvenes pues ya se sabe, pero

los viejos estamos mucho escamaos, mucho. Que se lo pregunten a Unamuno, sí sí, a don Miguel Unamuno, que vive a cuatro tiros de piedra de aquí. Ese, hace muchos años que mandó a todos con la madre que los echo a este mundo, y ese sabe ¡Uy, lo que sabe ese! Oiga, y a lo mejor tiene buen canguelo en estos momentos, más que yo, mucho más que yo, pa que me entienda...

- Claro, claro.

- ¿Ha viajao toda la noche, o qué?

- Sí señor. No he hablado con nadie, de ahí que ignoro lo que pasa.

- ¿Que no sabe lo que pasa...? ¿Pero es que no sabe usted lo que pasa?... Yo se lo quiero tirar al oído y usted lo acepta en lo que le valga. Según las radios, es decir, según la que se oiga, te lo cuentan como ellos quieren. Se lo voy a decir más bajo... que ya no me fío de nadie, señor, y a partir de hoy ¡guarda! Oyéndolas, no sabes a qué carta quedarte ¿me entiende? Para las radios de Madrid, "todo está tranquilo... todo está sofocao... Aquí no ha pasao nada de nada. Madrid no ha roto su normalidad." Eso dicen, pero, por otro lao, piden que lleven todos las armas y se junten urgente pa ir a los montes y detener a los fascistas ¿me va entendiendo?.

La radio de aquí, nos ametralla cada hora diciendo que se ha sublevao todo el ejército en España. Que han salido, y dominan en Ceuta y Melilla, en Canarias, en Zaragoza, Valladolid, Burgos, Sevilla, Galicia toda, León, Pamplona, Logroño, Vitoria ¿Eh? ¿Con qué carta se queda?... ¿Entiende usted algo de éste "gerológico"? ¿Quién lleva razón?... Bueno, aquí, la verdad es que el ejército está sublevao, y por la calle las patrullas armadas que no dejan ir a más de dos juntos por la calle, y menos

formar grupos. Esa es la pura verdad.

- Habrá que esperar a que todo pase, como en las tormentas.

- ¡Justo! ¡Bien pegao, sí señor! Así que, usted va, por lo que ha dicho, a Ciudad Rodrigo, no es eso?

- Pues sí señor.

- Ya me figuro que usted está en Madrid estudiando y al ver las nubes ¿eh? ¿A que sí?

- Hombre... pues sí. Eso es.

- Bien hecho. Yo tengo un nieto por allá también estudiando, pero, aquel ¿dónde estará con lo ciego que le tienen los de la hoz y el martillo? Usted ha hecho lo que debe. No ve que yo he sido tratante y he corrido mucho mundo. Yo he viajao mucho, mucho.

- Ya se le ve. Se le vé, sí señor.

- Bueno, pues no le molesto más, y perdóne, joven que me haya metido en sus cosas.

- No es nada, al contrario. Muchas gracias.

Desde aquel café, fue Crisanto, con no pocas precauciones y curiosidad a la estación de autobuses y sacó billete para Ciudad Rodrigo. Apenas llevaba el coche ocupado un cuarto de los asientos y ya estaban viendo a su izquierda la bellísima Sierra de Peña de Francia. Con las paradas y el subir nuevos pasajeros se hizo el viaje más animado y bullicioso, pero, esto fue a partir de San Esteban de Santi Spiritus, llegando abarrotado de gentes, incluso en la baca, donde había todo tipo de bártulos de las especies más extrañas.

Comió en la bella ciudad, antaño sede episcopal, que está como la propia Salamanca llena de monumentos. Contempló desde la plaza la catedral, edi-

ficada en el siglo XIII. La casa Consistorial; el alcázar de Enrique II; los grandes palacios señoriales, y las poderosas edificaciones para defensa. No dejó de admirar los escaparates que, al igual que ocurre en Toledo, exhiben sus valiosos trabajos en joyería y artesanía. Por todas partes iba solo y con la cabeza llena de interrogantes. ¿Hacía bien? ¿Era justo lo que había hecho con su propia milicia? ¿Podía volver a España y llevar la cara alta, o quedaba para siempre marcado como un cobarde?

La verdad era que estaba a sólo veinte kilómetros de la frontera. Lo que más pesaba sobre él era el obedecer a su padre y conseguir ser libre tras de aquel grave delito de sangre que hasta le parecía reflejarse en sus manos: Era un criminal. Por donde quiera que fuese, -el mundo y los racionales son uno, él era un Caín más, se enterasen los que estaban a su lado o no. De ahí que tenía ganas de poner tierra por medio a ver si lo olvidaba.

Esa noche pasaría la frontera.

Podían ser las cuatro o cinco de la tarde, cuando alquiló un taxi, indicándole que le llevase hasta la misma frontera portuguesa.

- Yo le llevaré a usted hasta Fuentes de Oñoro, y, allí, le dejo. Lo demás es cosa hecha si busca pasar.

- Muy bien. Lléveme.

Pagó y se quedó en el pueblo tratando de saber quién le podía pasar la frontera burlando a los carabineros, ya que iba sin documentación alguna; carecía de permiso de salida y de pasaporte.

Nunca faltan en las fronteras de todos los países, gentes que se dedican a llevar como lazarillos a quienes -por la causa que sea-

buscan el extranjero. Tuvo la suerte de acertar al exponer su idea privadamente en una taberna, a la que entró para beber un vaso de vino. Le dijo al dueño.

- Oiga, perdone... ¿Sabe usted si hay alguien aquí que conozca los pasos de noche para entrar en...

- No me diga más, no hace falta que diga más. Mi cuñado Petronilo lo hace como Dios de bien. Oiga, hablemos bajo que están los guardias por las calles de patrulla. No sé si ha oído -me figuro que sí- que hay una sublevación gorda en todo España. ¿Sabe usted algo de eso?

- Pues sí. Me lo han contado en Salamanca.

- ¿No será usted de los que escapan si han visto perdida su causa, eh? ...

- No no. Yo no tengo nada que ver con eso.

- Mejor que mejor, aunque, para estos manejos, oiga, tanto nos dá que sea un obispo el que huye de la quema, como Pasos Largos ¿me comprende? Se hace el trabajo y nada más. Esto, como el Tercio: "Cada uno será lo que quiera, nada importa su vida anterior".

- Eso quiero. No hablar.

- Bueno, pues venga aquí a eso de las doce de la noche y todo se arreglará. ¿Sabe cuánto cobramos por ayudarle a entrar en Portugal?

- Lo ignoro.

- Yo se lo voy a decir. No crea usted que esto es por nosotros, -a ver si me entiende- es que, por lógica, verdá usted, pues hay que engrasar el carro de los portugueses de Formoso, que son unos aprovechaos de órdago. Y, si ven algo los carabineros de aquella entrada, pues, también hay que taparles la boca ¿me va

comprendiendo?

- Bueno, en total ¿cuánto?

- Poca cosa: Quinientas pesetas.

- Bien. Eso está hecho. ¿A las doce me dice, verdad?

- A las doce y aquí mismo. ¿Usted solo?

- Yo solo.

- Es que, si son dos, se **duplica** la cuenta.

- Soy yo solo. ¿Por quién pregunto?

- Por nadie. Esto lo llevo yo y mi cuñado. La taberna hace las veces de oficina, a ver si me entiende. Mi cuñado es el que viaja. (Y soltó una carcajada).

- Muy bien, hasta las doce.

- Hasta luego. Oiga, si quiere, aquí damos de cenar ¿eh?

- Me parece bien. Cenaré a las once y media.

- ¿Quiere que le preparemos algo especial?

- No no. Unos huevos fritos con patatas.

- Muy bien, señor.

Cuando estaba terminando de cenar vino Petronilo, que era hombre rudo, con aspecto de pastor y ropas bastante destrozadas. Se lo presentó Fabricio, que así se llamaba el dueño de la taberna. Pagó la cena y lo establecido por ser conducido por cicerone rural, y se pusieron en marcha. A las doce y media estaban dejando atrás Oñoro, que apenas si tenía luces para identificarlo entre la montaña. Caminando, dando tropiezos por senderos y mil vericuetos llenos de peligro, llegaron a un terreno donde le dijo Petronilo, una vez pasado el río Turones:

- Ya estamos en Portugal, maestro. Hemos tenido suerte que ni los murciélagos nos han visto.

- Bueno, pues vamos a despedirnos y muchas gracias por todo.

- Oiga, lo de las gracias déjeselo usted pa' el clero.

Inesperadamente, sacó Petronilo con la rapidez de un rayo una navaja y se la puso en la garganta a Crisanto, diciéndole con mal gesto:

- ¡Ese billete de quinientas que llevas en el bolsillo es mío; ¡Dámelo; ¡Vamos, dámelo; ¡Mira que, si no me lo das no pasas de aquí, tú verás...;

- Pero...¿qué es esto?

- ¡Ni pero ni nada; ¡Mira que te mato; Mi cuñado sólo me dá diez duros ¿entiendes? ¡A esto no hay derecho; ¡Venga ese billete que te ha devuelto; ¡Ya estoy harto de pasaros a los contrabandistas y criminales, sin cobrar lo que merezco; ¡Venga lo que te digo o te sangro como a un chivato;

No tuvo más remedio que meter la mano en el bolsillo y sacar el billete con gran dolor y, mayor cólera.

Quien viera a Crisanto la cara amarilla, verde de luna, y oscura de maldiciones internas, se hubiera sorprendido no poco, pero, cómo negarlo, quizá era una de las pocas veces en que le asistía la razón. Lo que le hacía el pastor Petronilo, era una auténtica canallada que había de fomentar más y más, los resentimientos en su hosco carácter. Cuando Petronilo le arrancó el billete, bajo la tenue luz de la luna, y comenzó a correr barranco abajo igual que un rebeco, Crisanto, se quedó mudo ante semejante sorpresa y razonando: "Ya puedo tener cuidado de ahora en adelante y ser más listo y decidido que todos ellos o soy hombre muerto"

Como ya le había dicho el guía que siguiendo siem-

pre derecho, llegaría hasta Guarda y a Coimbra, pues así lo hizo, no sin antes de mover un pie acordarse varias veces de la madre de Petronilo que, la pobre, nada tenía que ver con las injusticias propias de los tiempos que se estaban viviendo.

No había llegado a tierras de Portugal, Crisanto, cuando acudieron a la casa de sus padres una patrulla de obreros. Llamaron en la puerta con marcada violencia. Salió el padre y preguntó.

- ¿Quién llama, quién es el que llama?
- 'Trabajadores del pueblo.' ¡Abra la puerta;
- ¿Qué quieren ustedes?
- Venimos a revisar la casa de Crisanto Bastida-Crespo, el fascista, el criminal...
- ¿Traen ustedes orden judicial?
- Eso lo dejaremos para tiempo normal. Ahora estamos en situación de guerra. ¡Abra la puerta o la tiraremos al suelo;

Tuvo que abrir el padre y quedó como de mármol al ver a cuatro hombres con fusiles en las manos y cara de muy pocos amigos. No dijo ni una palabra más. Penetraron en la vivienda y comenzaron a revisar todo. El que mandaba la patrulla, le dice a Dionisio, que seguía mudo.

- ¿Dónde está su hijo?
- Ha salido.
- ¿Ha salido, eh?... ¿Para qué? No lo diga: Para juntarse con los sublevados en el Cuartel de la Montaña.

- No señor, no señor. Eso no es así.
- ¿Que no, eh? ¡Eso lo vamos a saber bien pronto; Muchachos, mirad por toda la casa a ver si encontráis la pistola de ese asesino que nos ha matao a dos compañeros.

Purita, que todo había oído, se acercó a Dionisio y, en silencio, el matrimonio, contemplaba cómo aquellos hombres abrían cajones y tiraban todo fuera maldiciendo a sus dueños. No dejaron en aquella media hora que duró la intervención nada sin remover.

Cuando encontraban periódicos de derechas: ABC o, El Debate. F.T de las JONS, y revistas de la misma ideología, las rasgaban y pisoteaban. Lo mismo hacían con los objetos religiosos, todo ello entre blasfemias e insultos. Había que reconocer el momento que se vivía y la terrible lucha de ideologías.

Purita, que seguía sin recuperarse, lloraba amargamente, y Dionisio, que sostenía la cabeza de la mujer junto a su pecho, trataba de consolarla para que fuese valiente. Después de comprobar que allí no había armas y que el criminal estaba fuera del lugar, nuevamente el que hacía de jefe, volviéndose hacia ellos les dijo:

- Señores, lo siento, pero, tienen que acompañarnos.
- ¿Nosotros? Oiga, llévenme a mí. Mi mujer está muy enferma. Considere que...
- ¡No tenemos nada que considerar: Son órdenes que recibimos para casos como este, y deben cumplirse.

No está el hijo de ustedes... No saben dónde está... Pues, allí cantarán todo cuando se les aprieten las clavijas. ¡Vamos; ¡En marcha;

Tuvieron que hacerles caso, no cabía otro remedio.

España estaba metida en guerra civil y, desde esos días, nadie era dueño de su destino ni de sus propiedades, cuanto menos de sus actos. Lo que ocurría en una zona era fiel reflejo de lo que acontecía en la otra. Se detenía al contrario en pensamiento, por capricho, y, pronto llegarían los fusilamientos de tantos miles y miles de inocentes que, de un día para otro, pasaron a ser terribles enemigos, a los que era preciso eliminar para meter el terror en la población.

Por las calles van detenidos, metidos entre cuatro hombres con fusiles, los condes de La Peñuela. Muchos curiosos les miran con gesto de compasión, pero, no faltaban mujeres que les llenaban de insultos y de amenazas. Minutos después, llegaron a la comisaría del barrio, se les tomó declaración y pasaron a ingresar en la cárcel de hombres el uno, y, la otra, en el penal de mujeres, junto a la interminable relación de personas detenidas por sospecha.

La familia había quedado desde ese día totalmente fraccionada, y ya nadie llegaría a saber qué fue de los otros que la componían y se hallaban distanciados.

Había seguido Crisanto caminando con la mayor precauación por carreteras de tercer orden, buscando siempre el Oeste o, lo que es lo mismo el Océano Atlántico. Llegó a las proximidades de Guarda, que es sede episcopal y una gran ciudad en la Beira Alta, pero, no quiso entrar en ella, prefirió seguir y detenerse en pueblos pequeños donde reparar el cansancio y comer

algo, aguantando con mayor comodidad el anonimato. Así lo hizo hasta llegar a Sobral da Serra. Agotado llegó hasta una pequeña tienda, en la que pudo ver que también daban comidas en el bar que tenían en la trasera del edificio y que era un estrecho callejón.

Estaba metido en plena Beira Alta, la tierra del vino y de la rica aceite, tierra regada por el Mondego, que es afluente del Duero o Douro para ellos.

Temiendo que ^{no} podía llegar muy lejos por aquella ruta y con el dinero encima, decidió retroceder otra vez hasta Guarda y tomar allí un taxi que le llevara a Coimbra. Así lo hizo y, además, no tuvo ningún inconveniente el dueño del coche en recibirle como pago pesetas. Ya estaba acostumbrado a recibir esos importes en dinero venido de España.

Poco paró en Coimbra. Hombre criado en gran ciudad es difícil que se adapte a capital provincial, por más que tenga aquella trescientos mil habitantes y Universidad de prestigio. Crisanto, buscaba población más grande, sin saber, precisamente para qué.

Cuatro días estuvo en Coimbra, cuando decide trasladarse a Lisboa, que dista unos ciento ochenta kilómetros, pero, ahora lo hace en tren, arriesgándose a todo. Tuvo la suerte de no ser molestado por la policía y llegó a término sin novedad alguna.

Lisboa le cautivó desde su llegada. Aquella bella ciudad antigua, el magnífico puerto y el gran estuario del Tajo, junto con el trasiego de gentes que en ella se veían, tanto del interior como del extranjero constituían un acicate para su afán de aventura

que ya se le había despertado junto con el de ser violento, que, como sabemos, llegó con él al mundo de los vivos.

En Lisboa, fue conociendo cómo se desenvolvían los grandes acontecimientos que ocurrían en España. Supo de la constitución en Burgos de una Junta Militar, presidida por el general Cabanellas; que, Queipo de Llano, —el general que colaboró más que nadie para traer la República— ahora se dedicaba a destruirla y estaba sublevado en Sevilla, y que las tropas de Marruecos, una vez pasadas por el Estrecho, estaban conquistando con el mayor éxito militar Extremadura. También supo por los periódicos, anunciado en grandes caracteres, que en Madrid se estaba fusilando a gente de derechas, y pensó mientras aquello leía en sus padres. "¿No pagarán ellos mi huída? ¿Qué será de mis padres?... ¿Hice bien o hice mal en salir huyendo de España? En fin, aquí he llegado, aquí estoy, y, sea lo que quiera que sea, ya no volveré a mi tierra"

Se enteró que, en Lisboa, había unas oficinas de reclutamiento, para enviar voluntarios destinados a luchar contra la República, y acudió para verlas desde la barrera... que es una mala forma de enfrentarse con el toro.

Gobernaba en Portugal el "novo Estado salazarista", quien se dedicó desde el primer día a enviar a los sublevados españoles cuanto pudo, para que triunfaran los militares derechistas con quienes estaba el gobierno identificado. De aquel reclutamiento habían de salir jóvenes como Crisanto, para luchar por una causa que él abandonó.; Qué vergüenza sentía al ver una cola de jóvenes en aquel reenganche; ¡Qué indignidad le parecía estar oyendo gritos de guerra, con la mayor ilusión por ir a sal-

var España -según ellos- del comunismo, cuando el había dejado allí a sus padres a merced de la suerte. Le daba vergüenza decir que era español y, mucho menos, que había salido de Madrid el 19 de julio, huyendo.

Fuese de la línea que fuese -pensaba- lo digno hubiera sido quedarme en mi pueblo y enfrentarme a los acontecimientos, pero... ya estaba hecho. Todo le daba a entender que era un cobarde, un "conde" cobarde. ¿Quién sabe si no fueron así todos sus antepasados?

Por las noches, le gustaba acudir a las calles donde abundaban los burdeles, y en ellas tuvo más de un enfrentamiento con gente del hampa, que, en Lisboa, tenían buen caldo de cultivo. Ha pegado y le han pegado más de cuatro bofetadas. Una de las noches, estando en la casa de prostitución de "Doña Rosina", entraron tres marineros, aparentemente borrachos, muy borrachos y, en un momento, los tres a una, sacaron una especie de navajas con punta muy fina y automático el mecanismo. Se las colocaron en el cuello a los cuatro hombres que allí estaban esperando la aparición de las prostitutas. Llevados los cuatro contra un rincón, les obligaron a sacar todo el dinero que llevaban encima, y, a entregárselo a quienes parecían de raza árabe. A Crisanto, que receló algo más, le robaron por reaccio, hasta los documentos. Cuando estaban recogiendo el dinero, salieron dos furcias y, al ver aquella acción comenzaron a dar gritos. El revuelo que allí se organizó fue de órdago. Viéndose acorralado Crisanto y, hasta que podía acudir la policía, abrió una ventana y por ella se tiró a la calle, cuando uno de los marinos aprovechó para clavarle el acero

en uno de los glúteos. Tuvo la suerte, el hijo de don Dionisio Bastida-Crespo, que había dejado casi todo el dinero en la habitación alquilada, previendo que al estar entre esa gentuza pudiera ocurrir lo imprevisto, como así fue.

Una mañana, durante el almuerzo que hacía en un bar próximo al puerto, se le sentó junto a su mesa, un marino que era argentino. Hablaron de todo, de todo, y aquel hombre alto, fuerte, con gran bigotazo, acabó por convencerle para que fuese a su país donde había mucho por hacer y descubrir.

- "Mirá, che, mira vos lo que te digo. Vos, vas a mi país ¿me entendés? y allí te forrás, te lo digo yo y ponle la firma que te forrás. Dejate de probar fortuna por acá-¿no es sierto?- que, ya me dirás qué es lo que podés afanar si está todo,-viejo,-más exprimido que el carajo que se lleve a Europa. Apartate de ver una Lisboa antigua, que no te diré no es un chiche, eso sí, viejo, pero desime¿para qué te sirve a vos ésta macana? ¿Te dá mucha grasa todo esto, o es todo igual que viruta...? Ya te digo: Mandá todo al carajo, que acá no hay más que hambre, y haseme caso, pibe. Vení en mi barco y largate al nuevo mundo ¿no e sierto?. Esta Europa no dá más, venite pa Argentina, che, vos que sos joven y tenés arres-tos pa triunfar, y mandá todo a la puta que lo parió.

Acá, viejo, te lo dice quien sabe lo que dice: no hay más que hambre y museos, muchos museos ¿entendés lo que te digo? ¡Hambre, pitucos,... una minoría con títulos de duques, condes y maçanas de esas, y museos, muchos museos...

¿Me querés decir para qué?... ¡Mandá todo a la madre que los parió y venite a la tierra donde hay trabajo;

Trabajo y plata pa tirar la que querás ¿Y campo? Lo que busqués; que lo podés hacer tuyo cuando querás... ¿Y oro, oro, che, allí, hasta oro, que lo he visto yo, que lo he tenido en las manos! ¿Y en España? ¿Te das cuenta lo que tenés en tu país? ¿Guerra incivil;

Mirá que puede llegar hasta acá, y, sin encambio, en Argentina, che, libertá a manos llenas. Aquel es un pueblo de hombres libres. Esto sólo se ve en tierra Europea... Hitler... Mussolini... los generales gayegos... y ¡chao Garibaldi! ¡Hambre! Aquí lo que buscan es que siga el hambre ¿entendés? Venite pa ayá, che, y no lo dudés más."

Tanto y tanto le habló aquella mañana y durante todo el día que pasaron juntos, el argentino, que decidió sacar una pasaje clandestino y, en aquel buque mixto que llevaba carga y unos cuarenta camarotes de clase única, embarcar el próximo sábado rumbo hacia la Cruz del Sur.

El buque se llamaba Ciudad de Neuquén. Estaba amarrado y cargando en el muelle, corcho, algodón y hierro. Si todo iba bien, a finales del mes de agosto estaría en la República Argentina y, como le había dicho el marino Robledo, podía sentirse más libre que en terreno europeo, porque, hasta intuía que la tierra toda del continente parecía estar denunciándole hora tras hora su proceder y sus turbias acciones.

Durante aquel viaje, en el que le costó al mercante cruzar el Océano veinticuatro días, tomó amistad con un hombre encargado de limpiar las máquinas que se llamaba Fulgencio Navaridas. ¡Ah, cuántas ho-

ras han pasado juntos los tres;: Robledo, Fulgencio y Crissanto, cuando el pequeño pasaje se recogía en sus camarotes, y quedaba libre la tripulación para reunirse y charlar en cubierta. En aquellas horas de la noche, cuando no faltaba una pareja de enamorados en cualquier rincón de la nave, por proa o popa, e, incluso dentro de las lanchas destinadas para salvamento y que estaban un tanto elevadas. No hay lugar imposible para los jóvenes si están enamorados o tratan de divertirse como niños traviesos.

Fulgencio les decía que, para ganar dinero, no había nada mejor que ir a Chubut, donde él sabía que había oro a espuestas, y ganadería a manta. Que él, a no ser por un pleito que tuvo y huyó a la Federal, allí se llenaba de oro.

- La capital, os lo digo yo, es una puta mierda. El porvenir está en el campo. Mirá gayego, lo mismo que vayás al Norte que al Sur, lo mismo que te metás en Corrientes y el Chaco, como en Río Negro o Chubut, e, incluso en Santa Cruz, te lo digo yo, y créeme lo que me oís; a forrarte de plata en menos de diez años, te lo digo yo y es palabra de juez. Oíme y haceme caso: No te metás en Buenos Aires, Rosario o La Plata ¿entendés? Todas las grandes ciudades son iguales, che, iguales. ¿Qué más se te dá Barcelona, que Marsella, Amsterdam, Lisboa o Buenos Aires? Todas iguales, che, iguales. El dinero está en el campo y, allí ¿cómo se consigue? Yo te lo tiro al oído: Allí, inteligencia y mando. Si no tenés madera de hombre duro, mejor te quedás en los burdeles del bajo Buenos Aires. En el campo está el tesoro oculto, y también las alimañas; hay que saber vencerlas a todas y a forrarte de guita, viejo.

- Fulgencio, si tú estuvieras en mi lugar ¿a qué zona me recomiendas que vaya, dímelo sinceramente?
- El norte, che, es lindo, pero, es bravo ¿no es cierto? ... Yo, quizá, por ser nacido allí, me iría al sur, a Chubut. Aquello es macanudo, y todo talmente primitivo. ¡Marchá allá, pibe!

Cuando llegó el Ciudad de Neuquén al puerto y subió la intervención al barco para controlar el pasaje, se dieron cuenta que aquel joven no llevaba en regla los documentos; que, aquel pasaporte que presentó era falso e, incluso, sin sellar por las autoridades portuguesas de Lisboa, de ahí, que, sin más, fue detenido y llevado a Emigración como un delincuente.

Como un preso estuvo toda aquella tarde. Se temía, según le había dicho un empleado, que podía hasta ser devuelto a España, y, eso sí que no lo podía permitir. Vio que era fácil huir de aquel liviano encierro y, a las doce de la noche, salió de la habitación sin dar la luz. Escudriñando de un lado a otro, siempre entre oscuridad, comprendió que sólo había un guardián en la puerta principal, e, incluso, sin arma larga. Bien veía que, América, era otra cosa.

Se fue con sigilo por detrás del edificio y salvó una alambrada que tenía dos metros de altura, y en el final, con varias alambres de espinos una especie de visera. Aquello no era problema para él y se plantó en la calle de cuatro saltos. Como estaba muy cerca de la Aduana, trató con la mayor habilidad de salir de aquel territorio sin dar sospechas a los guardianes.

Llegó a una plaza en la que había una

torre de rojo ladrillo, a semejanza de la histórica del Big-Ben de Londres, y, frente a ella una gran estación de ferrocarril que le pareció muy semejante a la de Atocha.

Aquel Buenos Aires, aún siendo las dos de la madrugada, le veía muy iluminado y lleno de vida; bien distinto al Madrid de su juventud. Los letreros luminosos, se veían haciendo juegos de luces por lo más alto de las fachadas y sin temor al gasto de corriente.

Aquel continente, nada más pisarlo, ya estaba dándole índice de abundancia.

Se fue caminando por una calle que parecía una avenida, y que en su lado derecho estaba porticada, en la que no faltaban cafés y mujeres públicas llamándole la atención. ¡Ah! de eso se estaba curando en salud no poco, desde lo acontecido en Lisboa. ¡Ojo con las mujeres livianas de cascos! No quiso ni tomar relación en el barco con una mujer de unos cuarenta años que le seguía como ratón al queso, pero, que él trató de aguantarse como el viajero en el desierto su sed, para no tener que lamentarlo más tarde. Prefería a los tripulantes y evitar esas relaciones que, a la larga... siempre dejan malos rastros, y más con desconocidas. Ya lo era él bastante.

Subiendo una leve cuestecilla frente a unos bien cuidados jardines, llegó a una plaza en la que había algunos monumentos. La recorrió con la mirada, siempre en silencio, y vio que era perfectamente cuadrada.

Incluso le parecía conocida por haberla visto en fotografías.

A un hombre que estaba sentado en un banco y que podía estar esperando el amanecer, le preguntó con cierto recelo.

- Buenos días, señor...

- ¿Buenos días, me dice?...; Que lo tiró!...y va y me dice el hombre, buenos días, y es noche... ;'ta buena la cosa...

Pronto se dio cuenta que había venido a caer con un borracho, pero, así y todo le siguió preguntando.

- ¿Me puede decir, señor, qué plaza es esta?

- ¿Ésta? ¿Se las dá de vizcacha, o qué? ¿De dónde carajo salís que no sabés dónde estás?

- Pues no lo sé, y perdone...

- Perdone, perdone...? ¿Es que no sabés que esto es plaza e Mayo? Lo saben hasta los nonatos y me venís diciendo ¿dónde estás? Hay que saber beber, viejo, y conservar el mate despejao, o vas perdido... ¿no e' sierto?...

- Sí, sí que lo es. Perdone.

- Y, además, pa más joda, se me hace que el hombre es gayego... ¿no e' sierto?

Y reía a carcajadas, eruptando y llenando el ambiente de olor a grapa, a cerveza y a whisky, pero, aún siguió hablando entre dudas y soñolencia.

- Venga acá, acérquese, viejo, que no me como a nadie, y, menos, a estas horas del alba. Así, no ve usté, mi amigo, que lo puedo ilustrar...y no se me asuste...!

- No me asusto. Ya veo que usted es culto.

- ¿Culto? ;'jo la gran siete lo que va y me dice,!: que soy puto... ;AY, ay, ay, viejo... cómo venís a este lugar sagrao! ¿Así que, no sabés que ésa casona co...co... perdone, es que ando medio chueco con el estómago... Ya pasó. Le decía que, ésa casona así medio rosita, ¿no e' sierto?... medio china indispueta ¿me comprende?, es la Casa e Gobierno del país ¿Va manyando?... Ahí, es donde conspiran y

mandan en este cabrón de país todos los milicos desde que son comandantes... No, no ve usted -si no es sonso, que rondando le andará ¿no e' sierto?- que hay vigilancia en las puertas y esquinas? ¡'jos de puta, carajo; A ellos tenía que vigilarles el pueblo, que son todos unos chorros... y ¡y unos hijos de puta; Aquí ya no hay hombres con decencia, se lo digo yo que peino canas ¿sabe? Aquellos que se llamaban Yrigoyen, Sáenz Peña, y Alvear, no existen más y no existen más en este país! Hoy, se lo digo yo, domina el robo legalizado y la inmoralidad bajo cualquier pavada e ley y de partido que se inventen... Perdone otra vez, es que hay que sacarlos fuera ¿sabe? No son na más que aires...

Esta casa se ha degenerao, se lo digo yo y, de aquí en adelante, Dios te libre, lo que pue pasar ¿no e' sierto...? Este país será una cárcel o un prostíbulo, o las dos cosas juntas, que hermanas son ¿sabe? Estamos viendo una vida e locos y de cretinos aprovechaos...

Aquella casona de allí, ¡mire para allí, carajo;... aquella es, con sus pilares ¡Guarda viejo; ... Es la catedral, donde está estierao nuestro primer prócer, San Martín, el general San Martín. (Se levantó se puso firme y agachó la cabeza) El hombre, lo merece... Como aquel, -y era hijo e gaitas, no ha nacido otro en el mundo universo. ¿Sabés qué son éstos a su lao?: Verdurita...

¡Porquería de machos, aunque sean generales; Aquel fue el padre de la patria, sí señor, lo mejor que parió una... una... ma... ma-múa.... No, no, una madre! Vea, vea para la izquierda ¿Ve esa casita blanca con su torrecita y su balconcito, y debajo la reconcha e tu madre...

Perdón...: la re recoba... Es el viejo Cabildo, don-

de se riunieron nuestros pa...patricios ¿no e' sierto...?

Ahí se nombró el Cabildo Abierto, para echar a los gaitas y vascos de acá... ¿Se va enterando, viejo?

Vea, vea, don, don curdela... Ese del caballo que está ahí y que tiene una bandera en la mano ¿Tampoco sabés quién es? Pero ¿che...? ¿Sos loco...?

- Pues no, no. He bebido demasiado, lo reconozco...

- ¿Me lo vas a decir a mí? Y no te doy más, porque pa que lo sepás tengo ahí la botella, pero no, que no sabés beber, che. Ése es otro prócer: El general Belgrano! ¿Has vichao lo que he dicho?

- Todo. Todo... Esa avenida que sale de allí junto al Cabildo, a su derecha, es la calle e los gallegos: La Avenida de Mayo. La de más a la derecha, La Diagonal Norte. ¿Algo más, curdela...? Aprovechá que está el libro abierto para ilustrate...

- Muchas gracias.

- De nada; uno, lo sabe y lo larga...lo mismo que estos aires que me ahogan por dentro...

- ¿Ha estudiado usted?

- ¡¿Y...? Más o menos... más o menos... Me llamo Remigio Costa, pa servir a usted; Deme su mano, cara-jo; ¡Eso es; ¿Y su gracia, si se puede saber?

- Crisanto Bastida- Crespo.

- ¿Crisanto? ¿Decís que te llamás Crisanto? ¡Ay madre!... ¡La puta que te tiró...! ¿A ver si vas a ser vos el que andan buscando los federales pa encanarlo en Dovoto, por haber achurao a cuatro de los suyos en Alsina?

- ¿Mató a cuatro? ¿A cuatro? ¿Y se llamaba...?

- ¡Mató mató, y dicen que se llama Crisanto, si es que no sos vos!

Aquella noticia le dejó perplejo al nacido en tierra del Cidacos y educado -si fue aquello educar- en Madrid.

Cuando acabó por hacer un repaso de los pros y contras en que podía verse, le dijo al vecino de asiento que parece le estaba entrando el sueño.

- Usted, ya me figuro que jamás tuvo problemas como ese Crisanto.

- ¿Yo? ¿Yo?... Enjamás. Nunca me detuvo la policía. Ni mi nombre saben -¡velay;- se lo puedo asegurar. Vivo... a mi aire ¿no e' sierto...? Tengo mis ahorritos en el banco, y, aunque me ve cual linyera, ni limosna he pedido ni pediré. ¿no e' sierto...?

Me gusta la vida libre; Libre;. ¿Por qué? Porque sí, porque para eso ha venido al mundo el hombre, para ser un animal más. Duermo, donde salta, igual que el tero pero...yo soy pacifista y libertario ¿me comprende? ¡Libertario y ateo; Y usted ¿qué es?

- Pues, si le digo la verdad, algo parecido a usted.

- ¿Y? ¿Me lo va a decir a mí?... ¿Se cree que yo soy sonso? Somos iguales, viejo, aunque usted lleve mejor pilcha que yo, pero, vea, como quien bien le quiere, no diga por donde vaya en este tiempo, que se llama Crisanto Bastida, o, como carajo sea su apellido. No lo diga o es hombre acabao ¿me comprende, che?

- Gracias por el consejo. Es que, acabo de llegar a Buenos Aires. He venido embarcado.

- Ya lo he visto. Como que no lo he visto, don. Si lo dá el olor ¿sabe? Usted es un recién pescao...

Pero, oiga, lo de Crisanto, quíteselo de encima no más. Vea, che, por hacerle un favor, le presto mi nombre que es decente y limpio como la Rosada, más aún; como los cerros de la Patagonia. ¿Le parece bien lla-

marse Remigio? ¿Sí? Pues hágalo nomás, m'hijo... y camine tranquilo por la vida.

- Muchas gracias.

- De eso nada, viejo. Vea, como me ha caído bien hasta le voy a dar un documento en el que consta -y no sé a qué cuento- mi nombre. Ahí está. Ya lo he bautizado... (Y reía a carcajadas feliz de haber hecho una obra buena en aquella amanecida porteña.

- ¿Quiere echarse un trago de grapa, para festejarlo? Tengo acá el botellín, y le invito, don..., Vamos... anímese...!

- No no. Muchas gracias.

- Pues velay, que lo he de hacer yo por los dos.

Y bebió dos largos tragos de aquella botella que estaba por su mitad.

- Oiga, don Remigio.

-, Y me llama don, el hijo la gran siete del gallego...

¿Qué, qué se le ofrece, amigo? ¿A que lo sé? Me quiere decir, que no sabe hacia dónde rumbar...

- Pues sí. Estoy indeciso. Quisiera ir a Chubut donde tengo familia, pero...

- ¿Chubut,?... ¿Chubut?... Buena tierra dicen que es aquella, aunque yo no la conozco ¿no e' cierto? ¿Qué tendrá que hacer un hombre como yo por la Cordillera, no le parece?

- Eso mismo digo yo.

- Para ir allí, viejo, ten...tendrá que tomar el tren en Constitución ¿sabe? El del Sur.

- Eso he de hacer.

- ¿Sabe el camino? ¿A que no?

- No señor. Si me lo indica...

- Oiga ¿y dónde tiene usted el equipaje?

- No lo necesito. Voy siempre así...
- Como yo. Talmente como yo, che. Bueno, mire lo que le voy a decir, y no se me haga el piola con el nombre, que se lo digo por su bien. Puede subir por la Avenida que le he dicho es de ustedes, pues, cuando llegue a la calle más ancha del mundo, no me sonría carajo, que hablo en serio; Es la 9 de Julio, ¿no e' sierto...? Pues sigue por ella hacia la izquierda, y cuando haya seguido veinte cuadras, llegará a una plaza y, frente por frente, tiene la estación Constitución o, del Sur.
- Gracias, muchísimas gracias.
- Pa servirle a usted en lo que mande, don Remigio... No se le olvide enjamás o irá preso, si es que vos no eres el criminal que anda por ahí huyendo. ¿Eres o no eres un asesino?... ¡Ja...!

Por la piel de Crisanto le corrió como una centella, porque, aquel linyera porteño, sin querer, había dado en el clavo y le estaba acusando, sin saber, de lo que había sido y por ello estaba huído. En eso estaba razonando cuando le dijo el curda:

- No se me quede así como piantao...che, viejo...; Remigio y nada más! ¡Viva la libertad libertaria y que se vaya todo a la puta que lo parió;; Oiga, ¿le ofende mi grito?
- No no. Estoy de acuerdo con el. Estoy de acuerdo con usted en muchas cosas.
- Ya. Pero, no me ha dicho su vida y eso es tramperío ¿no e' sierto...? Usted oculta algo en su vida, viejo. Vaya, vaya y llámese Remigio y chao, chao...
 ¡Váyase al carajo, conchudo e mierda; ¡Largo de acá, que esta plaza es mía...! Nos ha jodido con el ga-

llego éste e mierda? Todos son iguales: No vienen acá nada más que a llevarse la riqueza nuestra... Nacimos sonsos y así hemos de morir. ,España, España...; Joderse y matarse todos vosotros, egoistas, usurpadores;

Ya estaba viendo Crisanto que aquel hombre había cambiado de actitud y convenía marchar de su lado lo antes posible. Los dos últimos tragos de grapa, se le habían subido a la cabeza y era cosa perdida.

Eran las diez de la mañana cuando salió en el tren camino de Rawson, que le dijeron en la **ventanilla** de billetes era la capital del Departamento de la Gobernación de Chubut.

Bueno es saber que, la Argentina, se divide en catorce provincias y once territorios. Chubut se halla entre estos últimos, con un censo de población de unos 100.000 habitantes, distribuidos en una extensión territorial de 224.680 kilómetros cuadrados. Lo que quiere decir -a grosso modo- que tiene una densidad de población de 0'5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Más fácil será entender que, teniendo algo menos de la mitad de kilómetros en territorio que España, viven en aquella Gobernación 100.000 personas, cuando en ese tiempo (1936) tenía España para ese mismo espacio, doce millones de habitantes. Esto quiere decir, las muchas posibilidades que tienen algunos países americanos para poder crear fortuna si se posee inteligencia, ambición, dotes de mando y, además, esto es esencial: espíritu de sacrificio.

Mil cuatrocientos kilómetros separaban a Rawson de Buenos Aires, pero, Crisanto estaba dispuesto a ir

hasta allí; era ya como una tozudez. Pagó el billete y, desde ese momento, decidió llamarse Remigio Bastida-Crespo, y así, haciéndole caso al curda de Plaza de Mayo, evitar malas interpretaciones. Había cambiado el heredero del condado de La Peñuela, todo el dinero español que llevaba encima, y que eran unas treinta mil pesetas en una casa de cambio en Plaza de Constitución.

Le pagaron muy poco en pesos argentinos, porque, al estar España en guerra, la peseta estaba tirada; apenas si se cotizaba, ante la duda de quién podía salir vencedor en la contienda. Compró un periódico titulado La Nación y, por él supo algo más de cuanto ocurría en su patria.

Quedó informado de que las tropas que habían pasado el Estrecho, tomaron a bayoneta la ciudad de Badajoz y seguían sobre Cáceres en busca de un Madrid que seguía siendo sede del Gobierno republicano.

Se enteró que, en el Alcázar de Toledo, un coronel llamado Moscardó, se encerró con guardias civiles y cientos de paisanos -mujeres y niños inclusive- ofreciendo una resistencia desesperada y dispuesto a no rendirse o morir.

Las amenazas que les enviaban desde fuera las tropas leales eran no poco intimidatorias y decisivas, pero, los sitiados no hacían caso. Contaba el periódico, "que le obligaron a rendir el Alcázar o le asesinaban a un hijo que le tenían preso los republicanos"; "que les llamaron por teléfono y preguntaron por el coronel Moscardó:

- "Al aparato. ¿Qué desea?
- "Soy jefe de las milicias socialistas, el que tiene el mando en la ciudad. Le doy a usted diez minutos para rendirse. Si dentro de ese plazo no ha entregado usted el Alcázar, consétele que fusilo inmediatamente a su hijo, y sepa que le tengo aquí, a mi lado. Y, para

que vea que no miento, que no quiero asustar a usted con mentiras, le va a hablar su hijo por teléfono"

"En seguida -decía La Nación-, se oye la voz del joven:"

- "Papá ¿cómo estás?"

- "Bien hijo mío. ¿Qué pasa?"

- "Me dicen que si no entregas el Alcázar van a fusilarme. No tengas pena por mí. Yo muero gustoso por Dios y por España."

- "Sí, Luisito, muere como español y como cristiano, dando dos vivas, uno a Cristo Rey y otro a España."

¿Me prometes hacerlo así?"

- "Sí, papá. "

Leyendo estas frases que publicaba el periódico bonaerense, le volvió a renacer el odio y la vergüenza de haber huído él de su país, cuando aquel jovencito le daba semejante lección de patriotismo. Sólo acertó a decir para sus adentros: "¡Cabronazos!" "¿Quién sabe si no estaréis haciendo lo mismo con mis padres?"

¿No es mía la culpa? ¡¡Soy un maldito!! ¡Un desgraciado!! Pero, esto, mejor que quede por siempre enterrado; "

Siguió leyendo y se enteraba de que casi toda la marina era partidaria del Gobierno Constitucional, y que, los primeros oficiales de aquellos barcos de guerra, habían sido destituidos y apresados en sus naves.

Por la calle, hasta que salía el tren, escuchó cómo los vendedores de periódicos anunciaban los avances de unos y de otros a gritos, para conseguir vender mejor la prensa. Uno de aquellos decía: "¡La prensa... lea la prensa con las últimas novedades!! ¡El fascismo está siendo elimina-

do en España; ;Gran victoria de las tropas democráticas en todos los frentes;; ;Diario; ;Diarios;; ;Con el triunfo total de los republicanos sobre los sediciosos;; ;Crítica;; ;Mundo;; ;Entérese de lo que pasa en España;; ;Lea la guerra civil en España;; "

El tren avanzaba atravesando toda la provincia de Buenos Aires. Iba camino de: Tres Arroyos... General Dorrego... Bahía Blanca.... Penetró en Río Negro, y llegó a Viedma y San Antonio, para seguir después por la de Chubut, y llegar hasta puerto Rawson.

El viaje, el duro y demoledor viaje, apesar de ser incómodo no dejó de tener momentos agradables, porque iba en aquel vagón del huído fascista, un trío argentino que tocaban guitarras y cantaban que era un primor.

En aquellas largas horas, hicieron de todo y hasta les sirvió el trayecto como motivo de ensayo. Fue así cómo pudo oír Crisanto, algunas bellas canciones que ya jamás había de olvidar, como aquella que decía:

Aprendé lo que te canta
este overo redomón,
que huyó de aquella percanta
por no aguantar más su horcón.

Todo es como pan bendito
pa el que está lleno de hacienda,
y el mundo tuito es maldito
pa el que nace con la negra...

Después, cantaron otras letras en homenaje al cantor Carlos Gardel, del que eran grandes admiradores y no estaba lejana la muerte del artista en accidente de aviación.

Remigio -antes Crisanto- que había comprado un mapa de la República Argentina en una librería de la plaza Constitución, para saber en qué territorio tenía que meterse, se dijo para sí: No me quedaré en Rawson, no. Iré, como me advirtió Fulgencio Navaridas, en busca de las minas y, a terrenos donde yo pueda morder magro sin levantar la más mínima sospecha. ¿Qué importa dejar la gran ciudad de Buenos Aires para residir en Rawson, si ello lleva consigo grandes promesas? ¡Sí señor! O el riesgo máximo y el anonimato, o la gran urbe llena de lujo y de miseria. Metido como estoy en esta aventura, iré hasta lo más oscuro de esta Gobernación, hasta donde pueda aguantar mi cuerpo."

Se acercó en la estación hasta el empleado de ferrocarril.

- Perdón, señor. ¿Puedo ir en este tren hasta cerca de la Cordillera?
- ¿Hasta... hasta...? ¿Usted quiere colocarse en las estribaciones e la Cordillera, no?
- Eso quiero.
- No vaya en tren. Tome usted un coche de pasajeros y vaya por camino hasta San José de San Martín, o a Esquel. Allí mismo tiene la Cordillera. Mire, acá mismo, a la vuelta la esquina, tiene la oficina donde puede sacar el boleto.

Y lo sacó. ¡Ay, América, América; Cómo es América y cómo son esos países gigantescos - Brasil y Argentina- donde cada distancia se mide por miles de kilómetros, donde parece que nunca jamás se acaba de caminar y siempre, siempre, dentro de la misma provincia, gobernación o territorio...

Quinientos kilómetros o más, de Rawson a Esquel ;Y qué vehículos; ;Y qué campo...; ;Y qué caminos...;

Lo tenía bien decidido, cuando iba metido entre gauchos y tipos que parecían puros indios patagones: "En Esquel, me planto. De allí no paso. Creo que, colocado allí, ni Dios ha de saber ya si existo".

Así lo hizo, el hijo de Dionisio Bastida-Crespo y de Purita Arroyo, el que, desde ahora, ya sabemos que se ha de llamar Remigio.

Había llegado a una de las provincias menos pobladas de aquel país. En Chubut, la principal riqueza son los cereales y las forrajeras. Tiene gran producción de fruta, como su provincia lindera Río Negro, que es la huerta más grande y productiva del país. Posee, Chubut ricas zonas de mar, con abundante pesca. Tiene yacimientos de petróleo, como los famosos de Comodoro Rivadavia.

Poderosa es la cabaña ovina y el vacuno, y, tiene, por estar lindando con la cadena gigantesca de Los Andes, yacimientos de hierro, plomo, oro en los ríos y en las vetas de la montaña, y plata.

No le interesaba a Remigio, el centro de aquella población. Si el viajero no ha de hacer visita de turista, para ver el arte en los edificios, o conseguir buenas compras ¿para qué quiere visitar el corazón de una ciudad grande o pequeña, si sólo recibirá molestias? Si cada quien se mueve dentro de su terreno y va obligado por las circunstancias que le empujan, se encontrará más o menos cómodo, según el paladar, sentido y cultura que

tenga allí donde la obligue su sentido común ¿ O no...? ¿Por qué el chanchó ha de buscar las dunas si está más cómodo en barrizal, y, por qué tendrá que buscar meterse en pista de circo quien no pasó de bagual?

Pues, he ahí que, precisamente por eso, Remigio se fue a los suburbios de aquella población, donde quería hallar gente que le fuera útil, y ésta es otra despena que guarda bien secreta todo humano, para que el semejante no vea lo que en ella esconde de sucio y desaliñado. Damos a conocer, en nuestro caserón, palacio, caserío o pisito capitalino, el portal, el amplio recibidor, el comedor, la sala, los dormitorios -siempre que estén ordenados- el despacho, la biblioteca, la cocina y...hasta la cochera, pero...pero, no descubrimos los pequeños lugares, los oscuros apartamentos que ocultan nuestras ambiciones; nuestros fracasos; nuestras arrogancias y traiciones; nuestras deslealtades y, hasta nuestras máximas injusticias, que están cerradas para el curioso, como los frascos de conservas... como las botellas de vinagre... como el aguarrás o la naftalina; como el wáter, que si no está presentable sigue en el anonimato dentro de la vivienda. Así somos nosotros de pícaros.

El hijo del conde, buscó una pequeña casita amueblada, que la ofrecían en alquiler, en la calle Yapeyú número 13. Cerró trato, y ordenó que se la limpiaran unos vecinos. Al día siguiente compró papel, tinta y cuanto podía necesitar para tener un pequeño despacho y, lo primero que hizo fue mandar una carta a sus padres, indicándoles dónde se hallaba al cabo de seis meses que había salido de la ca-

lle Ministriles. Les preguntaba por su situación y les advertía, que le nombraran de ahora en adelante en la dirección y en todo, como Remigio Bastida, ya que había decidido cambiar de nombre para mayor comodidad en su anonimato. La carta, que fue echada por vía aérea, ya que le habían advertido en correo que llegaría a destino por intermedio de la Cruz Roja, le tranquilizó, porque estaba seguro que, así había de llegar.

Que llegue cuando quiera, poco importa, pero, que llegue a manos de mis padres.

Acudió a la Comisaría. Se conquistó al comisario Benítez, que, facilidad le sobraba para conseguir lo que se proponía, y solicitó una documentación, ya que era hombre que carecía de ella, por haberla perdido junto con su equipaje en un naufragio de su barco. El comisario Benítez, que era hijo de andaluz y muy gringo en el buen sentido de favorecer al prójimo, no puso inconveniente alguno, todo lo contrario: estaba dispuesto a escribir cuanto el quisiera y deseara, para tener tranquilidad en su país. ¡Pues no faltaría más, ponerle obstáculos a un español que llegó allí igual que su papá en el Centenario;

- ¿Necesita algo más, amigo Remigio? Pida, pida no más, que para eso estamos acá.

Remigio dio los datos que creyó de interés y hasta le largó una buena propina, y esa sí que la rastreó presto Benítez. ¿Acaso no están acostumbrados todos los comisarios y policías del mundo a recibir propinas y lo que desee aquel a quien hacen un favor, que a veces es de pura obligación?

Residía, a unas ocho cuadras -manzanas- de la plaza principal de Esquel. Sentado junto a la mesa que le servía, de momento, como escritorio, ha repasado su vida y ha reconocido que no fue precisamente un dechado de perfecciones; que, todo su vivir era, ni más ni menos que la consecuencia de cómo vivía toda España. Se reprodujo en su mente -como en película retrospectiva- aquella noche en la que cuatro amigos decidieron quemar la sede de la C.N.T, y tirar libros y muebles por el balcón; el posterior tiroteo efectuado contra la casa de Jiménez Asúa; la paliza que dieron a dos jóvenes del partido comunista, y el corte de pelo, en otra ocasión, hecho a simpatizantes del independentismo vasco, promovido por Aguirre.

Más tarde, las reyertas con pistolas, los tiros en la noche y dos muertos debidos a su falta de temor y de inmisericordia ante el semejante.

Los libros le aburrían terriblemente, el no era hombre para cultivarse en nada; la calle había sido su mejor cátedra y paraíso, para crear violencia, ^{violencia} que, para su duro carácter era diversión. Durante este tiempo que ha estado fuera de España, lejos de sentir remordimiento y tratar de conseguir una mejor conducta para ser hombre respetable, ha reconocido que sólo el audaz y falto de escrúpulos puede llegar muy arriba, y, él, va decidido a ello a costa de lo que sea.

Hoy, le ha hablado a Juanita Roca, que es la mujer encargada de asearle la casa y ponerle la comida.

- Juanita, yo sé que, aquí -acá, como decís vosotros- muy cerquita de acá, se sabe que hay minas valiosas ¿verdad que sí?
- ¿Minas me dice el señor?... Perdone que no le entienda bien ¿Minas de las que forma la naturaleza en los campos, o minas del mujerío que también acá les sabemos llamar minas, y más el macherío?...
- ¿Minas, mujeres, Juanita? ¿Eso se dice acá?
- Pues sí señor. Es que usted acaba de venir, -asegún me dijo de la España, y, acá, patrón, a las mujeres se les llama minas ¿me entiende? Somos minas pal macherío, ya se lo he dicho. Tontunas de los hombres, pero... así nos lo encajaron porque ellos pueden...
- Ya. No no. Yo quiero tener noticias de las minas de plata y de oro, que sé les hay en esta Gobernación.
- Vea, patrón, vea usted. Pa eso, mejor le indicará el viejo don Goyo Posadas, que laburó muchos años en algo de minas, sí señor. Ese hombre, Dios me libre... ese hombre es sabio en conocer los secretos que escondió el Criador en la tierra.
- ¿Dónde vive? ¿Está en el pueblo, Juanita?
- Yo se lo mando pa acá de seguidita. Si usted lo quiere, yo lo mando no más.
- Pues vete y se lo dices. Adviértele quién soy y que de esto, ¡ojo! no se diga nada; no se "chamulle" como tú dices.
- Esté tranquilo que, así lo haré señor.

Juanita **Roca**, era la viuda de Fernando Reinares, un gaucho de ley, pero, que, el hombre, un día que le apareció atravesao, murió, hará dos años, en el boli-

che del tano Molinari, en un duelo criollo contra Crescencio Zapata, el malevo de Bahía Blanca.

Juanita Roca, era una "china" de unos cincuenta años, gruesa, morucha, más bien tirando a negra, pequeña, rechoncha, con el pelo laso y bien tirante y negro. Era un goce verla moverse con sus ochenta y cinco kilos, llevando el traste como si estuviera ajustado en las caderas sobre rodamientos de bolas. Tenía fama de ser buena cocinera y muy relimpia, lo que había de ser verdad pues lo decían sus ropas, bien sencillas de tejido pero sin una sombra de suciedad.

No tardó media hora en venir el veterano don Goyo, quien, una vez saludados se sentó frente a Remigio fumando un cigarro toscano. Fue esto lo que allí se trató entre aquellos dos distantes y extraños personajes.

- Usted me dirá, ¿qué se le antoja, don...?
- Se lo diré, pero, antes, Juanita, vaya al almacén y traiga unas botellas de vino de buena marca; unos sifones y algo para comer con don Goyo,
- Tenemos de tuito, señor, en la cámara e frío...
- Juanita, quiero un vino mejor. La visita lo merece.
- Ahorita voy. No faltaría más. Ustedes me perdonen...
- Del mejor que tenga don Pepe.
- Así lo haré, don Remigio. Mire que me se hace y de ello me alegro, que usted va a aprender prontito nuestra habla y manera de ser del campo.
- Pues sí. En eso estoy empeñado. Caminá rápida...

Lo que quería Remigio era quitársela de al lado para que no oyese lo que allí se había de hablar. Cuan-

do ya estaba Juanita, por la calle de tierra y avanzaba por la vereda de los tilos y naranjos, le comenzó diciéndole a don Goyo el nacido en la cuenca del Cidacos.

- Don Goyo, he venido a esta tierra para emprender unas excavaciones y buscar oro o plata, lo que más fácil sea de conseguir, quiero decir, con menos castigo para la cartera. Me han dicho que usted es quien más sabe de esto y, créame, que lo necesito. Le pagaré lo que sea, aquello que usted diga.

Don Goyo, era el hombre de campo tranquilo. Su físico era demacrado, la cara llena de arrugas, los ojos grandes, azules y templados. El pelo blanco y así la barba, que, por tener más de dos semanas sin afeitarla, le daba cierto aspecto de profeta más que de paria. Era un hombre de unos sesenta años, pero, erguido y con apariencia -si quería- de tener mucho vigor. Su hablar era lento, seguro, y sentencioso. No soltaba las frases al tun tun. Para él toda palabra cristiana, tenía su valor y su sana interpretación, no se podían soltar como los tiros a cualquier parte, por ver si él trae caza. Las palabras, según le había enseñado el gaucho "Vizcacha", "o se sueltan bien para que cunda el noble efecto, o se dejan en el arcón de donde sólo saldrán si de algo valen". Cuando habló Remigio aquello que se ha dicho, le dijo don Goyo, tras de pensarlo unos segundos.

- ¿Yo...? ¿Yo...? ¡ La pucha, que vi' a saber yo, don? Yo soy un pobre ciego, sonso, que no sirve ya ni pa colocar una cincha a un zaino, ni pa tirar la taba en una reunión... Búsquese a otro más avisao que yo, don.

- Sé que usted estuvo de joven trabajando en un filón donde había oro ¿Sí, o no?...

- Pues sí. Eso es verdá. Era un terreno medio arenoso ¿sabe? También hay allí un filón y un río que junto a él pasa, eso es verdá, pero, vea que estamos hablando del tiempo de ñaupá. Más que yo sabe, créamelo, Ciriaco Flores. Acuda a él, y además es más joven ... yo soy un poco cascajo ¿me entiende?...

Lo acabó de decir y enseñó una larga hilera de dientes grandes y oscuros de tanto fumar y de beber vino. **Remigio** le continuó diciendo.

- ¿Están allí las minas, sí o no, don Goyo?

- Puede que estén y puede que estén, pero, claro... tapadas. Pa decirle verdad y yo nunca digo otra cosa o, al menos, eso pretendo, creo que por aquel pago no he sabido que haiga habido naide escarbando el mineral ¿me comprende? Como se dejó en su día, así ha de estar.

- ¿Se sacaba mucho oro don Goyo, o era todo un puro trabajar al cuete...?

- Vea, pa decirle la verdá, nunca lo supe endeveras qué beneficio se arrancaba, porque aquellos patrones nos largaban pa' ajuera ca vez que había que pensar. El oro, yo le digo que es delicao, como moza virgen y guapa, que no conviene airearla por el macherío hambriento ¿me entiende, don...?

- Y usted no se aprovechó de ello.

- ¿Yo...? ¿Yo...? ¡Ay m'hijo! ¿No me vé qué arreos llevo? ¿Tengo yo pinta de haber amasao alguna vez en mi puta vida mucha fortuna? Ni me ha preocupao...La vida es otra cosa, don **Remigio**...

¿Yo tras del oro? ¡La puta que lo parió y al

que lo metió entre los terrones y la piedra, si no vale todo el pa comprar a un hombre decente. El oro -y usted me perdone- es pa los angurrientos de fortuna y los presumidos del tengo y aplasto todo.

La angurria del oro es como una peste. ¡A otro perro con ese güeso, don! Oiga, que ello no quiere decir que yo me preste a darle una mano si es que lo puedo, pero, por mi gusto enjamás iría a los acribes de aquel desierto, y menos, a romper montaña a estacazos.

- Dejemos eso y vayamos al grano, don Goyo.

- Del grano hablábamos, don...pero, del dorado. Deságuese no más que le juro he de prestar mi mayor atención. En deveras, créamelo, que lo digo como lo siento. Hable y vamos a ver qué chinchulín se le ha roto para que yo se lo repare.

- ¿Usted quisiera ponerse a mi servicio desde hoy?

- ¡Ajá! ¡Ajajá! Muy bueno... Vea que no se me importa don, porque, un español siempre me cae bien, y si es joven y con ...¿eh? pues mejor. Oiga, que lo aceto, siempre que el muerdo que agarre valga el envite, y que mi servicio le sea provechoso al patrón.

- A mí me vale. Yo necesito un hombre práctico y un buen consejero.

- ¿Un baquiano?... Pues, si lo soy, no se hable más. Lo escucho. Métale fierro y cuente con don Goyo pa cuanto guste mandar.

- ¿Cuántos hombres, de momento, necesitamos para llegar hasta el yacimiento y comenzar la búsqueda?

- ¡'ta que viene con prisas! ¡Estos gayegos siempre

igual, siempre igual... No hemos hecho no más que saludarnos y ya m'ha comprometido y quiere que hasta le busque una tropa e' gente. Ustedes, vea, son por endemás nerviosos, y yo sé que eso es gueno, cómo no, pero, acá, el hombre e' campo camina lento y con pisada segura, no son como los conquistadores, que, de seguida se conchababan para buscar el oro de los indios. Ma qué ha de haber oro en Gúenos Aires... ni en Rosario, ni en Mar del Plata? El oro está escondido donde tiene que estar.

- Eso es don Goyo, y lo tenemos que sacar nosotros. Cuando se sabe que hay caza a la vista ¿qué debemos hacer, don Goyo, sino ir a por ella, o, echarnos a dormir?...

- Pues, no sé qué le diga... ¿Y si vale más el cartucho que la pieza? ... ¿Y si tira bala para cazar un chimango...? ¡Ja! Eso es para estudiarlo, mi amigo, eso tiene su treta. De todos modos dé lo dicho por este gaucha viejo como cosa perdida y ¡chao! Si el patrón quiere ir a por un venao, pues vayamos a por el, que yo le haré de comparsa y no se me ha de quejar.

- ¿Cuántos hombres necesitamos?

- Cuatro.

- ¿De Esquel? ...

- No. Eso no. Enjamás llevo yo gentes de acá, y no es porque sean malas, pero, son mejor las de más abajo, y que estén cerca del mineral ¿me entiende? Yo, a esos cuatro hombres los buscaré en terreno duro y por ser duro, hasta el carácter es como el campo, reservón.

- ¿A cuántas leguas hemos de ir, don Goyo?

- No se lo puedo decir por medida, pero sí por la luz.

A cuatro días de Esquel, más o menos...

- Ordene usted todo que, hacia allí iremos.

- Mire patrón, y le llamo así porque ya me veo bajo su carácter, que ya he dejao atrás los sesenta y tengo los güesos así como quejumbrones y medio maulas pa moverse...

- Usted está muy bien don Goyo, esté hecho un pibe.

Oirlo y reir a carcajadas fue todo uno. Cuando terminó le dijo con la sonrisa bien marcada.

- ¡'ta madre; Eso me decía la china Guarapa...y, si me descuido, che, me lleva con las gusarapas... ¡Que la tiró, y cómo me atizaba fierro...no vea... Güeno, a lo nuestro. Del cobro no quiero ni hablar, me se hace que el español es hombre serio y en cuanto sea p'al grullo no creo que me se ha de retobar. Confío en que pagará lo que sea de ley.

- Póngale usté la firma a eso. Pida ahora mismo.

- Ni firmo, que no sé-ni puta falta que me hizo, ni pido. Estamos entre hombres grandes y eso sobra.

- ¿Cuándo salimos, don Goyo?

- ¿Ya tiene prisas? Válgame la Virgen, qué hombre este... Oiga, y perdone, es que no le pregunté por su gracia.

- Llámeme Remigio. Remigio Bastida.

- ¡Ajá; ¡Ajá; Velay que conocí a un Bastida, la puta que lo tiró a este mundo. Era marrullero y hasta peliador como él solo. Mala persona el tipo. Luego supe por oidas, que si andaba o no por Güenos Aires metido en el trullo ¿sabe? Pero, ni todos los Goyos son como un servidor, ni todos los Bastida han de ser como el citao, porque ha venido a entrometerse en la tertulia. Velay que Remigio, "don Remigio," hasta

me gusta. Ese título me cai hasta bien. Así que trato desde este momento con don Remigio Bastida, a quien "extiendo" mi mano en señal de amistad.

- Lo mismo digo, don Goyo.

- Pues, a laburar sobre lo dicho y nada más.

- Busque dos caballos y tenga usted plata para que pague por ellos y cuanto haga falta. ¿Valen dos mil pesos? ¿Sí; Pues no digo más, que usted es baqueano.

- Los aceto y le rendiré cuentas, patrón. Mañana a esta horita no más, me tiene usted acá con los pingos vestidos y las herramientas más precisas.

- Vaya con Dios, don Goyo. Espere, espere un poco que ya viene Juanita y hemos de echar un brindis con el tintorro ¿no le parece?

- Mejor será hacerlo mañana, y dígame a la negra, que no deje de comprar alguna grapa, que eso es p'al estomago como la nafta pa los autos.

- Se lo diré.

- ¡Chao, patrón...

- Hasta mañana, don Goyo.

Aquel don Goyo, era noblote y de palabra como los mejores hombres que hemos leído cumplían en el medio. Así es el gauchó, el buen gauchó, e, incluso, no poco supersticioso, como lo suele ser el campesino en general. Cuanto más se aleje el hombre de la ciudad y más solitario haga la vida, más abundan en su mente las creencias. Don Goyo era lento y sentencioso, e, incluso, hasta presumido de su destino

Al día siguiente, a las seis de la tarde, apareció don Goyo, con dos caballos reyunos y, lógicamente, reservones, que les traía por las riendas. Venía el viejo gaucho, vestido de media gala campera, con su poncho muy vistoso a rayas rojas y marrones, que le caía muy bien bajo aquel físico a lo Martín Fierro. Calzaba unas botas altas, no poco raídas, pero, en buen uso, y un sombrero de los llamados panza e burro. Los caballos traían sus arreos viejos, excesivamente viejos, ya que don Goyo les compró en un galpón y tenían la tira de años en uso o en abandono, pero, servían para lo que, de momento se anunciaba.

Una vez saludados los dos aventureros, colocaron sus bártulos encima de la silla de cada jamelgo -que eran un tanto asustadizos- y comenzó la andadura con cierto parecido a las que Cervantes dejara para siempre inmortalizadas en Don Quijote, haciendo referencia a dos caballeros en busca de aventura. Eran dos Quijotes pero, del siglo XX, llenos de ambiciones, como lo son todos los hombres en ésta época que vivimos. De quijotismo, del que sabiamente supo hacer gala el "manco ilustre", nada de nada.

- ¿No compró herramientas, don Goyo?

- No, patrón. Mejor será comprarlas en Yeguarizo, que le tenemos a ocho leguas de acá, y allí sabe haber un almacén de ramos generales donde tiene el patrón de tuito lo que busque. Aquello vea, es como una sucursal del "Gatti-Chaves" que dicen hay en Güenos Aires.

- Y de los cuatro hombres ¿qué me dice?

- A esos los contrataré en Vascañana. Tengo allí a cuatro hombres de ley, siempre que estén libres -que lo

estarán,- y la guadaña no se me haiga adelantao, que todo puede caber... Aquellos pasan la vida al sol y matiendo. Con ellos hemos de contar y es buena gente, se lo garanto.

- Usted sabe todo.

- ¡Ja! Todo no, pero, pa cosas de estas m 'hijo, siempre me se dio bien el encarte, y le juro, créamelo, que no he de fallar.

Caminaron por senderos de tierra, horas y horas, buscando siempre el Sur. No hablaban porque, don Goyo iba adelante y no era hombre de soltar palabras sin sentido y, Remigio tampoco quería ser inoportuno.

El viento que les llegaba hiriéndoles la cara era como un suplicio. Además, llevaba hasta partículas de tierra, lo que hacía molesto el caminar, pero, peor, mucho peor había de ser bajar de la caballería y hacer el camino andando. En una ocasión, que pararon para descansar un rato junto a un ombú, le dijo el gaucho en palabra confidente.

- No lo hemos hablao, pero, ya me figuro que el patrón no irá al trabajo con las manos desocupadas por si se terciá emplearlas...

- Pues no. Compré un arma en Rawson y balas, don Goyo. Me gusta ser prevenido.

- ¡'ta, que es dispuesto mi jefe... Pues vea, saque lo que ha comprao, y dispare a esa víbora que está encima esa piedra. ¿No la ve?...

- Sí que la veo.

- Pues úsela, y así ve cómo funciona la máquina - y, de paso, aprende a meter bala al matón.

Sacó él revólver Remigio, apuntó a la víbora y no le pegó, saliendo aquella huída hacia su cueva. Don Goyo, que estaba viendo el fallo rió a carcajadas y le vino a decir.

- Mal soldao tengo yo pa que me defienda en caso de nesecidá. ¿Ha visto cómo es bueno praticar el tiro? Ahora sí que sabe que el arma no falla. Eso que lleva de ventaja por si se terciara un duelo. No se puede ir por el campo ¿me comprende? como se va a la cancha e bochas, y, ni allá tampoco; qué carajo; debe irse con las manos sólo en el moquero.
- Por eso le compré, pero... no soy baqueano en usarlo y de ello me avergüenzo
- Puta si ha de aprender. Ya me lo dirá, patrón, dentro de un año. Tres cosas debe llevar el hombre que se mete en tierra adentro leguas y leguas y, velay, que me apetece decírselas, porque veo que, el hombre, es de otro país y no está hecho al campo.
- Diga, diga no más, que, el sabio aquí es el hijo e' la tierra y yo soy su discípulo.
- No me joda patrón y se ría de mi' inorancia. El que sabe es quien corre mundo y no he sido yo ese. Sí que sé los secretos del campo, pero, eso también los sabe el león y el yacaré, la cotorra y el tero. Soy, lo que acá decimos baquiano, por lo mucho que me ha zurrao este vivir ende que me lanzaron de purrete y vide la luz; vide al hombre lleno de garras y estomago, y vide sus tristes consecuencias. Le juro que he sido igual que estos pingos.
- ¿Lleva usted arma, don Goyo?
- ¡Ajá! De eso le quería yo hablar cuando me torció el

habla y me dejó sin ella. El hombre que se crea gaucho ;canejo; y no hay muchos, se lo juro, ha de tener caballo, revólver y guitarra. Si pinta, si la situación lo pinta, agréguele una china querendona, pero no fija. Esa, la guardará pa las ocasiones como el toscano, el moquero y la grapa. He ahí el arma, patrón, y le juro que sabe del campo tanto como yo... y sabe de no pocas pulperías pamperas...

Decirlo y reir a carcajadas fue todo uno. Lo acariciaba como hace el niño con el cochecito nuevo que le compró su papá. ¡Ah, el arma para el gaucho; Lo mismo sea de bala que de corte, ese es su mejor chiche.

- Cuando quiera, seguimos la hueya... Vea que, por acá, han estado otros antes que nosotros. No hay otro camino, acá no hay pierde, salvo que la tuna noche nos haga una mala pasada.
- Sigamos, don Goyo.

Llegaron a Yeguarizo y, don Goyo, se encaminó a buscar a los cuatro hombres que habían de servirles para la busca de los minerales que ambicionaba poseer el español.

- Quédese acá, que, de seguidita g'uelvo, m'hijo. Ya le he dicho que, esos, tienen toda la labor siempre hecha y los traeré de seguida. Salvo -le vuelvo a repetir- que se los haiga llevao Mandinga p'al pago el ñato... Ahí sí que no puedo hacer nada, ni aunque fuera obispo.
- Vaya, vaya y ajústelos como cosa suya, totalmente suya.

Se internó el viejo dentro del poblado, que, la verdad sea dicha, visto desde donde estaba el aventurero de Ministriles, era más llano de edificación que manada de mulitas en manifestación. Estos pueblos del interior argentino, excepto la torre de la iglesia, todo lo demás no levanta del suelo más de tres metros, y, así, todos por la sabana, parecen iguales, cortados por el mismo patrón; la uniformidad es aburridora y desquiciante, como lo es el mismo terreno.

Al cabo de tres horas de haberse separado los dos hombres, apareció don Goyo con cuatro centauros que, desde bien a lo lejos se les veía que eran medio indios si no indios del todo, y muy pobres a juzgar por las pilchas que vestían. Las caras como las ropas manifestaban una pobreza y una desidia propia del hombre que vive en la Argentina, a merced de lo que cada día vaya cayendo casi casi sin moverse y, siendo así ¿qué puede caer sino mugre y miseria?

Los pingos que traían sí que eran avisados y hasta jóvenes, pero, es que ésta -como ya hemos dicho- es debilidad máxima de todo hombre del campo. No tendrá vivienda cómoda; vivirá en una tapera que es una especie de choza hecha de barro y yuyos; carecerá de cama y de muebles, pero, no puede vivir sin cuchillo y sin caballo, aunque sea un petiso, pero lo necesita para ir montado sobre el.

Sobre los caballos llevaban picos, palas, cedazos de acero, según brillaban, y grandes bandejonos planos y unas bolsas que habían de ser dinamita. Los cuatro llevaban al cinto, en sus respectivas vainas, facones y unos cuchillos como dagas. Eran, a semejanza

de una pequeña tropilla de montoneros y también como no de una mínima partida, como arrancada de una página del poema cadiano:

"Enbió por sus parientes e sus vasallos
e díxoles commo el rey le mandara salir de toda su tierra, e que le dava de plazo no más de nueve días, e que quería saver dellos qué les querían ir con el o, qua les fincar.

Los que conmigo fuéredes, De Dios ayades buen grado, e los que acá fincárades quiérome ir vuestro pagado"

Una vez que llegaron al rancho donde esperaba Remigio, se apearon los cinco de sus cabalgaduras y, don Goyo, se los fue presentando de este modo a los indios.

- Patrón. Aquí le traigo el encargo y, créame, que son oro de ley, o, al menos, lo eran enantes. Se los voy a presentar. Éste es Fulgencio Buendía. Estiotro, Climaco Torres. Rosendo Luna y, Macario Flores. Oíde vosotros: El patrón se llama Remigio Bastida. ¡Saluden, carajo; ¡

Uno por uno fueron dándole la mano al patrón y poniéndose a sus órdenes.

- Ya me figuro que les ha dicho, don Goyo, el motivo de nuestro viaje, mejor dicho, de nuestra aventura...

- Cómo no, -dice Climaco- estamos sabedores de la idea y la' cetamos no más.

- Don Remigio, perdóneme, pero, ellos quieren saber -y están en lo suyo- en qué condiciones van a trabajar.

- Y tienen toda la razón, pero yo les digo, que obren

talmente como usted, don Goyo. Cuando lleguemos al terreno del combate... todo será acordado y cumplido ¿les vale?

- Por nosotros no hay problema, don -dijo nuevamente Climaco- pero, tampoco le quiero decir vamoh' al ñudo. Tuito ha de tratarse allá mismo, donde ha dicho el patrón, pero, con seriedad.

- ¡Exacto; ¡Siga marcando el camino, don Goyo;

Sobre los seis caballos van los seis personajes internándose en una tierra polvorienta, que era casi casi virgen en pisadas y explotación.

Habían atravesado un gran río que parece se llamaba como aquel territorio, y siguieron adelante, en fila india -nunca mejor dicho- excepto el condesito.

A su derecha veían no muy lejana la Cordillera de Los Andes, y sus gigantescas ondulaciones. Un alto pico que de ella sobre salía más que ningún otro, les dijo don Goyo que era el Corcovado.

Hicieron noche en campo abierto, cenaron cosa fría tomaron mate, eso era indispensable, y siguieron con la luz del nuevo día, confiando en que, antes de ponerse el sol estarían en el lugar que según aquellos hombres expertos, era el ideal para hallar pepitas de oro.

Cuando caminaban llenos de pereza sobre los caballos aparentemente como drogados por el excesivo calor y la sed que se hacía notar, fue Rosendo, el indio del feo aliento, quien le dijo a Macario:

- Mirá che, fijate acá... ¿No es eso que ahí se mueve una tatú

- Pues sí que parece un tatú... ¡ta, que tenés vista e chajá...

- Andá, bajá y sacá ese quirquincho y no esperés más pelotudo...

- Ahorita mismo. Y le voy a hacer a mi chamaquito un charango. Pues no tiene ganitas mi pobre pibe.

Se apeó y, el armadillo que apenas se movía, por más que se enrolló como una pelota, cayó en segundos bajo las garras del indio, quien, gozoso, le metió el cuchillo matándole y, después, le acultó en el recado hasta que llegaron a término.

El camino se iba haciendo así. Era duro, horrible, caminar por aquellos pagos tan áridos, tan solitarios, tan desalentadores. Aparte de que tenían que vérselas con toda clase de insectos que buscaban devorarles los ojos y boca. Por el suelo abundaban los reptiles, serpientes y víboras venenosas, que marcaban su andadura por la tierra polvorienta. No faltaban arañas "pollito", los yacarés y las iguanas. Aquella tierra, en 1936, aún permanecía tan virgen como cuando arribo a la costa del Río de la Plata, Solís y Mendoza; poco o nada había cambiado el campo. Pero esto ocurre en casi toda América, si el viajero o el curioso se adentra unos cientos de kilómetros por el campo. La vida activa y rica; las grandes poblaciones a nivel europeo, están situadas junto al Océano, porque el movimiento naval hizo crecer allí las iniciales poblaciones y, luego, a partir del siglo XIX, fueron evolucionando y haciéndose poderosas. El desierto, la selva, está pasados unos cientos de leguas camino del corazón de cada país: Brasis, Argentina, Méjico, etc.

En Chubut como en Santa Cruz, que es la Gober-

nación última hacia el Sur, y lo mismo en Río Negro o La Pampa, la vida moderna y el dinamismo estaba en Rawson, o en Comodoro Rivadavia, terreno con grandes yacimientos de petróleo aunque no explotados en su poderío por la falta de interés cuanto de fortuna. Estos yacimientos ~~estuvieran~~ en Norte América o en Canadá, y su riqueza se había de hacer sentir en todo el país, pero, Argentina, tiene sus grandes fallos para estas lides, quizá influencia o herencia de su llamada Madre Patria.

Llegaron a una zona mucho más desértica, por la que corría un arroyo. Desde lejos le dijo, Remigio don Goyo.

- ¿Ve usted, patrón, aquellas ruinas e viviendas que están puntiando cara al cielo entre aquel mangrullo?
- Sí que las veo, don Goyo, las veo.
- Pues ahína es, donde está el cabrón del oro entierrao.
- ¿Han sido viviendas, según parece, verdad?
- Cuando yo lo conocí y en ello laburé, era un poblao donde nos descueriaban a más de cien tapes... En deveras que, si hay tuavía que golver a **vivir** aquel fiero trance, le digo: Ahí se queda don Remigio y válgaselas usted como más se le acomode... ¿sabe? El estomago se me hincha y todo, pensando, ahorita que lo veo, lo mucho que ahí se sufrió. ¡Si yo le contara; ¡Si éstos indios le contaran lo que ahí fajaron... y las injusticias que aguantaron...! Pero, ¡velay; que no sé el por qué vengo confiao. Espero que no me salga maula el español como lo fueron aquellos alemanes de principio de siglo. ¡Que los tiró e las patas, 'jos de la gran puta;

A dos hombres que venían más atrás se les oía decir:

- ¿Te acordás, Macario, del Rosenberg, la que nos hizo mamar acá?

- ¡Ni me lo nombrés, Climaco, ni me lo nombrés...!

Si lo sabré yo, cabrón e mierda. ¿Es que no te acordás que mi ojo derecho quedó pudriendo por ahí?

- ¿Le ha oído don Remigio? El pobre, perdió el ojo

-que ya es perder-, pero, otros, tienen los güesos bajo estas tierras ¿sabe? Aquella gente era

una porquería, se lo digo yo. Hombres sin conciencia los Rosenberg y los Offman, que nos abandonaron un día sin decir ni chao y, "hasta más ver indiada mugrienta..." Los que por acá han llegao, se lo puedo asegurar, no han hecho na más que resentirnos y hacernos pior de lo que obliga la tierra, y no es poco, patrón. El hombre es pior que las alimañas,

porque aquellas no saben español y no te puen engañar, pero, el cristiano... Dios te libre y guarde dél si no es medio santo, y, de esos, la verdá que no ha caído por acá ni uno. No sé dónde estarán, pero yo no les ví la jeta que tienen, salvo en los altares, y, de esos, casi casi me río, y que ellos o Tata Dios me lo perdone.

La explotación de aquellas minas, había pasado por varias fases, pero, siempre, siempre, estuvieron en manos de gentes aventureras. Allí, el goteo de muertes y asesinatos fue corriente hasta el siglo pasado, pero, como era un vivir semisalvaje, nadie se enteraba de las injusticias e incluso de la pérdida de vidas humanas. La autoridad, cuando sabe que la riqueza es mínima, hace la vista gorda y

así, hasta favorece al crecimiento de la mafia y del crimen. Algo de esto ya conocían aquellos cinco hombres, cuando ya estaba caminando el siglo XX.

Llegaron al territorio y buscaron entre aquellas ruinas, el lugar más apropiado para residencia. Eran unas habitaciones de tres por tres, que levantaban sólo uno o dos metros sobre la tierra. Por voluntad de Remigio, se eligieron dos compartimentos próximos al arroyo, que ellos denominaban Cimbrón, porque hacía una curva a semejanza de cimbra.

- ¿Les parece a ustedes cuatro buena esta habitación?

Les dijo a los cuatro jinetes que bien podían ser toco remedo del "Apocalipsis" de Blasco Ibáñez.

- ¿Y...? No está mal, patrón... no está mal -dijo Macario mirando fieramente con su ojo izquierdo a las ruinas, porque, el derecho estaba vacío de globo, ya lo sabemos.

- Don Goyo, se quedará conmigo en ésta habitación de al lado de la que van a tener ustedes. Antes de nada vamos a comenzar a cubrir los techos, ya que, por aquí tenemos maderos y restos de lo que un día estaba levantado, pero, antes, -ya les veo la cara- sentémonos aquí y aclaremos ciertas cosas. Traigan, si quieren, algo de ropa o en qué sentarse, y ajustemos lo que ha de hacerse. ¿Les parece bien?

- ¿Y, bueno... 'ta bien, patrón, -dijeron los cuatro. Nos hemos fiao en Goyo, pues, hablemos no más.

Sentados en círculo les fue haciendo Remigio que ya tenía barba larga y hasta bigote, y no pensaba quitárselo, preguntas, y les aclaró ciertas proposiciones.

- Don Goyo, usted ha de ser en esta explotación, como lo viene siendo hasta hoy, tanto por viejo como por conocedor y sensato en sus juicios, el capataz ¿Vale? ¿Vale, señores?

- Yo, lo que usted mande, don Remigio.

- Pues mandao está. ¿A qué distancia tenemos un pueblo para abastecernos en cuanto haga falta?

- Pues mire, usted, siguiendo por acá, hacia el sures-te, tenemos un pequeño pueblito, que se llama Aguabrava. Una horita escasa e caballo. ¿verdá Fulgen-cio?

- Por ahí no más le anda la cosa, don Goyo.

- Ahora, ¿díganme de dónde sacaremos el oro -si es que orito le hay?

- Pues, ahurita no más se lo cuento, tuito lo que yo sé y, como lo sé yo, lo saben talmente éstos cuatro compañeros. Vea, acá mismo, en este medio are-nal donde estamos y está la obra, ya tenemos oro.

En ese lomerío pelón, que no es natural, sino que lo fuimos haciendo nosotros a puro trabajar acriban-do días y días, meses y meses, no hay oro. Lo que ha-bía se sacó. Por oídas a los alemanes, acá, hay un cinco por mil en pepitas doradas, con ello quiero decirle, que hemos de acribar doscientas y más ve-ces de tierra, en estas cribas, pa que salga el pe-so de una monedita de cinco centavos del material per-dedor del mundo ¿me comprende, don Remigio? Esa y no otra es la proporción.

- ¿Doscientas y más don Goyo?

- Eso he dicho. Y asegún todas las lenguas no com-pensa el esfuerzo pa lo que se cosecha, de ahí que

esto se dejó ende siempre abandonao. Allí, en aquella costilla é loma, hay hecho un tajo, que viene vaya a saber de qué tiempos, pero nosotros seguimos en ello; pues allí, trabajando duro como fierro Macario y Rosendo con los picos y dinamita, sacaremos oro, sí señor.

El cabronazo del metal está metido en vetita que apenas se ve, es que no se vé; hay que voltiarlo a la tierra, y, el arroyo, lo arrastra y lo descubre. Pero hay que meterle enantes en los platos y bailarle como un carnavalito pa que dispierte el cabrón. Su brillo avisa y, los dos que le he dicho son maistros en cazarlo. Así que, quiere decirse, don Remigio, que hay dos maneras de conseguirlo. La mitá de nosotros podemos estar en el acribe, y, los otros dos voltiano el filón sobre el arroyo Cimbrón.

- Muy bien. No me rajo y sacaremos oro. Bueno, señores, pues, a partir de ahora y supuesto que estamos en una dura aventura, yo les prometo el dos por mil de todo lo que recolectemos y, el tres, ha de quedar para mí.

Corre de mi cuenta el pagar ropa, herramientas y comida, con lo cual creo que estamos nivelados en beneficios.

¿Me han entendido bien o se lo vuelvo a repetir? Cada uno de ustedes, tendrá un cero cincuenta por mil, neto, entre los cuatro, un dos. ¡Un dos!

- ¿Y el patrón? -dijo Climaco. ¿Cuánto ha dicho dice que tendrá el patrón?

- Climaco, atendé, che, atendé. ¡'ta que sos sonsera y despistao! ¡Te digo que atendás. Suponiendo que salga ese cinco que sabemos sí está, y si sale más pues más mejor, el patroncito tendrá el tres ¡El tres; Tres

Tres por mil, y nos paga tuito, tuito lo endemás: Pilcha, morfe, herramientas ¿entendés?

- 'ta bien... 'ta bien, don Goyo, -dijeron los cuatro.

En ese mismo atardecer **procuraron** elevar y tapar aquellas ruinas. Limpiaron los suelos, hicieron fogones y dejaron el poblado en poco tiempo habitable.

- Don Goyo ¿cómo se llamaba este poblado, no lo sabe usted?

- Vea pues, ahorita mismo... y como hace tantos años, pues no me viene al mate el nombre. Creo que era una palabrota alemana o así. Un disparate e su lengua, que ni sabíamos nombrarla los cristianos.

- ¡Bah! Es igual, es igual. Le llamaremos, le llamaremos desde hoy, Ministriles. ¿Les vale? Señores estamos desde hoy en Ministriles.

- Oiga, me parece hasta lindo, don Remigio, y ojalá que tuitos, por platudos, lleguemos a ser ministros, como los de Gúenos Aire...

Rieron todos de la ocurrencia y se comenzó a trabajar con tanta fe como lo hicieron aquellos egipcios para levantar las gigantescas pirámides. En una ocasión, apareció un roto cacharro de cerámica y le dijo don Goyo, con los trozos en la mano.

- Vea, vea patrón y dígame si acá dentro no esté el oro metido. La misma masa, que es de acá, denuncia el oro brillando como los ojos de una perdida, guiñándole el ojo al indio remolón... Mírele y vea qué alta calidá tiene, cuando el fuego del horno, ni pudo con el.

Días y días, meses y meses seguían sin cejar

en un trabajo propio como para hombres destinados por la justicia a trabajos forzados. Todo era como una vida agobiante y rutinaria, pero, daba como resultado, al final de cada jornada, el conseguir unos gramitos de oro.

Cuando tenía Remigio una pequeña porción, lo llevaba hasta Aguabrava y, allí, el gallego Poncela, se lo compraba a peso, con lo cual iba sacando recursos para cubrir gastos, ya que, el dinero que había traído de España, se le había evaporado muy fácilmente. La explotación estaba en marcha y se sacaba para subsistir.

Un día, le dijo don Goyo, confidencialmente, cuando llevaban más de medio año de cribeo y lavado de tierras y arenas.

- Patrón, lo siento, pero, tengo que desahugarme con usted o no soy gaucha en el que se pone confianza.

- Pase, pase aquí adentro y dígame lo que sea.

Entraron a la habitación que ocupaban los dos y que estaba bastante decentada, y le dijo el viejo gaucha.

- Acá, entre nosotros, hay un hijo e perra, o dos, que son maulas y trabajan a lo laucha ¿me entiende?

- ¿Y eso? ¿Cómo es eso?

- Fulgencio y Rosendo, se andan haciendo un apartao del oro sin que les veamos...

- ¿Seguro, está seguro?

- ¿No lo ví a estar...?

- Pero, si cada vez que vienen del río les pasamos revisión... usted mismo lo hace.

- Pues sí, pero vea que el cuerpo tiene **secretos** allí onde no se mete la luz y menos la mano ¿sabe, patrón?

- ¿Qué me dice, don Goyo, cómo es eso...?

- Los llevo viñando días y días, y, unas veces, las más

lisitas ¿me entiende? se las meten en salva sea la parte el trasero...

- ¿En el culo?

- Ahí le quería decir. Y, también, pues...hasta se las tragan igual que un Geniol...

- ¡La madre que los parió; ¿Cómo podía usted verles ese robo? ¡Imposible!

- Échese cuenta... ¡ta que los parió; Yo les paso revisión: ropa, calza, pelo, boca... bragueta y, hasta las boleadoras... y nada. Pero, sospeché que se iban más que la cuenta a tirar de pantalón, y los seguí... ¡Ah, cabronazos, allá vertían los residuos y, entre el olor a bosta de esos dos güeyes salían las pepitas. Yo me decía: A estos dos vizcachas se les mueve el vientre más que al ganao en cuanto viene la primavera... Pues, no señor, que los seguí y con el pie ¡guarros; limpiaban la pepita con arena y las escondían al amor de un quebracho que está en la orilla el Cimbrón, junto a la Roca el Misionero.

- ¿Las siguen teniendo allí escondidas, no es eso?

- Allí está el nido el tero, lo malo es que les ha cantao sin empollar.

- Déjeme, déjeme a mí con ellos y usted no diga ni pío de este secreto. Llámelos don Goyo, y dígales que quiero hablar con ellos.

- Ahorita no más se los mando y, por favor, no me sea blandengue.

Colocados los dos indios de pie frente a la mesa de Remigio, este les dice.

- ¡Yo no podía figurarme que he traído conmigo a dos ladrones, a dos chorros, pero... ojo,, ojo! que esto no va a seguir así ¿eh?. ¡Ese oro que habéis escondido día tras día por la boca y el traste, me lo vais a entregar ahora mismo; ¡ Ahora mismo;

No le dejó seguir Rosendo. Sacó el facón que llevaba como siempre metido en su vaina, de cuero negro de vaquillona y quiso tirarse a él, pero, ya tenía el hijo de Purita, el revólver en el aire y le pegó un tiro en la mano que le hizo soltar el acero. Al sufrir el balazo quiso escapar Fulgencio, pero, don Goyo, que se figuraba la acción, le detuvo en la puerta colocándole el cuchillo en el pecho. ¡Quieto, ahí, so maula;¡

Dentro de la habitación estaba llorando Rosendo, pidiéndole perdón al amo y prometiéndole que todo ello le sería devuelto si se les mantenía en Ministriles.

Le vendaron el dedo anular derecho que se lo destrozó la bala, y les llevaron hasta el quebracho, donde tenían la nidada áurea escondida. Una vez recogidos aquellos trescientos gramos en pepitas, Remigio les prometió que habían de ir con él, Climaco y Macario a Aguabrava, y que cuanto sacara por aquella coima, les sería entregado para los cinco hombres su beneficio, y él no cobraría nada de la requisa.

Todos quedaron conformes y una vez más se tranquilizó aquel grupo de gente que buscaba el oro con la misma ambición que siglos atrás lo habían hecho los primeros conquistadores, aquellos que nunca hallaron El Dorado de sus ensueños.

Otro día, meses más tarde, ocurrió un desperfecto que, de haber tenido todos la cabeza fría, jamás se hubiera dado, pero, es preciso saber cómo piensa el indio o el mestizo, para reconocer que sólo cuando no tiene bebida a mano cumple horario, y es para el trabajo duro como pedernal, pero, ¡ ay; en teniendo dinero remansando, corre con el a por el alcohol, y es un pobre arruinado, peleador o, una piltrafa.

De aquellos cuatro indios que buscó don Goyo, si Fulgencio era mujeriego y amigo de pendencia, Rosendo era borracho como botella de grapa. Ayer, se fueron al pueblo y han regresado a la explotación a las cinco de la mañana en pésimas condiciones, siendo lunes y, con un "pedo" encima tan grande como el Congreso de la Capital Federal, y tan clavado en las vísceras como el Obelisco, punzón y rebelde. Por no razonar como era debido, ha ido Rosendo muy a solas y ha destrozado todas las transmisiones de la zaranda, tanto con el argumento de hacerse unas sandalias, como para asar aquel cuero que, según el, aún tenía sustancia para el fogón.

Cuando lo ha sabido Remigio, ha ido donde estaba el indio patagón y le ha echado de allí a patadas llevándole con el revólver en la espalda y no dejando a nadie de sus antepasados en paz.

- ¡Marchá de aquí, hijo de mil putas;; ¡Marchá, pedazo de bárbaro y cabrón; ¿Qué te has creído tú que eran las correas? ¡Fuera; ¡Largo de aquí o te acribillo a balazos;; ¡Maula; ¡Perro; ¿Que hay que trataros igual que a caballos o perros rabiosos... ¡He dicho que sigas por el campo y no vuelvas la vista o

te asesino, que no serías el primero;; ;Fuera;; ;Fuera, malevo; El indio se le colocaba de rodillas y le pedía perdón, llorando a moco desplegado como bandera de paz. Incluso, le rogó que, más quería que le matase, pero, en silencio, dejando los insultos pa otro momento. Después de llevarle fuera de la finca más de doscientos metros, se arrepintió, y le volvió otra vez para la explotación pero, con el revólver tocándole la espalda y sin cesar de insultarle.

Viendo cómo había quedado todo destrozado, y que allí había que renovar gente, le dijo a don Goyo, que fuese hasta Aguabrava y le consiguiera seis u ocho trabajadores más, porque, aquellos, además de estar agotados y de rendir poco, al tener algunos ahorros hechos, sólo pensaban en venir borrachos los domingos.

En efecto, ocho trabajadores más le trajo el capataz de la vecina Aguabrava, para emplearles en la explotación.

Corriendo el tiempo, Remigio modernizó el trabajo y hasta mandó construir una zaranda mecánica de unos ocho metros de larga, que, colocada a medio metro sobre el suelo, con una leve inclinación, al estar en continuo movimiento, ella misma acribaba cuanto allí se le echaba expulsando lo que no servía para ojearlo.

Dos hombres la servían sin descanso. Bajaban los terrones y piedras más grandes, saliendo por la boca final, y, poco a poco se iba quedando debajo de la zaranda, lo que era polvo, tierra y pequeñas partículas de oro apenas invisibles entre la montaña arenosa. Otros dos hombres echaban el polvo por un tobogán, cayendo a una pila, o lavadero, donde revuelta con una especie de

hélice gigante, como la de los viejos aviones, el agua se hacía caldo que pasaba por finos cedazos que estaban en continuo zig-zag, siendo de allí de donde se retiraba puro y brillante el poco oro que se conseguía arrancar a diario del desierto. La producción, dentro de todo, se había triplicado con los nuevos adelantos. Ya era nombrada la explotación por todo el contorno y citada como la Mina del Gallego Bastida, en Los Ministriles.

Remigio, acudía al poblado de Aguabrava, en su gracioso y lujoso sulky, todas las semanas, pero, mucho más desde que entraron en la mina los nuevos trabajadores de aquella localidad. Había que hacer no pocas compras y hasta transacciones y cuanto lleva consigo una explotación en la que ya trabajaban catorce personas. La compra, había que hacerla en una tienda que en el campo argentino se les llama de Ramos Generales. Estas tiendas son un enorme almacén, lleno de todo lo que se desee comprar aquel que viene de los ranchos próximos o estancias al pueblo, e incluso, los mismos vecinos de la localidad. Allí encontrará, por ejemplo; bebidas de todos los gustos, muchas de ellas extranjeras. Latas de conserva a placer, distribuidas por los interminables estantes. Salchichones, chorizos, panceta, jamón, matambres. Quesos nacionales y extranjeros, preferentemente italianos. Dulce de batata y de membrillo. Facturería. Bombones, caramelos, galletas, pan, etc. etc etc. En otro galpón o nave con techo de zing o de chapas de cemento: Fe-

rrertería, facones, cubertería, cuchillos de campo o monte, tornillos, herramienta de todos los oficios. Tijeras desde bordar y manicura hasta las de esquila ganado. Hachas, lebrillos, cacerolas, sartenes, pavas, fuentes; de todo. En medio galpón siguiente: Hilos, bramantes, ponchos, camisetas, calzoncillos, pañoletas, pañuelos vistosos de seda para los hombres y mujeres.

Banderas nacionales, españolas, italianas y alguna de nacionalidades que por allí había emigrantes: Alemania, Chile y Portugal. Semillería. Tabaco. Estampillas de correo, etc. Y, en otra nave, estaba la maquinaria del campo y de movilidad: Arados, tractores, sulkis motos, bicicletas, etc, etc, junto con la nafta o gasolina, kerosene, aceites, y alcohol de quemar para calentadores, e, incluso, aquellos, los llamados Plimus, que eran de gran aceptación en todo el país.

Un almacén de Ramos Generales en el campo, era en pequeño, como las más grandes tiendas de Buenos Aires o de Londres. De allí no salía nadie sin comprar.

El olorcillo que despiden las bolsas de yerba mate, las bebidas y los dulces, junto con los tejidos y los productos del petróleo, es embriagador, único. Esto, jamás es identificable con ninguna otra tienda del país, y así lo sabía admirar Remigio. Aquellos olores tan del país o de América, no existían en Madrid ni en Lisboa. Y es que cada nación, cada capital y pueblo, tiene sus olores que lo identifican como su bandera.

Había entrado Remigio a la tienda del gallego Ponce-la, para venderle el oro y hacer unas compras, cuando allí, junto a el, había una joven y linda mujer, que había acudido a comprar yerba "Cruz del Sur", para tomar mate, y la correspondiente azúcar. Al verla Remigio, se quedó

prendado de ella tanto por su cara como por su espigado cuerpo. Cuando fue a pagar la mujer, le dijo Bastida a Poncela.

- No le cobrés, che! Esa cuenta me la cargás a lo mío, que, la señorita, bien lo merece.

- Muchas gracias, pero, no lo puedo permitir, señor.

- No sé por qué. Es una atención mía, y nada más.

- Porque yo lo he de pagar, y lo haré, incluso, con dinero venido de su mano.

- ¿Sí? Vaya qué sorpresa me dá usted... ¿Y eso?...

- Pues, porque ésta plata, éste dinero, viene del trabajo de mi marido en su mina.

- ¡No lo sabía... ¿Oíste, Poncela?

- Oí, don Remigio y dice verdad.

- Entonces, le ruego que me perdone, ya veo que está usted casada.

- ¿Casada...? ¿Y, bueno... llamémosle así... Más o menos... (Y reía la pícara enseñando unos dientes blancos y bien cuidados.

Aquí terció Poncela, para decirle a Remigio.

- La señora, es... pues... No sé... en fín: La mujer de Vinicio, el brasilero Vinicio.

- ¿Usted? ¿Usted es la señora de...? La pucha, qué tipo suertudo Vinicio... Andá y qué bueno...! Ya sabía yo que usted era muy nombrada allí por lo linda.

- ¿Sí? Me alegro, me alegro...

- Con frecuencia le toman el pelo a Vinicio, pero ¿cómo había yo de creer que era merecedora de tanta fama, y que aún se quedan cortos los peones?

- Mire usted, esas son cosas de los hombres, de ustedes, de todos ustedes... Allí hay muchos machos y ¿qué pueden hacer sino hablar de hembras, verdad?

- Creo que hay, en este caso, justos motivos. Mirá Poncela, ya que la cosa ha venido rodada así, mejor que mejor para que yo pague la cuenta de la mujer de mi peón, ¿No le parece? ¿Quiere usted comprar algo más?
- No no. Nada más. Muchas gracias.

Poncela leguiñó el ojo al conde, que conde lo era, aunque ignoraba los acontecimientos ocurridos en España.

En ese momento Bastida la decía a la mujer del carioca.

- ¿Le apetece que la lleve en el sulky hasta su casa?

- ¿Cree usted que lo merezco? No se moleste.

- ¿Molestia?... Por eso la invito. Lo merece y hasta me apetece. ¿Cómo se llama ésta linda señora del Chubut?

- Me llamo Marifé, pero, le aclaro que no soy nacida en esta tierra, sino en Córdoba.

- ¿Córdoba? Mejor que mejor. Ese nombre me trae a mí gratos recuerdos. ¿Quiere que la tutee, le molesta?...

- A mí no. Creo que no me ha de molestar nada de lo que usted me haga... Le estamos muy agradecidos, don Bastida.

- Bueno, bueno... menos don y más Bastida a secas. Poncela, dale a la señora dos paquetes más de yerba mate, galletas, factura, y lo que desee, que yo la invito. Además, espero que ella corresponda invitándome a unos matecitos en su casa.

- Eso está hecho, señor ¿cómo no? Dele usted por descontao que los iremos a tomar, y será para mí una ilusión el tenerle bajo mi pobre techo.

Poncela, el gallego Poncela, que bien conocía a Marifé por simpática y "liviana de cascos", le dijo al oído a Remigio:

- Paisano. A ésa gacela no le ande usté con mucha deli-

cadeza, que es pérdida de tiempo, ¿me comprende? Meta fierro sin retóricas, se lo dice quien bien la conoce.

- Estupendo, che. ¿Ya le dieron todo, Marifé...?

- Si. Suficiente y gracias, señor.

- ¿Te das cuenta, Poncela, qué delicada es la señora?

- ¡Uh... Mucho, mucho, Marifé sabe mucho, y es educada como las grandes señoras de la Federal.

- Hasta luego, don Poncela, y no sea usted picaflor...

- Nada de eso. Usted es galante y educada, las cosas como son.

- Hasta otro rato, Poncela. ¡ Chao, pulpero...!

- Adiós, señor Bastida, y que les aproveche.

- Eso espero.

Coquetona, fresca como un clavel reventón en horas del alba, orgullosa como una reina, y sencilla como gitana, pero limpia como los chorreadores del Monasterio de Piedra; igual que dueña de chacra, iba Marifé Alesanco, sobre el asiento del sulky, bien pegadita a Remigio Bastida-Crespo. Las gentes

del pueblo que la veían viajando con el gallego, patrón de su marido, no se sorprendieron gran cosa pues ya era bien conocida en Aguabrava. Su debilidad de ser conquistadora de todo hombre que se le colocara al lado, y si era chacarero o gran hacendado, mejor que mejor, ya era de dominio público. Así y todo, esa era una novedad que nunca vieron en los años que allí llevaba viniendo al pueblo el dueño de las Minas de Ministriles. No le quitaron los ojos

del sulky, hasta que el vehículo giró en una curva de la calle de tierra buscando el ranchito pobre de Viñicio.

En la casita de adobe y barro que tenía aquel matrimonio en las afueras, mirando al Oeste, del poblado de Aguabrava, tomaban mate bajo una gigantesca parra y un lucido aromo, la guapa mujer cordobesa y el hijo de Purita, la anémica hija del Matraco.

En dos hamacas, junto al chupón y al jazmín enredadera, reían y tomaban mate, metiéndose en confianza poco a poco aquella joven pareja que se habían visto ocasionalmente en el almacén de Poncela. La advertencia del gallego, que se había llenado de millones en el Sur de la República Argentina, facilitaba no poco los preámbulos. Aquello era -no podía ocultarse- terreno fácil, porque Marifé, no era cuitada ni tramposa en gestos y menos en palabrerío. ¿Qué puede hacer un hombre que ya tenía hasta cierto poder económico; que estaba en pleno vigor físico y con deseo de tener hembra entre sus brazos y bajo su vientre? ¿Qué podía hacer sino llevar a Marifé al catre, si no era ella quien le conducía a él? Si se lo estaba pidiendo la cordobesa, entre mate y mate, entre factura y factura...?

¿Quién era aquélla Marifé de Aguabrava, la mujer de Vinicio? Una hembra que vino a caer en manos del cario-ca, después de haber estado viviendo- entre otros- con un malevo de Rosario, que vivía del robo y de las mujeres.

Un "tratante de blancas" cuarentón y peligroso, que temiendo ser detenido por cómplice de un asesinato, y llevado a la cárcel, huyó a tierras del Sur, dejando a Marifé en Mar del Plata abandonada, y rogándole que se fuera lejos de él, y que jamás le mencionara.

En la humilde tapera, Bastida, le oía contar aquella historia de hombres y malevaje, mientras la llenaba de

besos y hasta de promesas que estaba muy lejos de poder cumplir, pero, que, la situación le obligaba.

Marifé era guapa, de gruesos labios y ojos grandes, atractivos y comprometedores. Era alta, fina de cuerpo y anchas caderas. El pecho, más bien pequeño, pero erguido como de quinceañera. Cuello alto y fino como las garzas. Risa franca y, aparentemente envidiable, pues quería demostrar nobleza, condición que estaba muy lejos de poseer la hembra. Si bella era vestida la gringa, aquellas formas, vistas al desnudo le parecieron al nacido en la cuenca del Cidacos una fascinación, un delirio; propio de posar en el estudio del más exigente pintor de mujeres desnudas. La mujer desnuda de Velázquez, pudo ser la imagen que mejor podía competir con la adúltera mujer del obrero al servicio de Bastida.

Después de gozar a plena satisfacción de los cuerpos jóvenes que buscaban guerra, cosa que parece - según los comentarios en la mina- que Vinicio no sabía contentarla como ella anhelaba, por los motivos que fueran y en ellos no nos hemos de detener, salieron al patio nuevamente para gozar del atardecer y tomar nuevamente unos mates. Marifé ponía el agua a calentar y llenaba la yerbera de paraguay, teniendo sólo una bata, y, quizá con picardía, hasta abierta. Rogelio, fue por detrás, le soltó el lazo del cinturón y desnuda como estaba, aún la llenó de besos y de caricias que ella agradecía.

Aquellos momentos era pura delicia para el hombre que llevaba tiempos en soledad. No le faltaron ocasiones, es verdad, pero, ninguna como esa de audaz y de

comprometida.

No tardó Vinicio en saber que su patrón le calentaba el catre y le gastaba la yerba cuando le apetecía, porque, una vez que se empieza a saber pescar o cazar ¿quién será capaz de volverle al hombre a sus pagos y a la abstinencia? ... Hasta en Ministriles era motivo de chanza y de burla el pobre carioca. Tampoco en casa tenía paz ni sosiego, aquel nacido en una favela de Río de Janeiro. Marifé, también había sufrido un cambio muy brusco, bien creída -ingenuamente- que podía ser de ahora en adelante, la amante del gallego Bastida.

Menudeaban las peleas en el humilde hogar. El brasileño, llegó un día hasta amenazarle con matarla si seguía despreciándole, y, Marifé, no tuvo más remedio que contárselo a Remigio.

- Mirá Remigio, me temo, che, que mi hombre haga una macana conmigo cuando menos lo espere. Está loco, loco de celos. Dos veces le he quitado el cuchillo bajo la "almuada" ¿entendés? y sé que lo coloca para degollarme. Decime qué hago, qué puedo yo hacer con este salvaje de negro que no me quiere ni mirar y me llena de insultos y de salivazos.

- No sé qué te diga... no sé qué te diga. Mirá escuchá y no te olvidés. En lo del gallego Poncela, hay remedios para acabar con los pulgones y los malos yuyos... Incluso, hasta para las alimañas. ¿Me comprendés Marifé? ¿Has entendido?... También los venden en Yeguarizo, y si les comprás allí pasará la cosa más desapercibida... no te digo más.

No había pasado un mes, cuando Vinicio, tras de la fiesta patria del 25 de Mayo, no acudió al trabajo.

Al día siguiente, se supo que había muerto envenenado, bebiendo cerveza, y que Marifé estaba detenida en Comodoro Rivadavia, a cuya ciudad huyó y estaba escondida de la justicia.

Algunos días después, vinieron a Ministriles los de la policía en un coche oficial, para tomar declaración a Remigio. Según se llegó a saber, parece que Marifé le había acusado de instigador del crimen pero, Bastida, -el dinero puede mucho- no fue ese día ni ningún otro molestado. Negó todo, todo, incluso sus relaciones con la cordobesa, y, fue ella -¿quién si no?- la que allí pagó los vidrios rotos, ella, y el pobre barsilero quien, por intromisión en su vivir del conde de La Peñuela, desapareció de esta tierra para siempre.

Todo funcionaba bien. Pasaban los meses, pasaban los años y, Ministriles crecía y crecía, lentamente pero, sin descanso. En esos años, se habían hecho nuevas viviendas, y, un turco, hasta puso un boliche con venta de bebidas y de los artículos de primera necesidad, aquellos que son indispensables en la vida rural.

Un mal día, falleció por accidente don Goyo. Aquel hombre sabio y duro como madera de quebracho, vino a ser igual que barquillo de dulce entre las transmisiones. Con la peor mala intención, le agarraron de la ropa y se lo fueron llevando hasta los engranajes. Apenas pudo decir nada. Apenas si se

quejó. Sólo Macario contaba entre lágrimas, que, cuando iba enganchado y él tironeaba para soltarle de entre aquellas correas, dijo con ojos fuera de órbitas. - ¡'ta que me tiró... qué sonso he sido...; Dejame, dejame, qué más dá espicharla de una forma que de otra;

No dijo más. Allí se acabó el noble gaucho al que Remigio debía todo, pues el, desde el primer día, había sido para sus intereses como un padre.

Tras de aquella muerte, el problema que se le venía a Bastida era gordo. Accidente de trabajo...declaraciones... jueces... forense... ilegalidad de las minas...

Fue Climaco, el que le advirtió con la mejor intención a su amo:

- Patrón... ¿Y...? La cosa ha sido así y no hay manera de cambiarla... ¡Pobre don Goyo; Pero, a esto hay que darle un calmante o todo se nos escoña... Si yo le digo que, en estas tierras hay más de seis cristianos enterraos y usté lo sabe ¿por qué no metemos a nuestro querido don Goyo entre ellos y así están tuitos juntos?

Y se puso a llorar como Magdalena aquel gaucho que mucho lo quería. El hombre de campo, será torpe, analfabeto, sucio, pero, leal al compañero lo es con cuerpo y alma. Su postura es envidiable. En el campo no ocurre lo de las ciudades que están llenas de traiciones y tramperío. El campo es otra cosa y, ojalá que siempre lo siga siendo.

- No es mala idea, Torres, no es mala idea, pero, esto hay que callarla o vamos todos a parar entre rejas.

- No sé quién se ha de vichar, patrón... sería al fudo soltar el espiche ¿no? Naidés debe enterarse y, si

en vez de ser don Goyo, soy yo, pues dejo por voluntad que me se entierre acá. Ya lo sabe el patrón.
- Llevás razón. Y si caigo yo también, Climaco.

Así se hizo. Abrieron una zanja y, en horas de la noche se le dió tierra, mientras descubiertos y compungidos, rezaban como buenamente podían aquellos indios de la raza de los patagones, una oración aprendida desde niños.

De aquella muerte nadie supo nada en los lejanos pueblos del sur argentino. Don Sosa, como tantos gauchos o indios, vivía solo y nadie pediría en la mina explicaciones sobre aquella desaparición. Vive el hombre de campo, como vive el zorro o el jabalí.

Muchos de ellos son igual que golondrinas; viajan de una zona a otra, de una gobernación a la otra y, ni les echan en falta cuando dejan su guarida, ni se dan de alta cuando llegan al nuevo terreno. Su libertad de vivir donde quieren es suya, a nadie dan detalles de sus movimientos, y nadie sabrá jamás de su vivir. Tampoco se han de enterar el día en que, por una u otra causa, desaparezcan de la tierra.

Ya tenía bien guardado Bastida sus abultados ahorros, cuando vinieron a caer por allí tres españoles que, al huído en Madrid en 1936 le comenzaron a dar no pocas sospechas. ¿Qué hombres eran aquellos? ¿Por qué causa habían llegado hasta la Gobernación de Chubut? ¿Guarda con ellos Bastida? El éxodo español fue numerosísimo. Los más, buscaron Méjico, donde el Presidente Cárdenas, ejerció de padre y a todos les dio, inmediatamente la nacionalidad

mejicana y, si era posible hasta trabajo. En México les pareció ver a todos el cielo, una nación hermana dentro de un atmósfera plena de libertades.

Otros arribaron en Cuba, Chile, Brasil y Argentina.

Mientras España se quedaba sin las mejores cabezas, reinando la mediocridad, América se llenaba de escritores, científicos, artistas, artesanos y una mano de obra ejemplar. Era la compensación que merecían aquellas jóvenes naciones, tras de varios siglos en que España sólo pensó en esquilmarles y tenerles dominadas bajo su influencia política y militar.

Han acudido a verle hoy al dueño de la explotación los tres hombres que habían regresado de Chile, y, Remigio que, por nada hubiera querido tratar con ellos, no ha tenido más remedio que recibirles en su oficina.

- Así que, nos han dicho en Aguabrava que somos paisanos.

- Parece que sí.

- Hombre, pues nos alegramos mucho. También nosotros lo somos.

- Me alegro, me alegro ¿Vienen de allí directamente?

- No. Hace tiempos que salimos de Europa. Bueno, vamos a presentarnos.

Con gesto de obediencia y educación, el que parecía más veterano o llevaba las riendas del trío ordenó que cada uno lo hiciera y, así se presentaron alargando con la palabra la mano.

- Me llamo Iñiqui Zubieta. Soy de Euskadi, País Vasco, nacido en Mondragón.

- Mucho gusto, señor.

- Yo soy Evelio Govantes, he nacido en Santoña, de Santander.
- Me alegro.
- Y yo, Juan Garmendia, de Vizcaya, nacido en Baracaldo.
- Estupendo. Siéntense.

A todos les dio la mano, con bastante desgana, pero, había que seguir hasta ver sus intenciones.

Antes de nada tuvo que presentarse el también, era lógico, y pidiéndoles perdón les advirtió.

- Me llamo Remigio Bastida. He nacido en Madrid.
- ¿Cuándo llegó usted a ésta bendita tierra de San Martín?...
- El año 1930.
- Vaya. Creíamos que había salido como nosotros huyendo del cabronazo de Franco y sus secuaces estrellados.
- No no. Yo vine antes.
- Menos mal -le dice Zubieta- Usted ha tenido más suerte que nosotros al no ver aquel desmadre.

Algo le ha valido, no conocer tanta salvajada como allí se ha cometido por el fascismo de esos vendidos a los países capitalistas. Han destrozado nuestro país y, para colmo, estamos hipotecados. ¿Sabe usted cómo va todo?

- Sí sí. No mucho, pero, lo conozco.
- Aquello caerá, Zubieta, aquello cae. Un dictador, tras de caer Hitler y Mussolini que fueron sus padrinos, no puede seguir, o todas las naciones de Occidente son unas hijas de puta. ¿No le parece señor Remigio? Las injusticias se reparan.

- Siempre se ha hecho así. Lleva usted razón. ¿Ustedes de dónde vienen?
- De todas partes. Arribamos a Brasil... de Allí pasamos a Chile y ya nos ve... "Los españoles del éxodo y el llanto".
- Es verdad, es verdad...
- Bueno, bueno, -dice Iñaqui- dejemos esto para otros ratos de aburrimiento y hablemos de nuestro viaje hasta aquí.
- Exacto. Díganme cual es el motivo de su visita.

Aquí fue el de Santoña quien tomó la palabra haciendo una propuesta y era la siguiente.

- Mire usted señor Remigio, ¿es así verdad como se llama?
- Exacto. Así es.
- Tras de perder la guerra en España, y en Francia tratarnos peor que a cerdos dentro de los rediles, cuidados por guardianes negros como el charol...
- ¡Deja eso ya, cojones! -le dice Garmendia-.
- Bueno. Lo dejo. Leímos en Buenos Aires, en el diario Crítica, una noticia que mucho nos entusiasmó, al saber que, en esta tierra, había una explotación de oro, y que un valiente español estaba descubriendo lo que no fueron capaces de hacer otros investigadores con grandes títulos y sumas de dinero. Al leer que usted era español, y que aquí había grandes posibilidades de seguir descubriendo lo que está en las entrañas del Chubut, nos hemos arriesgado a venir y ver qué pasaba y quién era ese español...

Por la cabeza de Remigio pasaban veloces como tornados tantas cosas, tantos hechos... tantas suposiciones, que ya no escuchó más. Sí pensó que, fuera

uno solo el que allí había acudido y, con eliminarle y enterrarle junto con don Goyo, asunto ventilado, pero eran tres...; Tres; Y, para colmo de sus males, tres rojos más grandes que la catedral de Sevilla... La situación estaba pensando que no era nada fácil, y seguía haciendo mil cábalas sin escuchar al de Santoña que había llevado sus razonamientos nuevamente a España y a la guerra civil. Cuando por fin trató de escuchar el exiliado estaba en esto.

- ...porque, nos figuramos que usted no ha de querer vender ésta mina, que... esperemos sea suya, quiero decir: en propiedad. Vamos, con todas las de la ley en el bolsillo. Nosotros, ya lo hemos tratado y es esto señor Bastida: Somos compradores, eso como primer cuestión, y, si no se nos vende, hemos pensado, que, grande es el terreno... y el sol sale para todos ¿verdad que sí?

- Claro, claro.

- Nosotros, estamos en Aguabrava. Piénselo usted con toda tranquilidad y nos da la contestación. ¿Que no vende? pues, allí donde termine su propiedad, comenzaremos nosotros una nueva explotación. Reconozca que es lo nuestro, que somos mineros, y que el tema... nos atrae.

- Muy bien. Perfecto. Lo pensaré hoy mismo y les daré personalmente mi respuesta.

Se despidieron y desde que se quedó solo, le dio mil y mil vueltas sobre aquella inoportuna llegada de aquellos exiliados. El tema era arduo y espinoso. Los tres rojos, los exiliados, medio en broma medio en serio le habían puesto contra las cuerdas; entre espada y pared. Si no vendía estaban

dispuestos a **crear** allí -vecinos de Ministriles- otra nueva mina, y, para colmo de males, nadie podía impedirselo. Tener a esos tres elementos junto a mí -pensaba- es más que peligroso, tanto en lo económico como en lo político. ¿Y si les vendo Ministriles? Son muchos años de soledad y de agotamiento. Me pesa ya mucho todo esto... Puedo vender y, sin decir nada, desaparezco en busca de otros territorios donde seré nuevamente extraño para todos. Aquí, ya veo que me van a destrozár el anonimato dentro del que vegeto.

Pensando esto, calculó cuánto podía pedirles y al cabo de cuarenta y ocho horas, se fue con el sulky, camino de Aguabrava.

Reunidos los cuatro concertaron la operación. Recibió al contado una parte del dinero establecido, y, el resto, se lo dieron en talones sobre el Banco de la Nación, sede Central en Buenos Aires. Remigio pensaba: ¿Qué gente es esta que viene del exilio y cuenta con tanto dinero...? ¿Son influyentes del Gobierno republicano? ¿Son delincuentes como yo, ellos en la política y arrancaron el dinero que pudieron al huir?... Sean lo que sean, yo pongo tierra por medio, que tengo la cola de paja, y, en acercandome una cerilla puedo arder...

Al día siguiente de arreglar las cosas, desapareció, dejando una nota para el personal, en la que les anunciaba la venta y les advertía que se colocaran al servicio de Zubieta, Garmendia y Govantes, los que, a partir de ese día eran los nuevos dueños de Ministriles.

Qué distinta fue la salida de Remigio de Rawson, camino del centro del país, que, aquella que hizo hacia el Sur desde la gran urbe cosmopolita. Dejaba esa tierra fría que va desde el paralelo 45 para abajo, hasta el Polo Austral, llena de vientos y de nieves, para tornar a pleno paralelo 35, donde apenas se conoce el frío, y la existencia del hombre por el cálido ambiente es más agradable y muelle.

Llevaba mucho dinero encima, pero, mucho más había dejado depositado en la sucursal del Banco de la Nación en Rawson, para que se lo trasladaran a Buenos Aires, donde pensaba residir, como personaje anónimo.

Esta vez hizo el viaje hasta la capital de la nación en un gran coche de viajeros que llevaba televisión y azafata. La diferencia en todo era gigantesca.

Atrás quedaban las tierras de los indios patagones, y la explotación del oro por él resucitada con éxito. Cuántas veces, cuántas, se había

creído allí un nuevo conquistador, como en tiempos de Solís y de Mendoza, como un Cortés o Pizarro. Si hasta pensó más de una noche, cuando estaba en duermevela, el crear un pueblo y elevar su iglesia y la escuela. Todo ello, entendía bien que lo tenía, si quería, al alcance de su mano. Y hasta se decía: ¿Acaso fueron mejor que yo nuestros conquistadores? ¿Cuántos muertos llevaban aquellos sobre sus espaldas y, sin embargo, como la obra fue en beneficio de España y de la religión pues, ahí están como gigantes? Yo, levanto aquí un pueblo, y dedico la iglesia a Nuestra Señora de la Almudena o a San Isidro, hago que ven-

gan cuatro jesuitas, mando construir mi sepultura junto al altar, y don Remigio Bastida-Crespo, quedará lleno de gloria, como español ilustre y gran benefactor de la República Argentina. Así se hizo y así se escribió la historia de estos países, lo veo ahora muy claro.

Precisamente estaba en esos delirios de grandeza y quedar para la posteridad como hombre "benefactor", cuando le cayeron aquellos que para él eran "rojazos exiliados", sin percatarse que él era mucho peor, pues llevaba el fascismo y su violencia donde quiera que se asentaba. De todos modos, Remigio, estaba en su mejor momento para realizar un atrevido, pero no imposible, sueño de crear una población llamada Ministriles, si hasta podía sonar bien según la acepción académica de la palabra. Cuando viajaba y recordaba aquellos pensamientos, mientras el autobús recorría tierras de La Pampa, decía: ¿Harán realidad un día ese pensamiento aquellos tres comunistas?...

¿Sabrán nunca qué quiere decir y por qué le llamé yo Ministriles? ¿Y si uno de ellos era un ministril republicano...? ¿De dónde sacaron aquellos tipos tanto dinero...?

En fin, atrás quedaba todo, y, mejor fue para el vender y no ver ya nunca jamás a gentes que allí le habían caído quizá para moverle la cama y asustarle.

Llegado a Buenos Aires, buscó alojamiento en la Calle 25 de Mayo, que está en plena zona céntrica, próxima al puerto, a Correos y a Plaza de Mayo, que es corazón y pulso de la gigantesca metrópoli, zona por Bastida ya conocida desde aquella noche en que huyó de Emigración.

Hoy es domingo, ha dejado el hotelito, y se va caminando hasta Avenida de Mayo. Ha entrado en silencio a una de las bulliciosas confiterías que allí había, la que, por el griterío que se hacía y llegaba hasta la calle, bien se veía que eran españoles los que estaban dentro y en la acera. Se ha sentado en una mesa y se dedicó a escuchar aquello que hablaban sobre Asturias, Galicia, Aragón, Navarra o Rioja. Allí, vociferando, cada cual pretendía elevar lo más alto su región, sus costumbres, sus campos, sus pueblos y ciudades y, hasta la aldea en la que él nació. ¡Ah, la pasión española y el chauvinismo fomentado al máximo fuera de sus fronteras; Cuando llevaron la conversación a la política ¡Ay, madre... la que allí se lió; -se liaría siempre- Los unos, defendían con arrebatada pasión a Franco y, los compañeros de mesa, lo insultaban... ¿Cómo podían convivir así unos y otros? Remigio, pidió un café con leche y medias lunas. El camarero, con un bien marcado acento andaluz y buenas maneras, le sirvió una taza, tres media-lunas en un plato con cuchillo y tenedor para trocearlas, y, al lado, le colocó dos platitos: uno con dulce de leche y, el otro con mantequilla. ¡Todo un banquete;

Los españoles residentes en Buenos Aires, desde antes de la guerra y partidarios que fueron de uno y otro bando, al cabo de diez años aún seguían discutiendo según su pasión política. Los gritos hacían prever una batalla, pero, no era sino una manera de hablar como lo hubieran hecho en su pueblo, tratando de vender el ganado, o, hablando de las cosechas y de mujeres.

Cuando acabó su merienda y se decidió a retornar hacia Plaza de Mayo, nada más atravesar la calle Salta, en la misma esquina, frente al Español, estaba el Bar Iberia. En la acera había cuatro veladores con sus respectivas sillas y, sobre las mesas varias jarras de cerveza. Junto a los que estaban sentados había varios jóvenes de pie con la jarra en la mano. Todos ellos eran españoles y todos hablaban igual que los de la confitería de enfrente sobre España y la guerra.

Se detuvo un momento Remigio para ver qué se decía en aquella conversación tan gritada, y lo que escuchó fue esto:

- ¡A Franco, yo le cortaba aquí mismo, sí sí, aquí mismo y con ésta que es de Albacete, los guetos, y se los llevaba a los leones del zoológico, y os puedo asegurar que se envenenaban; (Todos rieron a carcajadas, pero, el joven siguió diciendo) ¡Aquel es más criminal que su amigo Adolfo, y Benito; aquel es una cosa mala, os lo digo yo;

- ¿A él solo? ¿A él solo, Simón? Él no era nadie. Os lo he dicho mil veces y como si no. ¡Aquel cabrón ha contao con muchos miles como el en ciudades y pueblos.

Aquí, ahí, en ese otro lao, los tienes que llevan la banderita o las flechas en la solapa, y van el 18 de julio a cantar el Cara al Sol a la Costanera...

- ¡Pues a todos esos hijos de mil putas los caparía yo; ¡Esos caerán, tienen que caer como cayo la Inquisición!

- ¡Joder, joder, lo que dice éste...! ¿Es que no sabes tú que aquella duró muchos siglos? Pues si esto dura lo que aquella, apaga y vámonos pa Cadi, hermano...

- Oye -dice otro del grupo- ¿a que no sabéis a quién he visto ayer sábado en el Castelar?
- ¿A quién?
- Al hermano de Fermín Galán, a Francisco Galán. Está aquí, y tiene la peña ahí abajo, en el Castelar.
- ¿Quién es ese? -le dice Simón.
- Joder, majo, qué poco sabes tú de las cosas... Ese es el que defendió a Cartagena en la guerra. No sé si era coronel o general de los republicanos. Se llama Paco, y es hermano del que fusiló el rey cuando lo de Jaca.
- ¿Lo de Jaca?... ¿Hermano de aquel?... ¡Me cago en... No nombres eso de Jaca que ya me estoy figurando al petiso gallego organizando la revolución fascista...! Ya lo estoy viendo como estarán por allá, todos con el brazo en alto y a gritos: ¡Pacó! ¡Pacó! ¡Pacó!... ¡La madre que los parió a todos, qué país tenemos... ¡Qué vergüenza de dictadura les manda a los nuestros!

Todos rieron de los disparates vertidos por el que se llamaba Simón y tenía acento riojano, o navarro. Todos rieron y, el hijo de la delicada Purita -que ignoraba qué fue de su hijo- y de Dionisio Bastida-Crespo, que podría desde septiembre de 1936, en una zanja de Paracuellos del Jarama, se fue poco a poco camino del hotelito, pensando qué decisión había de tomar. Buenos Aires, ya estaba viendo que no le resultaría agradable. Aquello que oía era una España llevada al otro lado del Océano, con sus pasiones, sus burradas rurales, y sus divisiones políticas. Mejor será alejarme de esto como hice un día del Madrid conflictivo y destructor. Por otro

lado, estaba ya acostumbrado al anonimato del campo y para él entendía que tenía que salir. La ciudad gigantesca le ahogaba.

El dueño del hotel La Napolitana, era un viejo italiano con su gran bigote y, fumando toscanos uno tras de otro, poniéndose dedos y pelo del mostacho, amarillos como plumas de cotorra.

Se le ha acercado cuando le ha visto para tratar de saber algo de la vida de ése viajero con barbas y excesivamente reservado.

- ¿Y...? ¿No quiere tomar nada, don...? Aproveche, que le invita don Américo... Tome algo, se lo digo de verdad.

- No no. Muchas gracias, don Américo, muchas gracias.

- Ma qué gracias ni gracias, ni nada... ¿Y bueno, che, si no le piache... se deja no más. Es que, a mí me complacía invitarle, pero... ma, si no quiere, pues, chao...

Así que; viene el hombre del Sur, no?

- Sí señor. Del Sur vengo.

- Linda tierra esta ¿verdad que sí? Lástima que lo político del carajo no saben ma que destrozarla. La quieren quemar oiga, pero io le digo que jamás podrán con ella. Todos son iguales, todos iguales... Ma qué radicales ni radicales, ni radichetta...! ¿Qué más me dará a mí los socialistas, que los nacionalistas ni conservadores... ;Buafff ; ; Cafissios son todos en cuanto llegan al poder;; ; A morfar guita y millones y, si te he visto chao, Garibaldi; chao pinelli;; Se lo dice, don Remigio, quien sabe mucho de estos incordios...

Yo he vivido mucho en la Italia ; Mamma mfa;; ¿Quiere un matesito? ¿No? Pues, como usted desee.

Este país es rico, riquísimo, don. Acá, lana...petrólio... carnes... tierra romana... maíz... maderas... vino... azúcar... frutas... ¡De todo, vea, de todo, y qué cantidad, che, y qué tamaños...! ¡Que los parió! Pues, por los políticos del carajo, éste país se va a ver en aprietos gordos; un día acabarán por fundirlo, si Dío no lo remedia. ¿No ve usted que es una bicoca llegar a ser diputao o senador? ¡Mamma mía, y si llega a ministro...?; ufa; el despelote de guita pa manyar toda la familia; ¡Ah, si la España y la Italia tuvieran estos terrenos!... ¿Usted no es político, verdad? ¿Peronista tampoco...?

- No señor, en absoluto. Tampoco peronista.

- Se le ve en la cara que no; es que lo dice la jeta ¿sabe? ¿Ha visto la del viejo Palacios? ¡Dios me libre, qué cara; ¿Y la de Balbín, redonda como cola e chanco, y qué vista,,, ufa, qué vista de liebre; ¿Y la de Frondizi?... Y eso que, es de papás italianos, pero ¿eh? ... Yo le digo, y póngale la firma que se lo dice don Américo, que, todos son unos poligrillos, sí señor, poligrillos, y, lo sé bien porque vea, ésta casa no es un convento ¿eh?...Acá de monjas nada, y ya sabe por qué lo digo... Bueno, pues, suele venir cada tipo... cada tipo político con alguna de las chicas que acá están a pensión... que,, bueno bueno...! Con la baba cayéndosele, don Remigio... Y tirando la plata así, a paladas ¿me comprende? ¿Por qué?: Porque no les cuesta nada de sudor ganarla. ¡Porco Dío, si sabré yo de políticos chancletas y estúpidos...! Y, en el Congreso chamullan y chamullan al "cuete", y luego vienen

acá buscando pendejas de dieciocho años... ¡Mamma mía, qué vejestorios, don Remigio! ¡Qué ganao...! Yo le digo, en confianza, que, en La Napolitana, tengo a más de cuatro senadores fichaos como poligrillos. ¡Pura pilcha y cartera...! ¿me comprende?... ¡Ma, qué cosos...!

- Lleva razón, don Américo.

- ¿No la voy a llevar? Nos queman el país; le digo de verdad que lo queman. Veá, cuando marchan alguno de estos poligrillos, que algunos pasan de los sesenta, hay quien le da a la chica, a la piba que estuvo con él en el catre, una yapa de mil pesos. ¿Se da cuenta? ¡Mil mangos de yapa! ¿Sabe por qué tiran de gordo...? Porque roban al país, porque nos están robando. Gente desgenerada y nada más, creame que es gente de mala conducta, se lo dice el patrón de La Napolitana. ¡Dios mío...!

- Unos cara-duras, sí señor.

- ¡Eco, eco! ¡Cara duras! Usted es nacional argentino, me lo figuro. ¿Y el Perón y la Perona...? ¡Mamma mía...!

- No no. Yo no soy nada. Ni de los descamisados tampoco.

- Pues yo creía que... ¡Una mugre todos, todos!

- Cree usted mal, don Américo... Dígame algo del viaje que quiero hacer, y dejemos la política.

- Me ha dicho usted que quiere ir a Salta ¿no?

- Pues sí. Tendré que tomar el tren en...

- ¡Acá! ¡Acá no más! Cerquita, don. En Retiro. ¿Quiere que mande al pibe a sacarle el boleto?

- No. Porque también puedo hacerlo en autobús.

- Entonces, le recomiendo que vaya a Once. ¿Sabe donde es Once? Rivadavia al dos mil, más o menos...

- Lo sé, lo sé.

- ¿De veras que no quiere un cimarrón?

- De verdad. No me apetece.
- Usted se lo pierde. Es paraguaya y me la manda un cliente desde Asunción. Oiga, un tipo gallego que tiene en aquella ciudad una tienda bárbara llamada "La Riojana" ¿sabe? Es hombre cumplido, y viene a esta casa, qué se yo la punta de años que hace? Se lo ganó todo él a fuerza de ahorro, y, me manda la yerba como atención. Los españoles son grandes tipos. ¿De verdad que no...?
- De verdad, don Américo.

Aquella noche, a eso de las dos o tres de la mañana, se organizó un semejante lío en aquel hotelito, que podía oírse el griterío desde Chubut o El Chaco. ¡Qué insultos, qué gritos, qué terminología porteña! Se oían carreras por los pasillos, portazos, ruido de copas y de botellas, de todo, allí no faltaba de nada como en el peor burdel barriobajero, en noche de contagiosa algarabía.

Bastida, apenas si conseguía entender qué pasaba. Sólo pude descifrar -al cabo de media hora de griterío y confusión, al oír la voz del italiano- más o menos, más o menos, de qué iba la cosa, cuando le oyó decir al calabrés a gritos:

- ¡¡Usted y usted, atorrantes del carajo, se van ahora mismo de mi casa! ¡¡Mafiosos! ¡¡Sinvergüenzas! ¡¡Malevos! ¡ Y, ustedes dos también, putas de mierda, golfas, desgeneradas! ¡A la calle los cuatro! ¡A dormirla al sereno! ¡¡Fuera del hotel todos! ¡

- Don Américo -decía una voz de mujer- por favor don Américo, escuche y vea que, estos dos hombres

nos piden el dinero que tenemos ahorrado, a Beba y a mí;
; Son dos chorros, don Américo, dos caffisios...;

-, Y ustedes dos, son dos putas, que los vienen manteniendo desde el tiempo de ñaupa; ; Fuera los cuatro;
; Fuera he dicho, o disparo el "Smite Güeso"; ; Miren que lo tengo cargado, y no hablo a lo sonsera...'. Mañana se vienen ustedes dos a por la ropa y arreglamos todo! ; Acá hay gente decente y van a creer que La Napolitana es poco menos que un quilombo, y eso no, la dignidad de don Américo, por encima de todo.' "

Poco después, se hizo el silencio, y se comenzó a oír nuevamente a los coches que iban o venían de Retiro.

Al día siguiente, decidió salir de Buenos Aires camino del Oeste, y lo hizo en autobús desde Plaza de Once.

Fue directo a Rosario y, de esta ciudad santafecina, hasta Córdoba. Allí admiró Bastida la influencia de la conquista española, que seguía estando presente en los viejos edificios religiosos.

Hasta la manera de hablar le pareció muy española, bien distinta a la porteña e incluso a la del Sur.

Pero, Bastida-Crespo, tenía que ir más lejos, como se lo había propuesto en Buenos Aires y siguió camino hacia Salta. También en Salta le gustó lo colonial que **dominaba** incluso mucho más que en Córdoba. Salta era netamente española. ; Quién podrá borrar nuestro paso por toda América? Nadie. Los siglos han pasado y todo sigue como en en el XVI, como en el XVIII, y XVIII.

Así seguirá en el XXI y el XXII. ; Y si voy a Jujuy? ; Salta, Salta? ; No es mejor Jujuy? Le pareció que era un mal chiste pero lo pensó: Mejor es risa que

salto... Y sacó billete en otra línea para llegar hasta Jujuy. Podía haber ido a cualquier otro lugar, porque, para él todos eran buenos por desconocidos, pero, eso del decidir por capricho tenía para Crisanto -nos hemos olvidado que se llamaba Crisanto- como aliciente, al enfrentarse con la incógnita, y, Bastida, quería hallar ésta en el lado opuesto a donde había estado hasta ese tiempo, que fueron las tierras australes. Además, Remigio Bastida-Crespo, no era hombre que le gustasen los términos medios en nada, eso sí que no. Desde niño y mozalbete buscaba los extremos, la medianía le aburría. De mayorcito, igual que se afilió a Falange Española lo hubiera hecho con la C.N.T. Lo mismo hubiera ido al partido de Romanones que al de José Díaz. Por huir, tenía que ir a América o a Asia, pero nunca a tierras de Portugal o de Francia. Puesto en la República Argentina, o el Sur o el Norte, pero nunca en el centro. O matón o santo, y eligió lo primero. Lo decía él con frecuencia: Era imposición de los genes, y aquellos, en él como en todo bípedo, no estaban por la labor de creer en Dios.

Llegado a Jujuy, decidió cambiar, si le era posible, totalmente su vida. Le resultaría fácil porque, allí, nadie le conocía. Con los conocimientos que tenía del modismo gaucha y hasta del lunfardo, nadie diría que era español, sino argentino, y todos lo habían de creer a pie juntillas. Además ¿qué le importaba a nadie su origen? Justo es decirlo que apenas si sentía interés por su tierra.

Bien sabido es que, de aquello que no se estudia ni se habla, recordándole con frecuencia, se acaba olvidando, así Remigio, fue dejando marginado poco a poco, tanto su patria como la familia.

Abrió una cuenta en la sucursal del Banco de la Nación en Jujuy y, ordenó, que se le transpasaran a esa cuenta todo el dinero de la que tenía en la Capital Federal. Cuando ordenaba ese cambio y lo supo el Gerente de aquella casa, salió presuroso a saludarle y le hizo pasar "con todo cariño" a su despacho, pues le interesaba no poco estar relacionado con aquella persona millonaria. Remigio aceptó complacido la deferencia, ¡buenos son los banqueros de pegajosos y diplomáticos cuando ven que se mueve dinero cerca de su órbita;.

Durante la conversación, el gerente de aquella agencia, le dijo -cuándo no- que él también era hijo de españoles; que su padre se llamaba Joaquín Espada, y su madre Carmen Celada, acabando aquel recuerdo de sus padres con un chiste muy oportuno tratando de hacerse simpático al límite ¿...?

- Como ve usted, amigo Bastida, mis apellidos son muy españoles y bien guerreros, casi casi cidianos: Espada y Celada.

- Pues sí señor... La cosa tiene gracia.

- Además ¿No me ve usted en la cara cierta fisonomía bien castellana?

- Se le ve, ya lo creo que sí.

- Bueno, mire usted, don Remigio. Como quiera que es usted acá nuevo, yo, si me permite, quisiera presentarle a las -vamos a llamarlas- fuerzas vivas de Jujuy.

- Muchas gracias, don Juan Cruz. Muchas gracias.
- Al contrario. Usted es nuevo, como dicen ustedes en lo taurino: "Nuevo en esta plaza." ¿No es cierto?
Es nuevo, es joven, y conviene que esté relacionado con ciertas gentes, ya que estamos en una ciudad provinciana.
- Le repito que muchas gracias, señor Espada.
- Nada de eso, mi amigo. El próximo domingo queda usted invitado a un almuerzo en mi casa. Allí, amigo Bastida, le presentaré a la sociedad más granada e influyente de la ciudad ¿Le apetece?...
- Si usted lo dice...
- Dicho está y quiero que me lo acepte el cumplido.
- Lo acepto, pero, no vale la pena que se moleste.
- Pero, si no es molestia ni nada, es un honor.
- Como usted guste.
- ¿Dónde se aloja? ¿Cuál es su residencia, don Remigio?
- De momento estoy en el Hotel España.
- Macanudo. Allí le enviaré la invitación.
- Muchas gracias, señor Espada.
- Vea, esta es una provincia pequeña y una ciudad muy chica, es lógico que tenga usted contacto con quienes pueda sentirse cómodo, aunque seamos, ya lo verá, algo más mayorcitos que usted pero ¿eh? la experiencia creo que también es buena ¿no es cierto? Qué más quisiéramos que tener sus años, ¿no le parece?
- Estaré cómodo, se lo aseguro.
- Así lo espero.

Pensaba hora tras hora, el hijo del conde de La Peña, qué rumbo tomaría en aquella tierra tan distinta a la que había dejado, aunque, por los datos que iba tomando, salvo en el clima se le pareecía bastante, y lo era cómo dudarlo, porque Jujuy también estaba recostada, en parte, sobre la interminable cordillera de Los Andes.

En Jujuy había minas de cobre, plata, oro, carbón, y mercurio. También allí vivían de la ganadería, la agricultura y, si lo querían, hasta del petróleo.

La provincia era cuatro veces más chiquita que Chubut, condición que, para Bastida, le parecía hasta más cómoda.

La capital, San Salvador de Jujuy, tenía la gracia de estar como Buenos Aires, Rosario, Paraná y otras muchas ciudades argentinas, junto a la margen de un río. Este era el, San Francisco o, Río Grande.

También conservaba Jujuy capital, la gracia y el sabor español de sus conquistadores en las centenarias edificaciones. Fue su fundador el año 1592 el capitán Francisco Argañón y Mújica.

Quien vea Jujuy, ha de ver un trozo de ciudad transplantado hasta América, de la más pura arquitectura hispana, del siglo XVI y XVII.

También se veía y palpaba la tradición española, de andar las gentes por las calles, tanto de compra como de tertulias, en amenas y gritonas charlas.

Recibió el sábado la invitación, de su amigo el pegajoso gerente del Banco de la Nación.

El domingo a las doce y media de la mañana, una vez vestido con cierta distinción, se dispuso a presen-

tarse en el chalet de don Juan Cruz Espada.

- ¡Taxi; ¡Taxi; Por favor, lléveme a casa de don Juan Cruz Espada. Ahora le digo la calle...
- No hace falta. ¿Celada, no?
- El mismo, sí señor.
- Ahorita, en un periquete estamos allí. Me figuro que está invitado ¿no?
- Pues sí.
- ¡Ah! Don Juan Cruz es un gran tipo... Todos los años, éste día, sabe hacer una fiesta linda... ¿Es forastero, don...?
- Pues sí. Lo soy.
- Ya me parecía. ¿De Guénos Haire, quizás?...
- Sí señor...
- ¿Es familia de don Juan Cruz?
- No señor...
- Entonces será amigo, como si lo viera...
- Claro, claro. ¡Cuidado, que casi atropella a un pibe;
- Perdone.

Cuando se apeó del taxi vio que había varios coches a cada lado de la puerta del que parecía lujoso chalet. Colocadas en letras doradas sobre forja, se leía en el arco de entrada a la finca "Villa Carmen". Ha pensado mientras le llevaba el taxista, la necesidad que tenía de comprarse un coche. Era para el indispensable, y lo había de hacer esos días.

Tocó el timbre y salía por el camino que conducía a la puerta una criada negra, con delantal blanco a recibirle.

- Buen día señor...
- Buen día.
- ¿Me quiere decir su gracia, por favor?
- ¿Cómo no? Remigio Bastida-Crespo.
- ¡Ajá! A usted lo estaban esperando. Pase pase... El señor, según le he oído al patrón, es el único que falta en la reunión. Por acá, señor.
- Gracias, muchas gracias.
- Casilda, pa servir a Dios y al señor.

Entró Remigio a un gran salón y, de allí ,previo descenso por tres escalones, pasó a otro que estaba cubierto con un toldo verde. Por los costados había bellísimas plantas en grandes maceteros. Todo aquel salón que había de ser para verano, tenía cierto aspecto tropical.

Era algo así como un delicioso invernadero.

Al verle bajar los escalones, se le acercó el gerente y le fue presentando a los comensales, quienes se colocaron en semicírculo para estrecharle la mano según les fuera haciendo la presentación el dueño y anfitrión.

- Don Remigio: Mi señora, Noelia Ramos de Ulloa.

- Mucho gusto, señora (E,hipso-facto, insinuó una pequeña bajada de cabeza, mientras le marcaba un gesto como de besarle la mano que tenía entre la suya. ¡Ah,las buenas maneras, bien que las sabía el conde, si las quería practicar.

- Mis hijas: Susi y Federica.

- Muchísimo gusto, señoritas. Es para mí un placer...

(Y el mismo detalle delicado y hasta con reminiscencias aristocráticas. Quizá le obligaban los genes que le llegaban desde sus antepasados del siglo XV.

- Don Jacobo Resnik, patrón de la fábrica de quesos del mismo nombre. Una potencia económica.
- Encantado de conocerle, señor Resnik.
- Don Laurentino Salazar. Chacarero de Tilcara, pero, que vive acá.
- Mucho gusto.
- Don Secundino Robles, dueño de la tienda La Exposición. Español, de tierras sorianas. Buenísima persona, se lo garanto.
- Encantado, señor Robles.
- Lo mismo digo, don Bastida.
- Giuseppe Scaramella. Italiano, Dueño de los dos mejores restaurantes de la ciudad.
- A sus órdenes, don Giuseppe.
- Don Alberto Seidman. Fabricante de lencería fina.
- Mucho gusto.
- Y don Rolando Gonzálvez. Jefe de la policía jujeña. Departamento Policial de Jujuy.
- Me alegro mucho, don Rolando.
- Lo mismo le digo, don Bastida.

Una vez terminados los saludos de presentaciones que son una pura parafernalia de nervios y de estupideces, sonrisitas y atropellos, todo pura calderilla, comenzaron las conversaciones entre aquellos grandes de la ciudad.

Pronto vio Remigio, que, quien más interés tenía por estar a su lado, era la hija mayor del gerente, aquella que fue presentada por edad en primer lugar, y a la que llamaban "Coca", aunque su nombre fuera Susana.

Cuando le vio las intenciones el hijo de Purita, trató de evitar lo que podía ser un abu-

rrimiento soberano, aparte de que no quería compromisos ni amistades femeninas. Disimuladamente se juntó con don Juan Cruz y con el Jefe de Policía, relación que podía ser más interesante. El dueño de la casa le ofreció una copa con Martini, que llevaba en su borde, encaballada, una circunferencia de limón. Al mismo tiempo el Jefe de Policía, le presentaba una bandeja en la que había trozos de queso, canapés, jamón troceado, fiambres, papas fritas y frutos secos. Tomó con delicadeza -había que seguir demostrando clase- un trozo de queso que era semejante a una cuña, y siguió metido en la conversación. Buscaron saber los contertulios en qué se había ocupado el forastero hasta esa edad, qué estudios tenía, y qué le traía hasta Jujuy, siendo, además, soltero y buen mozo.

Trató, como buenamente pudo, ésto ya lo había previsto en el hotel antes de salir, de darles explicaciones correctas y creíbles, inventando un vivir que nada tenía que ver con la realidad que conocemos. Se lo creyeron totalmente ¿Por qué no? Bastida era un maestro en burlar magistralmente al que se le pusiera delante por muy sabio que fuera, y, aquellos, no dejaban de ser para él sino provincianos, "pardillos" en el buen decir madrileño. El maestro allí, tenía que ser el camisa vieja fascista; el huído de Madrid en 1936, y, si hasta entonces fue hábil como el que más ¿cómo podía ser ingenuo ante aquellos fantoches con menos vista que un topo a la luz del sol?

Al cabo de media hora de estar allí tomando el vermut, o, aperitivo, doña Noelia, les dijo con voz alta y sonrisa agradable cuanto esperpéntica:

- Señores: ¡Ha llegado la hora de pasar al comedor, para celebrar -y aún no se lo he dicho a ustedes- para celebrar, los diez años que mi esposo lleva ejerciendo la gerencia del Banco de la Nación en Jujuy;
- ¡Bravo; ¡Bravo; ¡Eso merece un aplauso, doña Noelia; -dijo Jacobo Resnik, muy complaciente, mientras elevaba la copa de vermut. Señores: Hagamos un brindis por don Juan Cruz Espada.

No había acabado de decirlo, cuando, con voz tronante y gesto de bruticie, como si le hablara a la tropa, dijo el Jefe de Policía:

- ¡Un momento; ¡Brindemos por el, y, también por el queso de Resnik, que mejor no le hay ni allí ni aquí;
- ¡Muy bueno; ¡Muy bueno eso, Rolando; -dijeron todos los amiguetes del Jefe. Y aún agregó el soriano, que se las daba de más inteligente y sabio que los de Jujuy:
- ¡Rolando, Rolando... ya veo que año tras año... te vas mejorando...;

Una carcajada cerró la rima del nacido en tierras de Cobaleda.

El salón al que pasaron era precioso. Finos muebles de estilo inglés. Riquísimas arañas con cristales de roca. Pinturas por las paredes, aparentemente de buenas firmas españolas y argentinas. Alfombras de Persia o Damasco, y, una mesa, presentada con exquisito gusto. Doña Noelia y sus hijas se habían volcado en presentar un salón como podían hacerlo en Buenos Aires, los Anchorena, Unzué, Larreta o Alsogaray.

Durante la comida, no tuvo más remedio que so-

portar Remigio a Federica, niña de diecinueve años, que tenía la cabeza llena de pájaros; de orgullo por ser hija de quien era, y de estupideces que aquí no hemos de citar. Qué castigo tener en la comida a un vecino que te caiga mal desde el inicio... pero, aquella ubicación del nuevo invitado, fue ocurrencia de doña Noelia. Quería que su piba, estuviera haciéndole agradable el almuerzo al forastero...

La comida, como toda comida servida en Argentina, fue frugal, abundante en rica carne, en frutas y bebidas.

Los estómagos agradecidos acabaron derrochando alegría, una alegría que riñe no poco con tantos millones de seres que mueren todos los días sobre esta desigual y deshumanizada tierra, de los que nadie quiere acordarse para no malograr la fiesta.

Al final, cuando ya eran cerca de las tres y media de la tarde, se abrieron a taponazo limpio y carcajadas festivas, varias botellas de champán y de sidra, y se volvió a brindar nuevamente, deseándole a Espada, otros diez años más de estadía en Jujuy, y, si era posible, que llegara a ser Director General de dicho banco en Buenos Aires.

Volvieron nuevamente al salón donde fueron recibidos a su llegada y, allí, la mestiza Casilda, les continuó sirviendo, junto con la chica de servicio, los cafés, copas, cigarros habanos y cigarrillos. Tampoco faltaron las cajitas de bombones y la fruta abrillantada de la región jujeña.

Rolando Gonzálves, se quiso sentar en un aparte con Remigio Bastida, para saber algo más sobre su futura vida en aquella ciudad y, como ambos estaban, -además de no poco "enllenos", como dicen los buenos gauchos- con la

cabeza excesivamente animada por la bebida trasegada, pues vino a preguntarle el Jefe de Policía "qué era lo que más le gustaba hacer en la puta vida -además de la fornicación que es tan linda y saludable, che, y el bebercio, que te aparta no poco de éste Valle de Lágrimas, -que dijo no sé quién, carajo- y dijo la pura rialidad ... " Mientras lo decía, reía lleno

de satisfacción, enseñando igual que yacaré, dos hileras de dientes blancos y tremendos de grandes, porque el Jefe, se andaba con los dos metros de alzada...

- Digo, don Bastida, que, además de esos dos enunciados que le he citado y que me figuro son de su predilección ¿qué es lo que más le apetece hacer? Dígamelo con sinceridad no más, mi amigo...

- Vea Gonzálves, pues... sinceramente le diré Jefe, que lo que más me gustó desde siempre, es mandar.

Diera yo uno de mis dedos preferidos, por tener cargo y meter fierro a todo dios que no me obedezca,

- ¡Ajá; ¡Ajá; Eso me gusta, che, eso me gusta.

Pero, vea que no se puede...que, para ejercerlo hay que ser autoridad; estar en la milicia.

- Lo sé. Lo sé, pero, me gusta a muerte, don Rolando. Es que me gusta.

- ¡'ta que bueno, che...! Y a mi también, paisano.

Yo es que gozo metiendo picana a los atorrantes y malevos que la merecen. Eso, che, es de un regusto que, ni el propio Nerón -Dios le tenga en la gloria- lo paladiaba como yo. Pero, mire usted, don Remigio, que, para llegar a mi sillón, es un decir, hay que empezar por lo bajito. Vea que yo comencé siendo agente cinco años, y fui ascendiendo

por méritos, entre otros, el ser bravo pa la tortura ¿me comprende? El que es blandengue no tiene nada que hacer en ninguna parte.

- Ese es mi pensamiento, Gonzálves. Si yo pudiera comenzar como el Jefe...

- ¿Le gustaría, don...?

- Me apetecería enormemente. Iba a ser mi debilidad el meter leña y lo que pinte, a todo cristiano redomón.

- ¡Caracho! ¿No me diga? Pero ¿qué sorpresa, che?

- Se lo digo acá, en privadito, Jefe.

- ¿En verdad que se vestiría de comisario, Bastida?

- ¡Mañana mismo! Dejo tuito por tener ese cargo.

- La pucha, si es que se lo acepto no más, m'hijo.

- Quiero que conste, que no lo necesito, que tengo dinero suficiente para vivir, pero... hay una vocación por dentro que me obliga, y, hasta lo haría de gratis, ya ve usted, Jefe, hasta donde llega éste extraño ante ustedes, pero, ¡Ojo! En silencio, calladita la lengua de los dos. Tenga en cuenta que soy "el conde de La Peñuela." ¡Don Bastida-Crespo.!

Acabar de decirlo y reír a carcajadas los dos fue todo uno. Hasta se les cayó el café y se pusieron las chaquetas y sacos en Argentina hechas un asco, y lo mismo los pantalones.

- Oiga, Bastida, qué bueno que le ha salido eso de "conde de La Piñuela, y Bastida-Crespo." ¡Muy bueno, che, muy bueno! ¡Macanudo! Me creo ¡velay! que vamos a ser dos grandes amigos.

En secreto, Bastida, esto en puro secreto: Si quiere ser comisario, por Dios que yo le nombro y no se hable más. Tengo poder para hacerlo - ¿De verdad? ¿Me lo dice de verdad?...

- Como dicen que hay Dios. Pase mañana por mi despacho y le informaré. Ya lo he vichao ya, que usted don Remigio es hombre con carácter y tiene además mirada e lince... Ya le veo, che, hasta con uniforme.

- Eso mismo he pensado yo del Jefe de Policía. Usté don Rolando es un lince.

- ¡ta que es listo el conde...condenao Piñuela! ¡Ja, ja,ja,ja! Es que hasta me cae bien éste don Bastida- Crespo ¡Ja,Ja,Ja!

- Mañana voy, don Rolando.

- ¡Ajá! Mañana a las doce lo espero en mi despacho. No me falle ¿eh? La palabra es palabra.

- Deme esos cinco, Jefe.

Y se dieron la mano en señal de mutuo acuerdo.

- Ahí están como el más firme gaucho de esta noble tierra e Güemes.

- Igualmente lo digo y lo sello con mi mano;

- Pero, ché, ¿qué hacen ustedes riendo y dándose la mano, es un trato e caballeros o qué, don Rolando?

-les dijo don Secundino desde los sillones malva que ocupaban frente por frente a nuestros dos personajes.

- Pues, talmente es eso gayego lindo, amigo Robles.

Hemos cerrao una apuesta pa el domingo, yo, a que gana Boca, y don Bastida, a que gana Huracán.

Todos rieron tomando a broma aquella contestación que nadie la creyó. Después, como en el aperitivo, volvió a caer la conversación en el plano internacional, y se habló de España, en la que casi todos estaban de acuerdo con el general Franco. El Generalísimo, era para ellos como un genio.

- Acá -dijo Espada- acá necesitamos un tipo como Franco. Una mano dura que levante este país y deje de la tanto tiatro como vemos hacer ahora al cuete...

Qué tanto Perón ni Perón, ni planes Quinquenales ni gaitas. Todo eso es chamulleo para los peronistas que se creen ha bajao Perón de los cielos. Qué sonsera se les ha metido en el mate. Estamos viviendo como en un puro circo, che, ¡meta fiesta y meta fiesta...! y los sonsos de ellos, creídos que esto marcha mejor que nunca. ¿Mejor? Estamos metidos en pleno malevaje...

Casi todos asintieron en lo que dijo el anfitrión y quizá no se hubiera continuado a no ser por doña Noelia, que vino a insistir sobre un tema que estaba de actualidad desde que Evita subió al poder.

- Perdonen ustedes ¿Y...? ¿Qué me dicen de Evita?... ¡Por favor, qué me dicen de "la señora"? Que me perdone si a alguien le molesto, pero esto es de risa y de pura bazofia para las naciones del extrajero. ¿De dónde ha salido esa "señora"....? ¿Es que nos van a cambiar los orígenes y sus principios? ¡Por favor...!

La Primera Dama del País... ¡Che, qué seriedad es esta?... Yo les digo que, ese matrimonio, acabará trayendo la ruina y la degeneración al país.

- Mamá -le dice Coca- ¿Sabés cuántos vestidos de fiesta tiene en la quinta de Olivos, traídos para ella desde París? ¡Más de cien, y de los mejores modistos; Mirá vos, qué presumida y copetuda la muy guaranga; ¿Quién te ha visto y quién te vé?...

- Bueno, callemos, callemos -volvió a decir Espada- Ellos cuentan, eso sí, con todo el obrerío sonso, y ahora, para endulzarles mejor, pues les llevan como rea-

ta de ganao, a los tiatros de Buenos Aires, y a las grandes confiterías y salones oficiales de lujo, diciéndoles: "Esto es argentino, y es vuestro. Lo que era de los grandes copetudos del país, es ahora, por Perón, de los descamisados, del pueblo obrero. ¡Todo esto os pertenece, compañeros!" Y los ingenuos, hasta se lo creen.

- Eso, amigo Espada, -dice Laurentino Salazar- se llama demagogia. Ya saldrá, ya saldrá, no te preocupés, que ya saldrá la espada mejor que la de Juancito y le voltié del sillón, y, a ella, a la "señora", la mande a cocinar o a enseñar el mondongo por los burdeles, que eso lo sabía hacer con clase... Que vaya junto a Marrone, a lucir las gambas y la cola. ¡Ja;

Rolando Gonzálves, el Jefe de Policía, que estaba oyendo tanto disparate contra el Presidente de la Nación, a quién él obedecía, le pareció oportuno salir en su defensa y les dijo lo más suave que pudo para no resentir a la concurrencia.

- Señores. Hoy por hoy, señoras y señores, sea, -sean como sean, -son nuestro Presidente y la señora del Presidente de la República Argentina. Lo son por voluntad popular ¿O no? Nuestra obligación de argentinos y bien nacidos, creo yo que es respetarles, como hemos respetado a Farrel, a Castillo, a Ortiz, a Justo y al que fuera, viniera de donde viniera. Lo manda el pueblo ¿no? Pues, si lo manda, a seguir el veredicto popular y chao.

Viendo cómo las cosas se podían incordiar, que la política todo lo encona, fue ahí cuando el tano Giuseppe, que era harto hábil les dijo a las hijas del gerente.

- Niñas ¿Por qué no ponen el toca-discos, y nos bailan algo lindo de nuestra tierra? Vean que esto se está viniendo abajo por la política. Cambiemos de disco, si lesparece.

- Es verdad -dijo doña Noelia- Lleva razón don Scaramella. Poné, Coca, el toca-discos y bailad un carnavalito o una vidala.

- ¡Muy bien; ¡Muy bueno eso, Noelia; Bailad los jóvenes y que lo haga también don Remigio -dice don Alberto Seidman, que estaba levantando una copa de coñac español en lo más alto que le permitía el brazo. ¡Bailad los jóvenes, che;¡

Baile tras baile, acabaron bailando el matrimonio y sus hijas, unas veces con don Rolando y, otras, con don Jacobo y, hasta con Remigio, cuando se hacía en grupo.

Fue allí cuando el jefe de Policía de Jujuy, en un descanso, subido encima de un taburete, con pleno acento gaucho dijo algo así.

Yo en el amor soy purrete
mirá vos si lo sabré,
pero, como vos sos sabia,
por Dios que lo aprenderé.

Me hipnotizas con tus ojos
como si fueras la iguana,
y yo te sigo y te sigo...
donde gustés, jujuyana...

De amores me estás hablando
y yo me vuelvo de miel.

¡La pucha cómo me atora
ésta adorada mujer;

Hizo Dios al hombre y dijo:

"Quién sabe si no la 'e errao..."

Vió en cueros a Evita y dijo:

"Ya lo tengo mejorao."

Y, dende entonces seguimos

reñidos y emparejaos,

ignorando lo que juimos

y, al ñudo p'al otro lao.

Todos le aplaudieron y, el hombre, hasta se sentía como ascendido en graduación.

La velada fue linda y de grato recuerdo, si, por bailar cuando se retiraba el servicio, invitó el Jefe de Policía a la criada negra, que estaba sofocada como chancho obligado a entrar a la fuerza dentro del brete. Al verle insistir doña Noelia le dijo.

- Bailá, Casilda, baila m'hija, y hacele caso al Jefe de Policía que tiene la gentileza de invitarte.

Andá, mové las caderas con el.

Y Casilda bailó, haciéndolo mejor que todos ellos, excepto las niñas que habían aprendido en una escuela de baile.

Al día siguiente, a la hora citada, subía por las escaleras de la Jefatura de Policía Provincial, Remigio Bastida-Crespo. Preguntó a un ordenanza, grandote, con pómulos, nariz y labios de puro indio, en la que el naciente pelo duro como briznas o cola de caballo, le llegaba hasta las cejas, por el despacho del Jefe.

- ¡Sígame, don...

Al final de un largo pasillo -con extraño olor a sudor y otras secreciones- en el que abundaban gentes de todo pelaje, muchos indios que iban a tramitar cédulas de identidad, y, tantos y tantos documentos que hoy exige la vida actual, tanto en Buenos Aires, como el La Quiaca, llegó a una puerta del fondo que cerraba el pasillo y le advirtió el indio que le dijera su nombre para comunicárselo a su Jefe. Cuando lo supo, abrió la puerta y dijo.

- Dice que es Remigio Bastida-Crespo, Jefe.

- ¡Hágale pasar!

Mientras el indio sujetaba aquella puerta de cristales opacos en la que un letrero indicaba en caracteres dorados: JEFATURA PROVINCIAL DE POLICÍA, entró Remigio.

Al verle el Jefe, se levantó del sillón y se dieron un fuerte abrazo. Estaban frente por frente a dos grandes fotografías de Perón y Evita, que presidían el despacho de Rolando Gonzálves. Ambos esposos estaban sonrientes, plenos de felicidad como de colorido, mostrando unas dentaduras como perfectos anunciadores del mejor dentífrico nacional. ¡Ah, qué picardía se utiliza hoy para ofrecer al pueblo; Cómo se exceden sus gobernantes todos, en presentarse llenos de ilusión, bondad y optimismo, enmarcando grandes sonrisas y gestos de amabilidad... ¡Qué tramperío y qué distinto todo esto al ayer cercano, cuando el que gobernaba y era expuesto en fotografías, tenía que llevar -era como obligación nacional- bigote o barba; gesto duro, uniforme sin era militar, y una seriedad que presentía y ofrecía seguridad en su gobierno. Hoy es al revés. Se ha optado por la sonrisa y la juventud,

enseñando todos, una cara amigable y cuanto más simpática más conquistadora y admirada por el pueblo.

¿Mejor, peor...? Vaya usted a saberlo. Para eso tiene cada presidente o jefe de Estado, hasta el asesor de imagen y, con ello, una preparación casi casi teatral, con sus maquilladores, relaciones públicas y no pocos empleados en protocolo. Todo ello, cómo dudarle, más tramposo, más ficticio, más carnavalesco.

- Siéntese, Bastida, siéntese y hablemos de ello m'hijo.

- Muchas gracias.

- Así que, siguiendo con lo de anoche, es su debilidad, mandar ¿no más?

- Pues sí. Creo que nací para ello.

- Y me dijo, che -si mal no recuerdo- que no le importaría ser -¡velay;- hasta comisario ¿No es cierto?

- Si se puede... No quisiera morir, don Rolando, y puede que sea sonsera, pero, no quisiera irme pa el Pago el Ñato, sin llevar encima un uniforme como ese del Jefe. Es, vea, pues, como un capricho, un berretín... ¿yo qué sé?

- Lo entiendo, lo entiendo. Bueno, pues eso puede estar hecho si yo lo quiero ¿m'entiende mi'hijo?...

Tengo tres poblaciones que necesitan comisario. Los que tenían, se los ha llevado nuestra querida Evita, a Güenos Haire ¿sabe? El campo, le aseguro Bastida, que se va a quedar medio despoblado, desde que nuestro Conductor, ha dicho que, la Argentina debe ser industrial, y yo le alabo el gusto. Vea, yo allí en casa el gerente no quise discutir, pero

es que no hay derecho a que compremos al extranjero hasta el piolín ¿me comprende. En eso está nuestro Presidente.

- Le comprendo, y estoy totalmente de acuerdo con el pensamiento del general Perón.

- Ya vio usted muy claro que, ayer, en la finca de Juan Cruz no se podía hablar, y mucho menos yo, el Jefe de Policía, pero es que ellos-; la madre que los tiró;- son todos radicaluchos ¿me entiende? y, ante ellos, ¿cómo yo puedo decir que para mí el Presidente es un profeta que nos ha enviado Dios a este hermoso país? Se lo digo de verdad, Bastida, y creame que no hay grupo en ello: Tenemos un Presidente que no lo merecemos. Este hombre tiene visión del futuro, y, si no, dígame ¿Quién le ha comprado los ferrocarriles a los ingleses más que Juanito Perón? ¿Sabe que no hemos pagado por ellos ni lo que valen las orillas de los rieles, esas que están llenas de yuyos?...

- Lo sé, lo sé, Jefe.

- ¿Sabe que tendremos una gran marina mercante como la merece esta rica nación? ¿Sabe que también quiere tener una poderosa aviación y un ejército que, si llega el caso asuste a los papa-fritas ingleses, que nos chorrearón las Malvinas?... ¿Sabe que quiere repartir el campo entre los descamisados que sepan laburar-lo? El y Evita -que es la madre de todos los buenos argentinos- van a hacer un país nuevo, moderno y ejemplar.

- Estoy de acuerdo en todo, en todo.

- ¿Qué ha hecho el bigotudo de Palacios con su socialismo, tras de años y años de andar chamullando por todo

el país? ¡Nada; ¡Ni mus, che, ni mus; ¿Y los comunistas? Una cuadrilla de vagos, se lo digo yo porque algo los he tratao: Vagos, che, vagos!

- Y yo, se lo firmo eso, Gonzálves. Con todos esos hay que acabar como sea, don Rolando.

- ¡Efectivamente; Pues sí m'hijo. Son un estorbo y un atraso pa'el país. ¿Y los radicales? ¿Me quiere decir qué hicieron acá esos tipos de museo, que no han sabido mover dedo para el proletariado ni para echar fuera de acá a los intervencionistas?

¡Chupar, chupar del ubre del estao; Para eso vino Perón, y se acabó el chupe de los Balbín, y de los Frondizi, y de todos esos fantasmones! Pero, ¿y...? Esto no se podía decir ante la banca, los judíos, los tanos ignorantes y el gallego retrógrado ¿me comprende, Bastida? Había que meter lo que se dice en buen gauchismo "violín en bolsa", o sea, lengua en estuche. ¿Eh...?

- Lo entiendo del todo.

- Entonces, che, ¿quiere decirse que siente las ideas peronistas, don Bastida?

- Totalmente. Yo esto, lo entiendo como un nacional-sindicalismo.

- ¡Exacto; ¡Exacto, che, exacto; Nacional y, por sobre todo, sindicalista, sí señor.

Se dieron un fuerte abrazo, golpeándose las espaldas, mucho más lo hacía el Jefe de Policía con aquellas manos oscuras y uñas gruesas y cuadrangulares, entre amarillentas y negras...

- Ese pensar le favorecerá muy mucho, amigo Bastida, se lo aseguro. Yo le comunicaré en su momento

to al Gobierno de la Nación, cómo piensa usted, siempre que se decida a entrar a mi servicio.

- Quiero ponerme bajo sus órdenes.

- Bueno, pues, como primer paso, le voy a dar este Reglamento para que lo estudie. Aquí están todas las ordenanzas y macanas que debe saber todo Comisario.

Esto, se lo manja mi amigo en una semana, y, como le nombraré yo a dedo, porque puedo ¿eh? Pues, pan comido; cosa hecha. Ya le veo de comisario, Bastida.

- Ojalá. Muchas gracias, don Rolando.

- Oiga. Pero, tengo una duda en el mate. Sé -me lo dijo Espada- que tiene usted una fortuna en el banco...

Si mi amigo Bastida puede dedicarse al comercio, a la industria o chacarero ¿por qué esto de ser comisario y ponerse a mis órdenes? ¡'ta que no lo acabo de entender, Bastida...

- Ya se lo he dicho, don Rolando, que es mi vocación, desde pibito, el mandar. Sencillamente por eso. Quizá sea un capricho, pero quiero mandar.

- 'ta bien, che. Me vale. Ahí tiene el Reglamento.

Cuando le conozca más o menos de memoria, viene por acá y le incluiré en la nómina de comisarios provinciales.

- Muchas gracias, don Rolando. Muchísimas gracias.

- A usted amigo, a usted, que se ha empeñado en ser mi colaborador y yo gustoso lo acepto, faltaría más.

Llevaba razón el Jefe de Policía. En una semana se puso al corriente Bastida, de todo cuanto ordenaba aquel librito que se titulaba: Reglamento para ser un buen Comisario.

A la semana siguiente acudió al despacho de Rolando Gonzálves el nacido en el valle del Cidacos.

No le preguntó el Jefe qué sabía o qué ignoraba ¿qué más le daba, cuando sabía que todo en el país se llevaba así? Ordenó que le llevaran a su oficina ropa de comisario, y, en seguida, apareció un policía trayéndole pantalón y guerrera, gorra, revolver, camisa caqui y polainas con sus respectivas botas. ¡Hasta rebenque;
- ¡Déjemelo ahí todo, Sarasa; ¡Y, retírese inmediatamente, canejo; (El policía salió como huyendo cual rata por tirante...

Llevándole ante un gran mapa de la República Argentina le dijo, acompañándose con una varita de bambú como si fuese una batuta.

- Vea, amigo. Yo le puedo entregar el mando de ésta comisaría, que está sin comisario, o de ésta que está más orientada hacia el oeste. Elíjame una de ellas, ya que le doy esa opción.

- ¿Cual preferiría usted, Jefe, ya que conoce el terreno y le agradezco en lo que vale la decisión?

- Pues vea, yo ésta de Cochinanga. Es un terreno fértil, buena casa, vivienda, huerta, y hay allí cuatro subalternos que son oro de pura ley ¿sabe?

Cuatro gigantes fieles como bull-dogs.

- Me vale, Jefe. Deme usted ese territorio y su correspondiente mando.

-Eso me gusta, don Bastida. Escuche, y preste mucha atención a lo que le voy a decir. En el trato particular, desde que ya somos paisanos y del cuerpo nos relacionaremos como amigos, pero ¿eh? el servicio es el servicio y la disciplina la disciplina -creo que en el Reglamento lo habrá leído muy claro. Comprenda que yo soy su Jefe, y usted mi subordinado. ¿Lo acepta?

- Lo acepto.

- Pues no se hable más. Y esto mismo han de hacer con usted aquellos números que tenga a sus órdenes o, el servicio será un relajo ¿Entendido?

- Entendido, Jefe.

- Venga mañana para que se lleve sellado el nombramiento y lo presente a los subordinados y autoridades civiles del pueblo.

- Sí señor. Así lo haré.

- Y, de paso, se lleva el arma y la munición correspondiente. ¿Estamos comisario Bastida?

- Estamos en todo conformes. Hasta mañana, Jefe.

Se colocó firme en el centro de la sala y se llevó la mano a la altura de la sien derecha, saludando.

- ¡Hasta mañana, comisario Bastida;

Y el Jefe de la Policía de Jujuy, puesto firme, le saludó correspondiendo a Bastida. Cochinanga ya tenía Comisario. Crisanto Bastida-Crespo, había conseguido si no ser gobernador cuando ganasen los falangistas, sí que ahora, estaba dentro del Peronismo, en una nación que no era la suya, y por "gracia de la dedocracia," había de ejercer de Comisario. ¡Por rín tendría mando y se vestiría de uniforme;

Todo fue hecho en la comisaría de Jujuy, conforme a la ley y al dedo digital de Rolando. Remigio

Bastida, ya estaba acreditado como comisario en la localidad de Cochinanga. Lo primero que hi-

zo en el hotel, fue informarse del terreno y de los pobladores de aquella zona. La tierra era rica

en cereales, ganadería de vacuno, caballar y asnal.

También era rico el subsuelo en minerales. La población era de unas mil almas, y, para el orden de la comisaría, como sabemos, contaba con cuatro agentes que se llamaban: Prudencio Sosa. Sabino Urdanta.

Joaquín Vázquez y Jacinto Olave. Cuatro indiazos fuertes y grandotes como ombús, y más nobles que vicuñas domésticas. En aquellos cuatro hombres cabían todos los defectos y virtudes que tiene el hombre del campo argentino.

Para su servicio tenían aquellos agentes cuatro caballos, un sulky, y un coche descapotable, que sólo podía utilizar el comisario. Bastida en esos días que llevaba en San Salvador de Jujuy, consiguió su carnet de conducir y, hasta se había aficionado más que nunca al mate. Entendía que, esa debilidad, a semejanza de la droga, era hasta obligada su uso en el campo y más siendo comisario, cosa esta que jamás intentó en los años que residió en Chubut, donde, su contacto con el pueblo siempre fue mínimo.

Bien se veía que estaba preparado para ser lo que deseaba desde adolescente: llevar un uniforme con su arma respectiva, para que todos le temieran y obedecieran, condición esta por la que se inicia todo dictador. Al verse uniformado ante el espejo y con

el arma al cinto, le venía a la memoria estampas retrospectivas de cuando niño veía a un guardia civil por las calles de Madrid, y se le iban los ojos detrás de aquel uniforme color lagarto, y de su extraño tricornio de brillo y hule negro...el correa, y la pistola. Y, nada digamos si era un sargento o un oficial con sus estrellas! Pues, ahora, era el /¡casi nada;- comisario de Cochinanga, poblado con terminología muy parecida a Cochinoca, pero, con la diferencia que ésta última población tenía siete veces más de habitantes.

El hombre que ha nacido para ser violento, cuando tiene mando se embrutece mucho más, se cree predestinado para gobernar a las demás criaturas, que las supone casi casi mesnada. Dios y la Santísima Trinidad -si de algo valen- te libre, de caer dentro de su dominio y no servir para vasallo de sus caprichos y prepotencias, porque serás víctima de las veleidades que lleva consigo su jerarquía.

Ya se lo había trazado muy bien durante el viaje y primer día que apacentó en el poblado: "Tengo que dejarme un gran bigotazo, aparentar más gauchaje que ellos, y meter el resuello en el campo a todos. Lo que yo deseaba ser en Madrid y no pude, lo haré acá, y van a saber quién es este gringo llamado Crisanto Bastida-Crespo Arroyo, para ellos, Remigio Bastida.

Al entrar de comisario y viendo que en el despacho sólo había tras del sillón, una pequeña fotografía del Conductor -que así le llaman a Juan Perón- le ha hablado por teléfono a su Jefe en Jujuy para pedirle que le mande con urgencia dos grandes cuadros en el que están los dos esposos, como los tiene él en su despacho.

Rolando Gonzalves le ha dicho que se los enviará con urgencia, felicitándole por tan buena disposición desde su toma en contacto.

Ayer, ha tenido el primer encuentro con una jovencita a la que han llevado detenida a la comisaría los agentes Prudencio Sosa y Jacinto Olave.

Era aquella moza una chinita guapa y fina como flor de azahar; linda y dulce como escarapela y, alegre, como potrillo en albedrío. Por más que, cuando la detuvieron, les aseguraba a los policías, que ella no robó ninguna joyita al tano de Generales, como aquel la acusaba de muy malos modos, asegurándoles que sí la encontró robándole, de ahí que salió a llamar a los agentes y les dijo muy enfadado, mientras la tenía encerrada en el almacén sin dejarla salir:

- Amigo Sosa. Por favore, deténganme a esta chorrita, que yo sé que, la tunanta, me reguelve los anillos de plata en la bandeja e serrín, y me los afa-na. Les juro, agentes, que hoy se me lleva dos o tres. Llénenla por favore delante del comisario y que los eche la muy puerca por donde sea.

- ¿'ta seguro, Spinelli, 'ta seguro, don...?

- 'ta que si lo estoy Sosa, ma qué voy yo a inventar nada. Métanla en cafuga y que el comisario nuevo obre con ella a su gusto, así va conociendo la tropa de uñas largas que tenemos en Cochinanga.

- ¡Vamos, piba; Seguíme ahorita no más, que allí vas a cantar mejor que Carlitos Gardel, delante el comisario Bastida. Vas a saber vos lo que es bueno.

En el antedespacho de Bastida, la tienen colocada entre los dos grandes y moruchos gendarmes y, ella, de vez en cuando, les mira y les hace muecas.

- Señor Comisario...

- Pase, Sosa, pase usted m'hijo.

- Tenemos acá a una chorrita 'e profesión, que le ha robao al tano Spinelli alguna joyita de la tienda, y parece que no la quiere soltar.

- Pásemela para acá y déjenme con ella.

- ¡Andá y vomitala ahí dentro, nena; ¡Chorra;

- El chorro serás voz, chorro y cabrón! (Le guiñó el ojo con picardía y, Sosa, le dio un empujón para que llegara hasta cerca de la mesa del jefe.

- Por favor, dejarle acá y salid otra vez de servicio por el pueblo,

Eso les dijo, pero, una vez cerrada la puerta no se movieron tras de ella, quedándose para escuchar o mirar por la cerradura. Querían ver el proceder del comisario con aquella preciosidad de niña. El uno está mirando agachado por el ojo de la cerradura y, Olave por una grieta que tiene la machimbre; dicen quedo de uno a otro.

- Te juro Sosa, que, el comisario...; Hummm...

- ¿No lo harías vos, si estás en su lugar

- Pues, a lo mejor. ¡Callá, callá y vichemos por los agujeros!

Cuando la niña mestiza vio al comisario Bastida sentado y escribiendo le dijo muy decidida y graciosa como lo era en todo momento.

- Andá, qué comisario más churro tenemos ahorita en Cochinanga... Qué güen mozo, mama mía. Me alegro el haber venido acá, aunque sólo sea pa conocerle...

- ¡Cállese y diga por qué ha robao usted en lo de Spinnelli? ¿No le dá vergüenza ser una chorríta cuando apenas se ha desprendido del pañal y no se le han encarozaos los pechitos?

- ¿Que no...? ¿Que no...? ¿Y esto, comisario qué es, verdurita?...

Al decirlo se echó hacia atrás, tratando de que se le marcaran bien los dos pechos, que les tenía muy lindos, según le obligaba la edad.

- ¡Por favor... por favor...! Se me hace que vos sos un poco atrevida para tan tierna.

- Eso, comisario... asegún cómo se mire. Yo creo que demuestro que soy hembra, y curtida ¿o no...?

- Bueno, bueno... Decime, nena...

- No me llame nena, por favor, don...

- Decime, ¿dónde tenés lo robado?

- ¿Y...? ¿Y...? ¿Yo qué sé...? (Lo decía y sonreía con no poca picardía tratando de probar qué decidía el comisario.

- ¿Vas a consentir que te haga una revisión palpando acá mismo? Mirá que lo puedo hacer. Que te palpo tuito el cuerpo, por arriba...por abajo...por todo ¿entendés?

--¿Y...? Si lo desea el comisario... Yo no me puedo oponer... Usté es la autoridad.

- ¿Me sonreís, eh? ¡Pues, vamos a ello;

Al verle decidido a revisarle el cuerpo, llena de gracia y mímica, se echó las manos a los pechos como defendiéndoles, y, al mismo tiempo demostrando que allí podía estar lo robado.

- ¡Fijate, fijate, Sosa, que ahorita viene lo lindo;

- ¡Callate, Olave, que nos pueden oír;

- Mirá nena, que te saco lo que has robado, como me llamo Remigio ¿entendés?
- ¿Remigio se llama usté?... No me gusta el nombre, comisario. No es lindo.
- ¡¡Cállese!! Mirá que voy a la fija y no me vas a acobardar por más tuna que seás!
- ¿Sí? ¿Sí? Pues venga, comisario ¡Métale no má; Y se agarraba los pechos llena de picardía y voluntuosidad, ahora, hasta sonriendo con gracejo.
- Mirá che. Eres una tunanta, una rea, pero, no te ha de valer. Y no me des guerra ¿oís? Mirá que te mando azotar espalda, pecho y, hasta la colita...
- Espere, yo le pregunto ¿puede el señor comisario meter su mano en mis tetas? ¿Lo permite la ley?
- ¡Lo ordeno yo, lo ejecuto yo y se acabó! ¡Quítese el vestido ahorita mismo! ¡Vamos! ¡Fuera esa ropa!
- Es...que...que no tengo nada debajo, comisario...
- ¿Tendrá bombacha, digo yo...? ¿O no...?
- Eso sí, ¿a ver qué se ha creído que es una? Faltaría más, señor comisario...
- ¡Pues sáquese el vestidito, vamos!
- Mirá, mirá, Sosa. Fijate bien, che. Prestá atención que se va a quedar la pibita en pelotas, che...
- La veo Olave, la veo. ¡Que lo parió, che, qué suertudo es el Bastida este...! ¡Qué envidia me dá, canejo!
- ¡Mirá, mirá vos ahora! ¡Se quedó en bombacha, Sosa!
- ¡Callá, callá, carajo que nos puede oír el comisario!
- ¡Que lo parió! Cuánto diera yo por estar en el pellejo de don Remigio, che; Mirá, y no te retirés.

- Yo también daba algo por ser comisario en ese lance.
- Miremos, miremos.

Airosa y llena de gracia, demostrando un falso pudor, se sacó el vestidito de percal por la cabeza y quedó con el sujetador y una pequeña bombachita.

Pronto vio Bastida que, dentro del sujetador estaba el producto del hurto, y ella misma lo denunciaba colocándose los cuencos de las manos encima. Se fue hacia ella decidido.

- ¿Me va a meter la mano, comisario?

- ¡Ya lo vas a ver, atorranta!

Metió la mano lleno de nerviosismo y tropezaron sus dedos con unos pezones que estaban erectos y llenos de calor por el abrigo del sostén y, porque la situación les obligaba.

Mireya, la chinita, la linda mozueta nacida en Tilcara, dio un fingido sobresalto y le miraba llena de curiosidad y resignación esperando qué resolvía hacer el comisario. Aún no había sacado la mano del guardado botín cuando le dijo ella muy quedo.

- ¿Quiere que me baje la bombacha, comisario? ¿Le apetece?

- ¡Cállese! ;Lo estoy haciendo esto por ser usted una cabeza dura y una reíta de mucho cuidado...! ¿Ves?

¿Has visto cómo guardabas acá lo robado? ¿Has visto?

- He visto que, al señor comisario le apetece no poco meter las manos donde no debe para acariciarme las tetas. ¿A que sí?

- No me comprometés, niña, no me comprometés. Yo sólo he hecho lo que corresponde a mi cargo.

- No se preocupe, que yo nada diré.
- ¿Cómo te llamás? ...¿Te he dicho, pendeja, cómo te llamás?...
- Mireya Flores.
- Eres muy linda. Eres como un chiche. Mireya, Mireya... Lindo nombre te pusieron en la pila del bautismo. Andá, colocate el vestido y dejá acá las sortijas para devolvérselas al dueño.
- ¿Me castigará, comisario?
- No. Por esta vez no. Me has caído bien. Andá y no digás nada de esto ¿me oís? Se le devolverán las sortijas al tano y no me lo volvá a repetir ¿Has oído?
- ¿Y si quiero venir acá, aunque sólo sea para sacarme el vestido otra vez, me lo permite?
- ¡Eso no será acá, Mireya, eso no será acá!
- Pues me lo quitaré donde al comisario más le agrade... y si es en el campo, mucho más lindo ¿a que sí?... Como las bestias que son las que hacen las cosas como Dios lo mandó a los cristianos. ¿Verdad que sí, comisario?
- Salí, salí de acá, Mireya y no me provoqués más, por favor... salí, nena. Soy comisario nuevo y no quiero tener líos con el personal.

Bastida, acompañó a la chinita linda, hasta la puerta, y, aquella jovencita, volviéndose rápida, le dió un beso apasionado en los labios, antes de que reaccionara Bastida, dándole las gracias llena de ilusión y picardía. Cuando salió a la calle comenzó a correr como una colegiala, que más años no tenía Mireya.

Un comisario, al mando de un pueblo como Cochinanga, tiene que hacer de todo. Desde que marchó a Buenos Aires, hacía cuatro semanas, el comisario Rómulo Bonafini, Cochinanga estaba como falto de protección; huérfanos de sombra benefactora; igual que casa sin padre o, hacienda sin dueño. Llegó el comisario Bastida-Crespo y la tranquilidad se percibía en el ambiente. Ya tenían jefe ;Y qué jefe;

Ya tenían a quién recurrir ante cualquier necesidad que el vivir deparase: Robos, riñas, accidentes, festividades, testimonios, lo que fuera. Allí había un hombre que ejercía el poder militar y hacía cumplir la ley con sus cuatro esbirros. Debido a esa férrea actitud, en Cochinanga ya se podía dormir a pata ancha.

Ha venido a la comisaría corriendo como un venado, una mujer joven del barrio Cantarranas, que es el poblado más mísero de Cochinanga, allí donde no existe río ni desnivel y, el agua de las piletas y urinarios sale a la calle y acaba evaporándose por la fuerza del clima; allí donde los patos, gallinas, chanchos y saponarias, revuelven lodo y hacen que apesten más y más los desperdicios vegetales; las vísceras de las aves sacrificadas; las gusarapas y las materias fecales. Aquel barrio de latas y cartón, donde abunda la miseria, las enfermedades y la degeneración, producto del hambre y de la incultura, era todo como una interminable cloaca.

La moza, ha llamado al comisario para que acuda corriendo al barrio, porque, allí, cerca de su rancho, ha habido un gran crimen. Tras de darle las señas y decir el nombre del dueño, acudirá Bastida acompañado del "negro" Urdanta, los dos con sus caballos.

- Vení, negro. Acompañame, que vamos a ver qué mazamorra han hecho en Cantarranas.

Cuando van por las calles de tierra con sus trajes color café con leche, las gorras de plato, las polainas, los zapatones metidos en los estribos y el arma a la cintura, montados sobre dos poderosos caballos, no hay mujer ni hombre que no les salude. Eso, a Bastida, es lo que más le enorgullece, hasta diríamos que le desarma la fiera voluntad. Así, es como oyen decir, por donde quiera que pasan:

- ¡Adiós, comisario; ...

- ¡Buen día, comisario;...

- ¡ta, qu'es guapo nuestro comisario; ¡Mirá negra, qué pinta e prócer tiene el nuevo comisario...

Así, así, les oía decir siempre cuando pasaba frente a sus ranchitos montado en un caballo, a semejanza del general don José de San Martín. El camino lo hacían, como casi siempre, por las calles Rivadavia, Belgrano y Caseros, hasta llegar al suburbio donde aquellas casuchas, levantadas una aquí y otra más allá, no guardaban orden ni marcaban camino. Menos tenían titulación calles ni casas. ¿Pero qué habían de tener, si, ni la placa del número había dónde clavarla; Aquellas eran taperas -en el decir criollo- donde vivían como lauchas aquellas pobres criaturas que en todo pueblo y ciudad son desecho humano, estrato maldecido.

A la entrada de la tapera, había más de veinte personas que hacían mil comentarios sobre lo sucedido.

Cuando bajó Bastida del caballo, de mala manera se abrió paso entre aquellos pobres Cristos que tanto admiraban como temían a la autoridad. Penetró en la pobre vivienda donde había, en lo que figuraba ser cocina-comedor, un hombre sentado con la cabeza entre las manos. Se detuvo Bastida, le miró unos segundos, pero el hombre no levantó cabeza, lloraba y lloraba sin consuelo. Sin decir palabra, miró a la otra habitación, que era única vivienda y en ella vio que había una mujer como de veinte años tendida encima del camastro, con una corona de flores rodeándole la cabeza y un Cristo agarrado entre las manos, toda ella cubierta de negro. Por el suelo, arrodilladas, estaban más de una docena de vecinas con velas encendidas entre las manos, las cabezas penduleando y rezando a coro:

"Señor que todo pecado has creao

y del pecado nos salvas

apiádate de esta alma

y llevátela a tu lao.

Tata que todo gobiernas

y nunca estás retobao,

dale vida eterna a Cuqui

y llevátela a tu lao,

y llevátela a tu lao...

y llevátela a tu lao..."

Cuando le pareció que habían terminado, les dijo Bastida colocado en el centro de la puerta.

- ¡ Baasta; ; ¡Silencio; ; Alto ya de rezos;

Todas las rezadoras callaron.

¡Fuera; ;Fuera, todas de éste santuario, y háganme entrar e ese negro llorón que moquea en la cocina; (Agarrando a una de ellas le dice: ¡ Esperá, esperá un poco vos, y decime ¿Quién de ustedes es la familia más allegada de ésa mujer que ahí yace?

- Yo, comisario, yo. Somo hermana e madre...

- Pues quedate vos y que salgan fuera todas estas rezadoras al cuete. ¡Vamos, rápido; Negro, achámelas a cien metros del ranchito a todas estas cucarachas...!

¡Fuera, carajo, fuera, que huele que apesta este tugurio; Urdanta, sacalas a puro empujón, que se quieren llevar a la fiambre en sus ojos...! ¡Que las tiró, si son como abejorros;

Las mujeres, salían tan suavemente que ni se les notaba, y miraban hacia la cama sin cesar de rezarle y de santiguarse. Por fin se quedó solo Bastida con aquella mujer, aparentemente la más joven del coro.

- Decime, qué pasó acá, pero, ojo, ¿entendés? ¡Mucho ojo que no quiero tramperíos ni macanas! Hablame como si estuvieses ante ese de la Cruz que tiene la muerta.

- Si, comisario, le juro que diré tuita la verdá.

- ¡Ay de tí si me trampías...! (Apareció Urdanta en la puerta y le dice Bastida:

- Negro, apuntá en la libreta lo que vaya soltando esta mujer. No me saltiés nada, negro, que todo ha de ser para enviarlo al Jefe. ¿Cómo te llamás?

- Luján.

- ¿Qué más?

- Nada más. Bueno, mi mamá se llamaba Garrido...

- Ya vale. Bien veo que seguís emparejando como los pájaros y las bestias, sin juez y sin lo sagrado. Muchos rezos al morir y, el vivir... a lo libre, a lo comunista libertario. ¿Escribiste, negro?: Luján Garrido. Es hermana de madre de... ¿De? ¿Cómo se llama ésa que ni oye ni ve?
- Cuqui Garrido.
- Escribílo, negro, no no, esperá ¿Qué es eso de Cuqui? ¿Eso no se puede poner en el informe; ¿Cómo es el nombre de esa cristiana?
- Asunción.
- Poné, Asunción Garrido, Urdanta.
- Sí, comisario.
- ¿Y...? ¿Qué pasó acá? ¿Qué es lo que pasó, acá?
- Pasó que, el hombre que está ajuera, el padraastro de nosotras, llevaba un año junto a nuestra madre ¿sabe? y, parece que se cansó de mamá... El guarro, tomó metejón con Cuqui y, Cuqui, andaba medio prendada de Rufino, el hermano de Aurelio, el hijo el tendero de la calle Belgrano ¿sabe? El gaita e Lalín, que se le sabe llamar...
- No anotés, negro, que esto es un embrollo, un puro jeroglífico. Esperá a que la cosa se aclare. ¿Dónde está la mamá de ustedes? ¿Qué fue de ella?...
- Dicen, señor comisario, dicen, que no se le ve por acá desde hace una semana larga.
- ¿Y, por qué estaba esa mujer en la cama?
- ¡Ah! Dice doña Petrona, la echadora de cartas, la pitonisa -pa que me entienda, que es vecina y está ajuera- que le mandó venir ayer a mi hermana el hombre, porque quería dejar arreglao algo que te-

nía pendiente con nuestra mamá, y, la pobre Cuqui, que mucho le temía al hombre, vino a la trampa y, pobrecita mía, en ella cayó. Estaba namorao de ella ¿sabe? Es un tipo puerco, detestable, una porquería, señor comisario... Y mi hermana véala, tendida y sin espíritu... ¡ta en cuja... ¡ta en cuja...!

- ¡No me llores más, carajo! ¿Anotaste todo, negro?

- Sí, comisario. Puede seguir el interrogatorio.

- Salgamos afuera y haceme entrar otra vez acá a ese coro de plañideras, por si de algo le valen a ésa pobre mujer los rezos. Si lo querés, despédite vos de la muerta y del Cristo, negro, te lo digo por si te apetece.

El policía, saludó, poniéndose firme, a los que estaban fríos como tablas sobre la cama, y salieron, de aquel cuchitril con olor a cera y a mugre.

Cuando se quedaron solos con el llorón, le dijo el comisario con voz fuerte y gesto de pocos amigos.

- ¡Usted, a usted le digo, levante la cabeza y póngase de pie;

El indio no hizo caso. Bastida le agarró del pelo duro, negro y laso, talmente como crin de caballo y le hizo elevar la cabeza mirando al techo, como lo hubiera hecho con un muñeco de ventrílocuo.

- ¿No me has oído, carajo? ¡Firme ahí y quítese esos mocos y babas, guaso e mierda! ¿Qué le ha hecho usted a Cuqui?

- Nada. Yo nada, se lo juro. ¡Nada!

- ¡Cállese! No me diga trampas que no le van a valer, cabrón! (Acabar de decirlo y pegarle un puñetazo en el carrillo izquierdo fue todo uno. Otro le pe-

gó en la boca que le hizo saltar un diente y sangrar del labio superior. El indio se encogió de dolor y se echó la mano a la boca.

- ¡Quita esa mano de ahí; ¡Fuera esa mano;

- M'a roto un diente...

- No te roto nada.

Sacó el revólver y poniéndoselo a una cuarta del pecho le dijo.

- ¡Trágatelo; ¡Trágatelo, o te tragás una bala; ¡Y lo mismo la sangre; ¡Chupate esa sangre, cabrón;

El indio, paciéntemente, tuvo que hacer aquello que le mandaba aquel hombre que parecía nacido de un dragón o de una nube llena de rayos y piedra.

- ¡Usted es un criminal; ¡Usted mató a esa mujer;

- No... ¡No; ¡Yo no la maté;

Desde la habitación de la muerta salían las voces a coro de las plañideras. Algunas de ellas hasta lloraban, cuando escuchaban los gritos del comisario y los gemidos del indio.

-- ¡No me grite, por favor, que acá, el que grita soy yo; Esa mujer está muerta. Usted la mató.

- No. Se murió ella solita. Ella solita. ¡Lo juro;

¡Lo juro, señor comisario; Si yo la mato hubiéa salido fuído, lejos de acá... ¡Murió solita...

- ¡Levántese de ahí y no se me arrodille, maula;

Nuevo puñetazo, ahora en el pecho.

- Negro. Ponele los fierros que le vamos a llevar a la comisaría. Después, te largás a lo del médico y que venga para analizar el cadáver. ¡Vamos, camine usted, pedazo bestia; Lo vamos a llevar entre los caballos, Urdanta.

- No... no... Yo quiero estar a su lado. Yo no quiero dejarla sola, comisario...
- ¡Sacámelo a patadas, negro, y que vaya a llorar a Mongo Aurelio! Metele leña a este llorón y colocáale la soga bien larga. ¡Mirá indio asqueroso, a vos, te lo juro que te voy a mandar pa toda tu vida al penal de Ushuaía, en cuantito nos confirme el médico que hubo violencia!
- Cuqui, padecía del corazón, comisario, estaba enfermita. Se lo juro.
- ¿Del corazón, eh? ¡Y vos de la poronga, indio repugnante; Metele caña, negro, y que vaya entre los caballos al trote, atado como un venao!

Era de pena ver a los dos caballos galopando sobre la tierra y al pobre indio atado de manos. Una soga iba hasta la silla del negro Urdanta, y, la otra punta amarrada a la del jaco del comisario. Entre una nube de polvo, ante las miradas silenciosas de las pobres gentes de aquella humilde población, llevan detenido y atado al indio, haciéndole correr entre las patas de las bestias, descalzo; el pantalón roto y llorando en recuerdo de aquella pobre Cuqui, a la que de verdad quería como a una hija y nadie sabía entenderlo, cuanto menos comprender lo que allí había pasado.

Cuando ya tenía fija la residencia Bastida en aquella localidad. Cuando, desde hacía más de un mes vivía en la casa que tenía la comisaría para servicio de aquella autoridad, escribió una carta a sus padres en Madrid. Quería saber detalles sobre sus vidas, ya que

nunca jamás le habían contestado a tres cartas anteriores mandadas del Sur, donde tantos años había vivido.

Pasaron más de dos meses desde que envió la carta hasta que, un día, recibió el escrito de un tal Pascual Escosura, que parece era el actual dueño de la casa en la calle Ministriles, diciéndole que, su padre, según datos que oyó a los vecinos, había sido fusilado en septiembre de 1936 y, su madre, parece que había muerto cuatro años más tarde en el Hospital de la Cruz Roja de Madrid.

Por primera vez quizá en su vida, le resbalaron unas lágrimas por las mejillas de Crisanto, y volvieron a su memoria muchas cosas que ya las tenía casi casi olvidadas. El hombre más bestia, cuando le dan noticias como aquéllas sobre el triste destino de sus padres ¿qué menos puede hacer que llorar?

Ese fue el único y último homenaje de recuerdo que podía dedicarle a sus creadores.

Cuando volvió al momento actual que vivía y se vio la ropa de comisario, se dijo: "Así que, como ves, comisario, soy conde... Si mi padre no vive por haberle matado aquellos hijos de puta a los que yo combatí, el título es mío. Soy conde de La Peñuela. Bueno pero ¿de qué me sirve este título en Cochínanga, en un país republicano donde es más estimado un don, un señor, bien adjetivado que un marqués o un duque? Estos cabrones argentinos han perdido todo lo bueno que les dejamos en herencia.

Pero, yo os digo, que os voy a joder, porque seguiré trampeando mi origen y llevando un cargo de co-

misario que sólo puede ostentarlo el hijo del país.

En eso estaba, cuando entró a la oficina el "malandra" Vázquez, para decirle:

- Comisario. Ya tenemos la camini a punto, y está linda como siempre.

La caamini o camini, era la yerba mate.

- Ahorita mismo entro, Vázquez. Rompió la carta en mil pedazos, y se guardó bien fijas en la memoria las noticias recibidas desde el lejano Madrid de su juventud.

En el salón donde tenían los policías la cocina y sobre el fogón un calentador Plimus encendido, sobre el que descansaba en la parrilla la pava de agua caliente, estaban sentados los cuatro agentes de Cochinanga, esperando a que saliera su jefe para comenzar la ronda de mate sin saltarse a uno de los milicos.

Encima de una pequeña mesita, había una bandeja con medias-lunas, bolas de fraile, palmeritas, y bollos de leche, que es lo que desde hace muchos años - y no sabemos el por qué- se le denomina "factura".

Los cuatro mestizos de indio y española o viceversa, e incluso pura raza india, venidos de los guaraníes, maticos o calchaquies, tribus que eran oriundas de esos territorios, se dedicaron pacientemente a tomar los mates de yerba paraguaya, que se dice es la mejor de todas las conocidas.

Los cuatro polis tenían sus apodos, norma esta que es muy frecuente en Argentina, la que para mayor goce o cursilería, la ponen los propios familiares del neófito desde que le ven nacer, hablar, o caminar.

A Sosa, le llamaban "el chino".

A Urdanta, "el negro". A Vázquez -comunmente Vázque o, Vasque, sabido es que en toda la República Argentina se pronuncia la ce con ese, pero que, aquí nosotros la hemos querido omitir-, decíamos que, a Vázquez le llamaban "el malandra", y, a Olave, "curdela".

Se llevó la conversación a la mujer del policía Urdanta "la morocha", que parece le había mordido una víbora. Olave, que mucho sabía como buen indio de estas cosas, y que se las daba hasta de mano-santa, le dijo a su compañero, pero muy en serio.

- Che, mirá lo que te digo y lo debés hacer. Buscá un sapo y, vivito, ¿oiste? vivito, lo abrís en cruz por el lomo, y le colocás el interior sobre la ponzoña ¿me entendés?...

- Andá, andá "curdela", dejate de macanear... ¿Vos te lo creés eso? ¿En verdá que te lo creés...?

- Ponele la firma, viejo. No hay enemigo más pior pa la víbora que el sapo. Mirá que te lo cuente: El muy tuno, cuando la víbora duerme de noche, le hace una regada de babas en círculo y, a seguidito, comienza su milonga de canturreo ¿sabés pa'qué? Pa despertarla... ¡Ah, tuno! La rastrera, se dispier-ta, quiere caminar... y no puede pasar el cerco de babas que le echó el sapo audaz, y acaba matándose contra el suelo. ¿Viste lo que son las alimañas?

Ya te lo digo: ponéle la piel de sapo hasta que le críe gusarapos, y ya verás que es remedio como de mano santa. Lo he visto mil y mil veces.

- ¡'ta que sabe cosas lindas Olave! Tomá, que está rico el cimarrón y te lo has ganao, che.

Curdela, sacó la lengua larga y blanca como es-

ponja empapada en espuma de jabón; talmente como para enseñársela al médico cuando se tiene fiebre y el cuerpo con diarreas... Colocó sobre ella la bombilla, repujada en oro, y con la negra y bien agarrada calabaza -o yerbera- en la que aún se podían apreciar las manos entrelazadas y el rojo gorro frigio republicano, comenzó el agente a subcionar, mientras sus largos y negros dedos abarcaban el recipiente con todo cariño.

- ¿Oyen ustedes lo que está cantando en el patio? ¿Le oye usted, comisario?

- Sí que oigo cantar, pero no sé qué es, parece como un niño que llora.

Lo quería contar "el chino" pero, fue Olave quien le dijo

- Como un niño, ansina es, comisario. Es el urután. ¿Sabe por qué llora comisario? ¿A que no?

- Pues no.

- Porque enantes fue persona talmente como nosotros, pero que, en la Judea 'e Cristo, se negó a visitar al Niño Dios en el Pesebre ¿sabe? y, desde entonces, llora arrepentido 'e su proceder ¡'jo puta; Y lo hace desde noviembre hasta enero.

- Muy curioso.

- Verdadero, comisario, verdadero. ¡Ay, si le oyera nuestro comisario contar a "curdela" rilaciones de pájaros;

Se sabe tuitas, tuitas... y qué rilaciones mama mía...!

La del curupí es linda, macanuda, Contala, che, contala.

- ¿Cómo es el curupí, "curdela"?

- ¡Oh; ¡Oh; El curupí ¡Que lo tiró don Bastida;... Le digo y creameló, que tiene la cara overa...es forta-

cho como un león y, según el tiempo, se hace el petiso o el grandote. Anda por la selva, a veces a cuatro patas y, vea, tiene un órgano tan largo tan largo y ágil, que, igual te enlaza y te ahoga, como te vuelca como con bolidoras... Es, se lo aseguro, perseguidor de hembras, y, le jura "curdela", que ha visto a más de cuatro, que dieron en locas al verlo con semejante jeta y; dios me libre qué órgano;

Yo, créame, les volví a la razón, comisario, se lo puedo asegurar. Aún tenían en el cuello marcadas, las huellas del órgano... Tenía que ser, -ese yo no lo he visto, pero tenía que ser- como la manguera de los bomberos, palabra, comisario.

Acabando el mate y terminando las facturas estaban cuando llegó a la comisaría el "beato" Venancio Garrán, quien preguntó si estaba el jefe.

- Pase, pase usted para acá, don Venancio.

Entró el viejo, que llevaba una gran cruz de plata sobre la solapa y le dijo a Bastida.

- Comisario. Vengo a decirle a usted que, en Rivadavia 33, está el que acá llamamos "Lenín". Si le interesa cazarle allí está.

- ¡Ajá! ¿Qué más?

- Me han dicho, que ha venido medio huido de Salta, después de haber hecho allí lo que acostumbra el muy ladino

- ¿Quién es "Lenín", Sosa?

- Un comunista, llamado Santiago Peña, que le tenemos prohibido residir en Cochinanga, porque, el tipo, que es no poco hábil y parlanchín, nos solivianta a la juventú.

- ¿Qué más se sabe de ese tipejo...?

- Yo se lo digo, comisario -dijo el "beato". Todos los que sabemos cuánto train de malo esas políticas que lleva el "Lenin," 'tamos bien seguros que, en una algariada, mató a un hombre que era critiano como el que más. Aquel pobre hombre, ayudaba al sacerdote en sus oficios divinos.

- ¿Así que comunista, eh? Pues, nos vamos a ver. Ya lo creo que nos vamos a ver... ¡Vayan a por el los cuatro, y traiganmelo esposado; ¡Vayan no más y con toda urgencia, pero no a pie, sino con caballos;

- Sí, comisario. -dijeron los cuatro y salieron como huídos, colocándose las guerreras, abrochándose los cinturones y mirando a ver si estaban dispuestas las armas. Montados en sus cuatro caballos -dos zainos, y dos con marcadas señales de caretos- van los cuatro hombres como cuatro reseros; como los cuatro jinetes del apocalipsis. Por las calles de tierra, van los cuatro hombres haciendo sonar las bridas, las espuelas, y sus fierros colgados de los cinturones. La gente que les ve pasar tiemblan, porque saben que no van para organizar la carrera de la sartija.

Desde lejos, cubiertos por la tierra que levantan los dieciseis cascos; charquiados por el sol, van una docena de chiquillos de raza tope, como diría el gaucho, "ispiando por ver dónde es la riunión de los agentes"

Antes de media hora, le traían preso y con las manos sujetadas con aquellos fierros hierros que les llaman -no lo sé por qué- esposas... Entre los cuatro caballos venía atado de manos Santiago Peña, el hombre que buscaba mayor justicia social en la tierra.

El hombre bueno, al que los ciegos nacionalistas y los beatos, le tildaban de rojo y de malevo, porque les enseñaba a los trabajadores a saber defenderse contra la tiranía del patrón chacarero. El hombre culto y libre que sabía escribir poesías, que dedicaba al pobre que nada tenía porque se lo habían robado los malos hermanos igual que caínes. El que le cantaba a la china ignorante, que la engañaban en las milongas organizadas en el tambo o la enramada, y le encajaban cada año un hijo, y ella, jamás sabía quién era su padre. Todos la llenaban de babas y de miseria, pero la pobre india concebía hijos como las higueras fruto... Aquel hombre era peligroso porque intentaba abrirle los ojos al indio analfabeto, el que, en cuatro siglos de doctrina, sólo aprendió a rezar y a temer a un Dios que, desde arriba le vigilaba de día y de noche, para seguirle los pasos y la lengua. ¡Ay de él si se le ocurría maldecir a los santos y a los religiosos; ¡Ay, de él si criticaba a los milicos, que eran los padres de la patria; ¡Ay, de él si no obedecía al poderoso rico que era el amparador de la fe; ¡Al fuego eterno; ¡Al infierno por traidor y desobedecer la palabra divina;

- Señor comisario. Acá le traemos al Lenin.

- Pasen, pasen dos con él y, los otros dos, vayan a seguir con su ronda vigilando bien, no haya otros conchabados con el comunista.

Santiago Peña, era un hombre flaco, muy flaco, con marcadas arrugas en la frente y carrillos. Tenía ojos profundos y muy despiertos. El pelo largo y

despeinado. La nariz aguileña y el caminar lo hacía un poco encorvado de hombros, como pesándole las injusticias que había visto siempre por su tierra. Su edad podía andar con los años que corrían del siglo. Era hombre culto tanto como holgazán -según voz pópuli- y también pendenciero, según creencia de los paisanos que no entendían sus nobles ideales.

- Aquí tiene al comunista, comisario.

Con las muñecas aprisionadas por las esposas, estaba Peña firme, muy firme en el centro de la sala.

Bastida, apenas si en principio intentó mirarle porque viera el Lenin, que era para el despreciable, pero, después de unos segundos de silencio, se le acercó y le echó la vista encima, una vista que despedía odio guardado dentro de aquella cabeza durante muchos años y que se le acrecentó al saber la muerte de su padre.

- ¡No se me retiren, y me van a decir el proceder de éste hombre durante los últimos años, ya que yo no le conozco;

Allí fue cuando habló Santiago Peña.

- Se lo puedo decir yo, comisario, yo mismo, ya que pe-
- los en la lengua no tengo ni delitos tampoco. Como mordaza, sus esbirros aún no me han puesto, yo se lo puedo decir.

- ¡No me venga chuleando que se la puedo poner;;

- Seguramente, comisario... seguramente. No lo dudo.

- ¡¡Cállese;;

- ¡No me dá la gana; Tengo derecho a expresar mi opinión. Soy ciudadano libre y me ampara la Constitución.

- ¡Y yo soy libre para pegarle una patada en los testículos;;
;;Mírela;

- ¡Ay; ¡Ay; ¡Cabrón; (Y se encogió lleno de dolor mientras que Bastida reía a carcajadas) Ya estaba informado de su crueldad...

- ¡Pegarle diez lonjazos cada uno, Sosa; pero, antes, decíme, ¿qué hizo este rojo para que sea señalado como peligroso? ; Lo último, quiero saber lo último.!

- Lo último fue, quemar los retratos de Perón y Evita, en la Plaza 9 de Julio, comisario.

- ¿Con qué razón hiciste eso, eh? ¿Con qué razón, hijo de mil putas;

- Porque nos ha prohibido el partido, y ^{tiene} presos a nuestros directivos en Buenos Aires.

- ¿Así que eres un bravo comunista? ¿Un bravo comunista que demuestra sus turmas ante unas fotograffias...?

- Lo soy. Lo seré siempre. Soy comunista, pero adoro la paz y jamás pego a un semejante, y menos, atado...

- ¡Cállate, malevo; (Nueva patada en el bajo vientre)

¡Tú eres un peligro social.;; Una alimaña roja;;

- Y tú, comisario, un hijo de puta;

Al oír aquella respuesta, le pegó un puñetazo en la cara que le tiró contra la pared.

- ¡Tú eres un cabronazo como aquellos compañeros tuyos que destrozaron España.!. Los que se dedicaron a quemar iglesias y conventos.!. Los que querían vender la patria a Muscú.!

- Y tú eres de los que han dejado a España sin trabajadores, porque a todos los han fusilado en cunetas y barrancos; Ya veo que el comisario es un nazi y un fascista como el cabronazo del Caudillo...

- ¿Qué sabes tú de eso, qué sabrás tú de eso?...

Y al decirlo se le acercó hasta la cara amena-

zándole) ¿Qué sabes tú lo que ha pasado allí?

- ¡Yo sé esto, esto; (Y le escupió a la cara con toda su rabia y decisión aun a costa de saber que le podía costar muy caro.

- ¡¡Sosa!! ¡La picana!! ¡Meterle la picana hasta que me pida perdón, a mí, al Presidente y a la Señora del Presidente; ¡Meterlo ahí, poned la radio a todo volumen, y picana hasta que se harte!! ¡Hasta que se harte o muera en ella; ¡Esto es peor que una mala víbora, y hay que eliminarles como sea;

- ¡Hijo de puta!! ¿Así quieres tú ganarte al pueblo, eh? ¿Eres tú, comisario, de los que hablan de fe y de Cristo? ¡Porquería!! ¡Verdugo!!

Sosa, que estaba próximo a Peña, le pegó un puñetazo en la boca y le tiró contra un rincón.

- Haced lo que os he dicho.' Yo voy a lo de doña Adeline Cano. Si me precisáis, allí estaré. ¡Chao; Y no temáis al gasto de luz...

- Chao, comisario. Ayúdame Urdanta, que le vamos a tostar las bolidoras a este defensor de la hoz y el martillo.

- Pobres hombres... Qué pobrecitos hombres tiene el país Ganan unas chauchas y se creen Anchorena... Me dais lástima, milicos, verdugos del que os manda... Lacayos.... Porquería...

- Tapale la boca, Sosa, que este atorrante se nos ensucia en nuestras madres.' ¡Tapásela como sea;

Vivía Adelina Cano, en una de las mejores casas del pueblo. ¿Quién era esa Adelina Cano? La viuda de Rufino Fieravanti, un hijo de italianos que, en unión de otros socios, se metió en la explotación de plata, en mina "El Yacaré", y, al que, un día, sin saber causa ni enfermedad, lo trajeron muerto desde Salta, a cuya ciudad había ido, según se dijo, por cosa de negocios para su empresa: "Explotadora de Minas El Yacaré", que así se llamaba y se sigue llamando.

Por el pueblo se oyeron las cosas más extrañas sobre aquel suceso, pero, poco a poco, como ocurre siempre, todo con el tiempo quedó olvidado y, Adelina, que tenía treinta y ocho años, vivía llena de vanidad, y de comodidades. Era la viuda rica de Cochinanga; la envidiada por muchas familias.

Hace poco más de tres meses, intimidaron la viuda y el comisario con motivo de unas fiestas habidas en Jujuy, a las que fueron invitados por Rolando Gonzálves. ¿En qué hicieron el viaje? Pues, en lo más cómodo que cabía hacerlo: en el coche Fiat de la comisaría. Aquel largo viaje, la estaba en la capital durante cuatro días, y el regreso, les hizo crear una amistad que, día tras día tomaba mayor temperatura.

Ha ido Remigio a casa de Adelina y, la joven-cita criada mestiza que tenía la viuda, le he hecho entrar al comisario.

- ¡Hola, hola, Rosita.... ¿Cómo sigue la bella mucha-

chita...? ¿Cómo le va, linda...?

- ¿Y...? ¿Ya lo vé, don Remigio...ya lo ve...? Esperando, esperando...

- ¡ta madre, que son sonsoz los mozos de este país, que teniendo una guapa moza como vos, han de estar mirando a las musarañas, o, metidos en bailongos donde acude el sucio mujeriego? Bien se ve que no baqueanos...

- Ya lo ve comisario... ¿Qué puedo hacer yo, no? ¿No me voy a sulevar...

- ¡Ni te lo permito, che! Mirá que te meto entre rejas... Que tengo ganas de encanar a una piba como vos, por tener el placer de verla a tuitas horas...

- ¡Ah, comisario... qué flores cría su cabeza más lindas.

- ¿Está por adentro la amita, verdad?

- En el vivero la tiene usté, está poniéndole agua en las piletas a los loros pa que se bañen.

- Pues allá voy yo, Rosita, que me ha de confundir con una cacaatúa.

Una vez más se juntaron los dos enamorados. Se dieron unos besos apasionados y, por la trasera de la casa, donde estaba la huerta jardín y viveros, con los dos grandes perros pastores alemanes como guardianes, entraron en la vivienda, que, en esa parte tenía una preciosa cristalera de colores y, tras de ella, en el suelo de mármol, una fuente con finísimo surtidor y un circular estanquecito como acuario, adornado con bellos mosaicos estilo mudéjar.

Tomaron un refrigerio que les sirvió Rosita, cuando el sol se ponía sobre tierras del Brasil y la inmensidad del Océano Atlántico.

Había acudido tantas y tantas tardes como aque-

lla que, Rogelio en la casa era pues, como el propio patrón. Una vez más, como se lo había dicho no pocas veces vino a decirle a la viuda que, anhelaba desenmascarar aquella turbia acción en la que se figuraba sin lugar a dudas, que, a su amada Adelina, le habían hecho una estafa eliminándole previamente al marido. Esto para el, que tenía torcidas intenciones, lo veía tan claro, tan lógico, como si lo hubiera hecho el, pues entraba el juego dentro de sus cábalas. Adelina, una vez más le dijo que no removiera nada; que aquello era cosa perdida y no tenía deseos de saber nada más. Pero, esa tarde estaba más terco que nunca, y Adelina, acabó por decirle que suya era la decisión. Ella le dejaba obrar como quisiera, para eso contaba con su poder. La amistad de ambos era grande, tanto, que era la única persona que por amistad compartida, le había contado toda la verdad de su vivir. Día tras día, al estar más y más apasionado por ella, le fue soltando cuanto llevaba guardado desde niño, y lo tramado desde 1936. La viuda, que ya conocía aquel vivir como suyo, todo el anónimo para el resto de los mortales, hoy, mientras tomaban una Quilmes negra le ha dicho sonriendo.

- ¿Sabe el señor conde de La Peñuela, que quizá... quizá... puede tener un heredero argentino al que daremos ese título?

- ¿Sí? ¿Pero qué me dices, che, qué me dices?... ¿Es verdad eso, Adelina? ¿Es verdad, vida mía?

¿No me mientes? ¡Ay, madre qué alegría;

- Sí, Remigio, si, no lo dudo. Llevo unos días que



Lámina XVII. — CARLOS RIPAMONTE: *El baqueano*.

(Museo Nacional de Bellas Artes)

me molestan terriblemente el olor a fritos; es que no puedo soportarles...y tengo hasta náuseas y vómitos.

Estoy embarazada comisario. Me has embarazado, che.

- ¡ Bendito sea Dios, que voy a tener un hijo; ¡ Un hijo; ¡ Bendita sea la Virgen de Luján, la del Pilar, y la de La Paloma;

Se arrodilló ante ella, la abrazó por la cintura y cayéndosele las lágrimas -¡quién lo diría?- sin levantarse del suelo le besaba el vientre lleno de ilusión y de pasión amorosa. Nunca como en ese momento había estado en su vida de sensible con una mujer. Aquel, en ese momento, era otro hombre.

- No sabes lo feliz que me haces, Adelina, es que no te lo podés figurar.

- ¿Mucho? ¿Tanto, cariño?

- Muchísimo. Tengo ganas de celebrarlo ahora mismo destrozando la cama.

- Señor conde... Señor comisario...

- Señora condesa. Vamos, vamos amor mío, que esto merece una orgía.

- Esperá que avise a la muchacha, para que no nos moleste nadie.

- Estás en todo.

Tras del recado que dio a Rosita, volvió junto a Remigio y éste la cogió entre sus brazos y la llevó a la cama. Adelina, que era de una piel blanca como el más blanco cuello de cisne, estaba bellísima, sofocada, encantadora. Le fue quitando Remigio la ropa y ella se dejaba como un juego infantil. Cuando estaba sólo con mínima braguita y sujetador, se tiró a ella besándole cuello, hombros y caderas, mien-

tras Adelina sólo sabía reír y reprenderle. Por fin, era lo que requería el momento, vinieron a caer sobre la cama. La viuda, abrió el embozo y se metió entre las sábanas igual que hurón en la covacha, se cubrió con la ropa hasta la barbilla demostrando un pudor que le caía muy bien por lo femenino y delicado pero que, a Remigio, más y más le enardecía. Cuando se hallaba tratando de sacarse los pantalones, que con el nerviosismo mucho más le costaba, y ella reía diciéndole con poca gracia: "Pero qué torpones sois los hombres, che." Y él, riendo, le decía: "De verdad que sí, pero, ya verás cómo acabo sacándoles"... En ese momento sonó el teléfono, y el comisario, mirándole amenazador dijo.

- ¿Quién será a estas horas el cabrón que llama?...

- No digás eso, Remigio.

- Pero ¿no le ves que es un envidioso que quiere destruirme la fiesta? ¿Atendés vos o lo hago yo?

- Hacedle vos, cariño, que yo estoy desnuda.

- ¿Hola...? Sí. Sí... Con el habla. Sí sí... ¿No me conocés, Sosa, soy yo?... ¿Qué pasa?... Sí, sí.

- ¿Cómo...? ¿Cómo ha sido eso?... ¡Hijos de la gran puta!... Ya... Ya... ¿Y...? ¿Y no ha vuelto en sí...? Ya... ¿No? ¿Nada?... ¿No le habéis tratado de reanimar...? Ya. Está

frío... Así que... Pues la habéis hecho buena... ¡Imbéciles! ¿Que qué pienso hacer...? No

lo sé ¡¡No lo sé!! Sois unos hijos de perra, los dos ¡Sí sí, los dos! No me vengás con líos ahora, che. ¡Basta! ¡He dicho que basta, Sosa!

Bueno. No está mal... ¿En el huerto...? Ya. Que sea bien profunda, ¿entendés? Sí sí, bien profun-

da, no la vayamos a joder... De esto, oíme bien, que no se enteren ni las mujeres. ¿Oís? ¡Ni vuestras mujeres! Desde ahora, nadie sabe nada, nada de nada...! ¡Hacedla! Oíme: que no viche nadie desde fuera. Cerrad todo bien y poned música con mucho volumen. No no. Yo me quedo acá esta noche.

¡Chao, chao, Sosa! ¡Profunda y música a tope!
¡Eso es, chao!

- ¿Qué pasa amor mío? ¿Pasa algo grave, che? ¿Algún lío en la comisaría?

- No no. Nada. Cosas nuestras... Bueno ¿En qué estábamos, Adelina de mi vida...? ¡Ah, sí sí... Que ya veo cómo te tapás... Vamos a lo nuestro y que Dios le acoja bajo su seno que yo voy a por los míos.

- ¿A quién? ¿Por quién dices eso, comisario?

- Por nadie (Y comenzó a reír a carcajadas) Es que me ha venido al recuerdo que una vez dije, que, los genes no tienen memoria, que no creen en Dios, y cada día estoy más seguro de ello. Pero, olvidemos esto y a terminar la fiesta con esa gran novedad que me has dicho. ¡¡Voy a tener un pibe!!

Vivía Bastida en casa de Adelina, como si realmente fuesen un matrimonio con todas las de la ley civil y eclesiástica, aunque se habían saltado a la torera, aquellas legislaciones, pero ¿qué más dará cuando lo que importa para conseguir buena yunta es que la pareja se quiera?

Pudriendo estaba bajo los rosales y el yuyal del recoleto huerto comisarial, el marxista Peña, y claro que, como era solterón y de vida cual golondrina, pues hasta la fecha nadie movió dedo por él en todo el país. Las cosas habituales, rutinarias, seguían aquí y allá con toda normalidad, porque es lógico.

¿qué más dará para una nación o un pueblo, que mueran un Peña, o mil Peñas se despeñen, si la nación es gigantesca en lo geológico, y, en lo humano viviente un inacabado hormiguero?

Un día, como era su voluntad desde hacía muchos tiempos, se decidió Bastida llegar con una pareja de sus agentes hasta la mina "El Yacaré".

- Negro, y tú Curdela, preparad los bártulos que vamos a llegarnos hasta "El Yacaré".

- Mire comisario, que, el terreno -le dice Vázquez- es medio bravo...

- Que sea lo que sea. Antes de diez minutos salimos para la Cordillera. Sosa, y, vos, Olave, no se me muevan de la comisaría ¿Han entendido? ¡Fijos acá, mientras yo falte, como fierros; ¿Me oís?

Los dos a una, igual que párvulos, contestaron.

- Sí, comisario. Vaya usted tranquilo.

El camino era cierto que no era nada de bueno, que, continuamente subían pendientes enormes o bajaban hasta barrancadas llenas de horribles precipicios, pero, también tenían esa gozada de soportar el riesgo, y de saberse vencedores de los obstáculos, máxime en una carretera que era cual camino forestal lleno de tierra molida, cuando no sembrado de piedras

que rebotaban por lo bajo del chasis, haciendo temer la rotura de alguna pieza y quedarse allí anclados por muchas horas. De pueblo a pueblo, lo mismo en Jujuy que en todo el país, hay muchas leguas, y, esto, cuando es cerca de la cordillera, aumenta mucho más.

Los colores de los minerales denunciaban su presencia en los taludes de la trinchera que, un día, se abrió para dejar paso a los vehículos, o, en el desconcertante circo de crestas y roquerío vertical, indicando con sus colores: hierro, azufre, sulfato o cobre; la riqueza que allí se ofrecía.

Al cabo de tres horas de camino, envueltos entre polvo y con una sed propia del cruce de los desiertos africanos, llegaron a un pequeño poblado que estaba asentado como a mitad del interior del que podía haber sido gigantesco volcán. Desde lo alto, se veía como una docena de casas de piedra, color hierro y, el resto, lo componían casitas de tabla y galpones, tanto para el obrerío como para la explotación.

Por la pendiente de la montaña, se advertían altos postes de hierro, que soportaban dos cables elevados hasta su cruz; por uno subían una especie de cajones de hierro -a modo de vagonetas- y, por el otro regresaban, al parecer, llenas de minerales, que se introducían a los galpones donde volcaban la carga. Era, como una noria horizontal movida con motores.

Se detuvieron ante un portón de hierro, y, previa presentación -que no era preciso pues el uniforme les denunciaba- les hizo pasar el guardián, acompañándoles hasta la casa grande donde estaba la Administración. -"Esperen ustedes acá un momento a que lo notifique"

Subió el hombre hasta la primera planta para informar sobre aquella visita y, segundos después, les dijo que podían entrar. Lo hizo sólo Bastida, quedándose Joaquín y Jacinto esperando a que saliera su comisario.

Dos socios estaban allí trabajando en las oficinas y, el tercero, supuso Bastida que estaría en el filón, haciendo las veces de capataz.

- Buen día, señores. Creo que ya me conocen. Yo soy el...

- No es preciso, le conocemos, le conocemos, comisario.

- Mejor que mejor...

- Yo soy, Benigno Silvetti. Mucho gusto por habernos visitado... Mi socio, Salvador Villa.

Se estrecharon las manos y aún le dijo Silvetti, que faltaba Orlando Reyes, el tercer socio, que estaba en el cerro Gavilán con la pionada.

- Pues, muy bien... muy bien... Vengo, señores, para tomar algunos datos, y no quisiera -por nada del mundo- que ustedes se me ofendan, esto es normal, y así espero que lo entiendan.

- ¿Por qué nos hemos de ofender, comisario? Aquí no hay motivos para ello, sea lo que sea. Diga no más.

- ¡Ajá! Muy bien... Pues, veamos, veamos... ¿Siempre fueron ustedes tres socios?

- No señor. -Hablaban Silvetti, mientras Villa se dedicaba a escuchar. Fuimos cuatro ¿sabe? Cuatro, pero uno, el pobre, falló, y usted de fijo que debe saberlo, pues se lo habrá contado la viuda, doña Adelina ¿no es cierto...?

- Lo sé, lo sé, Silvetti, lo sé. Eran cuatro patas y una se quebró por un mal golpe... ¡Ajá! ¡ta bueno...

¡tá bueno el lance!... (Y se dedicó a pasear por toda la oficina, creciéndose en talla, -que esto es desde siempre una prepotencia militar- y diciendo para sí y con la peor mala intención al ser oído: "Bueno, bueno, bueno... Muy bien puesta la oficina, sí señores... Linda explotación "El Yacaré"... Bueno, bueno, bueno...)

Me figuro, que ustedes cuentan con los debidos permisos oficiales para la explotación: Licencia de apertura... Permisos sanitarios... Seguros de accidentes... Obligaciones con Hacienda...etc,etc,etc?

- Todo, todo, comisario, todo. Lo tenemos al día todo.

- Me alegro. Si no le molesta, señor Silvetti, quisiera conocerlos... pero, antes, dígame ¿quién es acá el gerente de la empresa, el responsable?

- Con el está usted hablando, comisario.

- Me lo figuraba... ¡Ajá; ¡Ajajá; Muy bien...muy bien... Perfecto, Silvetti, perfecto...

- Mire, don...don Bastida... Para ser más concretos, los permisos no están acá ¿sabe? Tenemos que buscarlos...

- ¿Y eso?... ¿Cómo así, Silvetti? ¿Dónde, dónde les tienen ustedes? ¡Qué macana... Mi amigo, eso

se tiene siempre a mano, en la oficina, che...

- Están en Jujuy.

- ¿No me diga...? Así que en Jujuy? ¡La pucha qué prevenidos...

- Así es, comisario, aunque le extrañe...

- ¿Y qué se les ha perdido allí a esos documentos?

¿No es una imprudencia por parte de ustedes?

- Veá, don, les tenemos allí para evitar que se destru-

yan si ocurriese un incendio... Por un robo...o, o que nos caiga un elemento que no es de nuestro gusto para enseñárselos ¿me comprende?

- ¡Ajá; Muy precavidos, sí señor. Bueno, bueno, bueno...

... No sé si saben -yo se lo tiro al oído, Silvetti- que voy a reconstruir todo el proceso de aquella muerte del socio de ustedes, de don Rufino Pieravanti... Oiga, no se me sorprendan, ni temen nada, que, espero no haya por qué. Es que, ese tema, ya ven ustedes qué sonsera ¿no? ese caso me atrae, me ha de divertir ¿entienden? Es cosa detectivesca y como yo hice tres cursos de ello en la ciudad de La Plata sobre esa asignatura, pues ¡velay;- que la domino como un sabueso ¿me comprenden? El asunto es atrayente... excitante, les diría que, hasta lo voy a seguir con ganas.

- Comisario Bastida, hablemos claro y bajito, sin coñas ¿quiere? ... ¿No le dá a usted igual hablar sin tapujos?

- Pero ¿cómo no, che? Encantado, Silvetti, encantado. Hábleme usted clarito, contándome todo lo que sepa.

- ¿Qué ha venido usted buscando al Yacaré, comisario? Por qué no habla evitando falsas trochas y allanando enredos?

- Pues le diré, de momento, que busco ver si existe la legalización de ésta Empresa, que sé está procediendo de forma anónima, por no decir ilegal, y ver qué ocurrió realmente, sin enmascaramientos ruines, en la muerte del marido de Adelina Cano, que era el cuarto socio de "El Yacaré" ¿Lo tiene ahorita mucho más clarito?...

- Che, Salvador, sacá una botella de whisky y unas copas.

¿Le apetece, comisario, tomar algo?

- Si usted lo quiere ¿cómo no?...

Salió Salvador, por una puerta del fondo de la oficina, que parecía estaba hecha con premeditación, y quedaron solos los dos hombres. Aquella salida del socio estaba dentro del juego de los socios cuando era preciso hablar en secreto, y, Benigno Silvetti, al hallarse libre de Villa, le siguió diciendo a Bastida.

- En esta vida, comisario, todo tiene arreglo menos la muerte, es un tópico y una frase redicha, pero, es la pura realidad. ¿No le parece?

- ¡Ajá! Siga, siga no más, y no se me aparte de los rieles de esa trocha...

- Esta empresa debe su iniciación a los tiempos del general Mitre, y, desde entonces, sigue y sigue, tanto por dar trabajo, como por crear riqueza al país.

- ¡Ajá! ¿Qué más? Me alegra saber esos nobles postulados, Silvetti.

- Todo ha seguido años y años, pero, cambiándose de dueños y continuando la explotación. Nosotros, desde hace diez le hemos dado el mayor empuje, y, hasta la tratamos de hacer más rentable modernizándola y evitando accidentes.

- Lo sé, lo sé, gerente, y les felicito.

- La muerte de Fieravanti pues... fue, fue ¿cómo le diría yo...? Un accidente, como nos puede ocurrir a cualquiera de nosotros en este momento.

- Bueno... eso está por saberse científicamente, gerente. Dejemos eso para la investigación por quienes saben y pueden acreditarlo, cosa que no se hizo en su momento. Apárteme esa piedra del camino y siga **can** "El Yacaré".

- Hablemos claro ¿Busca el comisario dinero?
 - No. Yo no vengo a por dinero, qué esperanza...
 - ¿Quiere que, "El Yacaré", por estar sin la debida documentación le corresponda con algo?
 - ¿...? Se encogió de hombros, cerró la boca el comisario y elevó los brazos. Entraba Salvador con una bandeja y copas.
 - ¡Acá; Traé acá mismo, Villa. Poné acá las tres copas y servilas, que acabaremos ¿cómo no? siendo amigos ¿no es cierto, comisario? (Miró a Bastida, pero aquel a lo más que se limitó fue a sellar la boca y a elevar los hombros. Mientras tanto el socio Villa, servía las copas y echaba en ellas hielo.
 - ¿Cuánto cree el comisario de Cochinanga, que merecerá dársele por su silencio, si nos deja en paz seguir con la explotación?
 - ¿...? El mismo gesto anterior sin palabras.
 - Bebamos, comisario. Si, si lo quiere, puede ir, incluso, a la cuenta de Adelina Cano.
 - ¿...? (Idem de idem...
 - Podíamos, darle el uno por ciento de los beneficios al hacer balance ¿No le parece, comisario?...
 - ¿...? (Seguía sin responder)
 - ¿Te parece, Villa, que le demos el tres, y que nos deje en paz de investigaciones el señor Bastida?
 - Vos mandás y sabés qué debemos darle, Silvetti.
 - Bueno, pues, definitivamente, le daremos el cinco comisario. El cinco y brindemos por el concierto establecido.
- Agarró Bastida la copa y la juntó con los dos socios.

- ¡Ajá; Brindemos, Silvetti. Brindemos Villa. Todo ello, como usted ha dicho, entrará en la cuenta bancaria de la señora Cano, o procederé, si no hay cumplimiento a iniciar las investigaciones, de paso que mando a Buenos Aires, una denuncia para que se cierre "El Yacaré".

- Brindemos comisario. Brindemos.

- Un momento. Tengo en el zaguán a los dos agentes que he traído. Permiso, que les voy a llamar. Han de tener el estómago más seco que pico de loro.

- Sacá Villa otras dos copas más para los señores agentes. ¡Metéle prisa, che;

Llamó Bastida a Olave y Urdanta, y, cuando estaban todos juntos y servidas las cuatro copas, las chocaron unas contra otras, sonreían todos y acabaron con la botella de whisky, de paso que fumaban unos carísimos puros de Cuba y, hasta se contaron chistes de los más variados gustos y colores.

A la hora de haber llegado a la explotación, salieron de ella previa información -ahora en plan amigable- de la cantidad de obreros que allí trabajaban; de que estaban constituyendo un sindicato peonista en la mina, y datos sobre la producción de plata, ahora, con un nuevo filón que, al decir de los ingenieros era la plata más rica del continente. No quiso Bastida recorrer la explotación, para él harto conocido ese sistema, porque había pasado en ello muchos años, y, como El Yacaré, sin documentación oficial y hasta fuera de ley, como había presentido que se hallaban los dueños del Yacaré y no se había equivocado. Así era toda América.

El peronismo, seguía siendo la fuerza política más numerosa y entusiasmada que haya tenido Argentina, quizá desde su independencia con España, en el siglo XIX. Todo el pueblo trabajador se sentía identificado con su Líder y con Evita, que era considerada la madre de los descamisados. Sin embargo, había unas fuerzas llamadas hoy fácticas, a las que les caía pésimamente aquella manera de gobernar, para ellos totalmente demagógica y sin responsabilidad como Estado. Estas eran: la iglesia, el poder económico y las altas jerarquías del ejército. El peronismo, buscaba y lo consiguió, ser apoyado por todos los trabajadores, y sus ramificaciones se extendían a todas las ciudades y pueblos del país. Un día, entendió que necesitaba donativos de la clase capitalista; de los comerciantes y fabricantes. Al que no lo hacía por voluntad se le castigaba considerándolo enemigo del pueblo trabajador.

En Cochinanga, se ha decidido en una reunión celebrada en la Municipalidad, entre el Presidente de la Unidad Peronista, el Intendente y el Comisario, solicitar donativos para enviar a la Capital Federal, para que vean aquéllos directivos cómo saben responder en aquel lejano pueblo perdido en tierras de Jujuy.

Lógicamente, saben lo que ha entregado cada uno.

Hoy, ha sido llamado a comisaría "El beato", Venancio Garrán.

- Amigo Bastida, dígame a qué se debe este llamamiento.

- ¿No se lo figura usted? ¿Es tan sonso que no se lo figura, Garrán?
- Pues no. Si usted no me lo dice...no caigo, y no caigo.
- ¿Cuánta plata ha dado usted para la Fundación?
- Mil pesos, mil pesos, Bastida.
- ¿Mil pesos eh? ... ¿Cree usted, amigo, que, acá nos chupamos el dedo?
- No sé por qué dice eso, comisario...
- Se lo voy a decir, y ya puede, si le parece eficaz, ir rezando novenas y rosarios. Lo que ha dado es vergonzoso. ¿Si usted da mil ¿qué pueden dar los demás, cuando usted tiene un boliche que es una fuente de riqueza...? Los demás, darán diez, o cinco mangos, ¿entiende?
- No puedo dar más. No puedo...
- ¿No, eh? ¿Sabe lo que le ha pasado a la fábrica de caramelos MU-MÚ en Buenos Aires? ¿Lo sabe?...
- Lo sé, lo sé. Usted me amenaza, comisario...¿Es esa la amistad que yo creía tener con el comisario?
- ¡La que usted demuestra por el peronismo! ¡Ni amistad ni carajo! ¡Y no gasto más saliva con beatos enemigos del trabajador! ¡¡Váyase!! Y ¡atenti...! Ya sabe que hay inspectores que están deseando investigar los libros... ¡Ojo a eso!
- ¿Qué hago, comisario, qué hago?
- ¡Entregar diez mil mangos antes de veinticuatro horas, o le veo el boliche cerrado!!
- ¡Adiós... adiós... ¡AY Dios mío, qué peste...qué peste es esta que nos ha caído con semejante...
- ¿Qué?... ¿Qué?...

- Con semejante época que estamos viviendo en el mundo... en el mundo universo, comisario, no acá... no acá ¿sabe?
- Pues eso. ¡Lárguese, beato, y cumpla conforme a sus entradas...

Y entregó el dinero, cómo se iba a negar. Lo entregó pero, Bastida, se había creado un silencioso enemigo..., y qué enemigo!

En todos los pueblos y ciudades de Argentina, cuando llegan las fechas patrias -que no son pocas, ahora incrementadas con las que ha hecho oficiales el peronismo- se celebran grandes festejos. No podía faltar ese día festivo en Cochinanga, de ahí que la Corporación de la Villa ha resuelto organizar varios actos, que son los de siempre, y con la mayor aceptación para el vecindario.

Ese día ha querido la suerte que se bautizado el niño que tuvo hace tres semanas Adelina, y al que su esposo, el comisario Castida-Crespo, quiere llamar el nombre de su abuelo.

Estaban programados -entre otros actos- que se corriera por los gauchos de la comarca, la carrera de la sortija. La elevación, después de misa, de la bandera nacional, presidiendo la Corporación y todas las autoridades acreditadas, incluso los niños de las escuelas, todos con su guardapolvo blanco, en la mano una banderita y, pegada en el pecho, la escarapela patria. A seguido, no podía faltar el actito en que los alumnos del colegio General Belgrano, leerían trabajos literarios

dedicados a la Patria, a los próceres, y a las bellezas de Jujuy, que, sabido tenían, eran de las más notables de la República.

Por la tarde, había organizadas cuatro corridas cuatreras, con gentes venidas de Rinconada y La Quiaca.

No había de faltar el beveraje para todos, incluidos los asistentes de ranchos próximos. Las jugadas de mus, truco y taba.

Las payadas y guitarreos; los bailongos y, en horas del amanecer, las peleas tras de tener el estómago a tope de alcohol. Tampoco faltarían heridos y, quizá, hasta alguien muerto, que, esto en toda fiesta criolla, es el triste colofón, por culpa del exceso de bebida y la poca formación cultural del pueblo.

El acto principal, por novedoso ese día -lo de más había de ser lo de siempre- era el bautizo del hijo de la viuda del pobre Fieravanti, ahora mujer del comisario Bastida.

Había invitado Remigio a su Jefe de Jujuy y a toda la familia, ya que, a él debía aquel cargo. No podía ser desagradecido, además le convenía no poco estar en la mejor amistad con el Jefe Provincial del cuerpo.

También cursó invitaciones hacia aquellos amigos que un día

lejano le apoyaron en su llegada a Jujuy: Juan Cruz Espada. Jacobo Resnik, Laurentino Salazar, Secundino Robles y Giuseppe Scaramella.

El pobre don Alberto Seidman, fabricante de rops, había muerto hacía más de medio año.

De aquellas invitaciones sólo acudieron el Jefe de Policía, que lo consideró hasta una obligación, y el soriano, Secundino Robles, con su señora. Los demás, por una u otras

causas, no se hicieron presentes en el pueblo.

Dos días antes del bautizo, fueron los padres a inscribir al niño en la parroquia donde ejercía su ministerio el párroco setentón don Walter Espinoza.

- Bueno, bueno, hijos míos. Me parece muy lindo este bautismo, pero...vení acá, vení acá vos y decime, che, comisario, cómo querés que se llame vuestro hijito...

- Esperá, esperá que endenantes, os voy a estirar las orejas, sí sí, y os voy a decir dos cositas, y, más a vos, hija mía, que eres muy buena cristiana y apoyadora de nuestra iglesia... ¿Por qué no te casás, hija mía, como Dios manda, y no me andais como la indiada analfabeta, que viven en taperas y, por ignorantes no saben cumplir con la Iglesia? ...

- Lo pensamos hacer, padre. Eso está ya previsto. Antes de fin de año lo haremos, padre Walter.

- En vos confío, hija mía, y en la palabra del comisario, que como autoridad está obligado a dar ejemplo, y no hacer ver que, esta vida, es una farra, saltándose a la torera -allí que te va-lo que es placer del cuerpo ¿entendéis?. Pues eso.

- Es verdad, padre. Cuando quiera Adelina, sabe que me tiene dispuesto a venir. Ha sido un puro abandono, lo reconozco.

- ¿Oíste, Adelina? Vos sos ahora la responsable de traerme al comisario ante Cristo y que esa unión sea legítima y no un amontonamiento sexual. Os agarro la palabra, hijos míos. Bueno, decidme ¿cómo se ha de llamar el niño que os bautizaré el viernes?

- Pues, le vamos a llamar... como a su abuelo paterno, y como al fundador de Jujuy. Escriba usted, padre

Walter: Juan Domingo.

- ¡Che... che...! ¿Me le querés llamar como al Presidente?... ¡Dejate de macanear, comisario;
- No señor. Juan, por el fundador, y, Domingo, por su abuelo, mi papá.
- Va bueno, 'ta bien, ché... 'tá bien. Yo me creí que era un macanazo... ¿Apellidos?
- Bastida-Crespo. ¡Ojo, don Walter, que es todo uno, lo que se dice, compuesto ¿entiende?.
- ¡Ajá! Seguí, comisario.
- Y, le va a colocar -si se puede, creo que sí- entrecomillado: "Conde de La Peñuela". Si no se puede, no he dicho nada.
- Se lo colocaré, se lo colocaré, como un apellido más y ¡chao! ¿Eso de conde, es una broma, o es endeve-ras, amigo Bastida?
- Es de verdad, padre, que conde y muy condes fueron todos sus antecesores, y, lo es el comisario de Co-chinanga.
- ¿No me diga? ¡Ajá! Pues acá le coloco el título. Vamos a ver, vamos a ver ¿Dónde nació el comi-sario?
- Se lo voy a decir, padre, pero, quiero que esto se quede entre nosotros y el libro, como un secreto de confesión. ¿Se puede?
- Se puede. Este es el libro 'e casamientos, defuncio-nes y nacimientos, y sólo lo muevo yo desde hace me-dio siglo. Esto es un documento secreto.
- Escriba, padre Walter. Año 1916. Madrid.
- ¿Así que es gaita no más, comisario?... Che, qué bueno...
- ¡C hisss... No me levante la voy y haya quien esté

vichando tras de la puerta.

- No. Mandé a Zangocho a casa de Venancio a por unos sifones, y no hay nadie m' hijo.
- ¿La abuelita del neófito?
- Purificación Arroyo.
- ¿Nacimiento de ella?
- ¡Ufa...don Walter,,, qué es esto, che...?
- Acá, viejo, hay unas preguntas y debo enllenarlas o no soy el párroco ¿entendés? Hasta hoy así le hice en los que vienen como cristianos, los endemás... allá se las ventilen ellos con el Padre Celestial.
- Está bien. Escriba que fue nacida en... en Quetol.
- ¿Quetol...? ¿Así como suena?
- ¡Exacto, padre; Quetol, con cu del "qué" como "quita", como "quema", como Quiaca... como "queso" o "quichua"... pero no como Cochínanga, "cuidado", o "cariño" ¿me entiende?
- ¡Ajá; // - Quetol, de La Rioja, la de allí, ¿me comprende?
- Che, me estás tomando como un pebete o un analfabeto...
- No. Le advierto, padre, y no se me atore...
- Vale. Ahorita su mamásita, Adelina Cano Vilumbrables. ¡Ah, m'hija, todo eso lo sé como cosa mía. Dende que Adelina vió la primera luz la fiché acá, y, a tuitos los suyos, así que no me digás nada, hija, que acá lo tengo todo como el Canta Claro de los tangos ¿entendés?
- Así que, el condesito es el pibito Juan Domingo...
- ¡Chisss...!
- Pero si estamos solos comisario...

Se equivocaba el sacerdote de Cochínanga, que, detrás de aquella puerta, vichando todo lo que allí se

decía, estaba el ayudante de don Walter. Cuando abandonaron la sacristía y quedó en silencio la rústica iglesia, Enrique Zangocho, se fue como gato tras de la laucha a ver qué se había escrito allí. Abrió el libro, donde aún estaba la tinta fresca y repasó cuanto el viejo párroco había escrito. "Así que es gaita el comisario... Así que es conde, y su hijo será condesito...? ;ta que lo parió, y qué bien guardao se lo tenía porque está ilegal el tipo este...?

Si será maula y trapichero el comisario... Pero esto... ¡ja! un día se ha de saber, vaya si se ha de saber...

Llegó la fiesta del pueblo y todo se iba celebrando perfectamente. El comisario tenía en casa a los invitados de Jujuy y, algunos más que habían venido de Tilcara, tanto para acudir a la fiesta, como para pasar el día junto a su prima Adelina, conocer al segundo marido, y el primer fruto de aquel matrimonio.

Vino de "El Yacaré" Salvador Villa, y acudió a ver a su primo Enrique Zangocho, quien, entre otras actividades, se ocupaba -como sabemos- de ayudar al párroco. También acudió a tomar unas copas a la casa de Enrique, su cuñado el policía Joaquín Vázquez. Fue allí donde se habló largo y tendido del comisario, y, donde salieron a luz causas que estaban no poco silenciadas, y, hasta... enterradas. Ello demuestra cómo no hay hom-

bre que carezca de importancia, y cómo la persona más ingenua y estúpida, puede, en cierto momento traer al trote al más sabio y calculador de los mortales.

Enrique Zangocho, a quien llamaban no pocos "Cara e bosta", por el color marrón y lo aplastada que la tenía, era hombre que rayaba casi casi en la imbecilidad, pero, cuidado, ¡cuidado! con esos hombres, que, en ocasiones poseen grandes reflejos en ciertas causas, porque no tienen la virtud de saber desplegar su inteligencia derramada por todos los radios del círculo cultural. Ellos, se preocupan de uno solo y, puede que, hasta superficialmente, pero, en él son más sabios que nadie de la localidad, por más que ese sector siga sin concederle importancia a su criterio y babeante hablar.

Allí se enteró Salvador que, Bastida-Crespo, era español, nacido en Madrid y sin ciudadanía argentina, con lo cual no podía ser comisario. Que era conde, y a su hijo le había puesto en el libro "conde de La Piñuela."

- Pues si es conde, Zangocho -dijo Vázquez- quiere decirse que, Remigio -¡que lo parió!- es conde... ¡Conde, como aquel de Montecristo! ¿Cómo dijiste, che, Anrique, que se intitula el pibito?...

- Escrito está. Conde de "La Piñuela..." Pero, oíme, che, que esto no salga de acá o me pegará la patada don Walter si s'entera.

- Pucha,-dice Salvador Villa-. Mirá que se esconden secretos en esta puta vida de morondanga... Cada persona es como un cajón 'e sastre cerrado; igual que un cambalache judío.

- No me lo digás a mí... y no me lo digás a mí, primo,

que primos somos, aunque en cuarto encarte y, éste, Anrique -mirá vos- lo es en primera sangre... Dicho esto, el agente "Malandra", estaba que le hacían figuritas los ojos, por el alcohol que llevaba en el estómago. Les había dicho el comisario, que celebrasen el bautizo por todo lo alto los cuatro subordinados, y, así lo llevaban haciendo. Si al indio le pierde el alcohol, éste hombre que era raza de los más puros, estaba en trasiego permanente desde las diez de la mañana, y eran, cuando esto se estaba hablando, las cuatro de la tarde, y se estaba chamullando más que lo permitido, en la casa de Zangocho, calle Juramento esquina Potosí.

El "Malandra", Vázquez, siguió diciendo con voz ronca y pulso temblón, porque ya no era dueño de su razón...

- An...Anrique, mi primo... ha ha dicho lo que ha leído en el libro e la sacristía, pero yo... ¡jaja,ja...!

Yo ¡hip;...yo sé...! Uy, lo que yo sé, che, pero no... no lo quiero decir... ¡Hip; ¡A que no sabés Salvador, nada de lo que yo sé...? ¡'ta, carajo, si yo lo suelto...! Son secretos... de la comisaría y... y de nosotros...¡hip...!

- Contá che, contá, "Malandra"... ¿Andá, contá; ¿Es sobre Adelina, che?...

- No no no... Te...tenemos prohibido a muerte... a muerte, ché, el decirlo, pero...¡ja;... Un día es un día... y hoy -¡que lo parió;- hoy es el bautizo de Juan Domingo Bastida Crespo, Canito... ¡Ja; ...

- Hablá, che, por favor... hablá... Contá lo que sepás del comisario...

- ¡No; ¡ No; Callate, Vasque -le dijo la mujer de

Enrique, viendo que no estaba en su razón. Y es que tenía un peludo encima que no podía con el. "Estando como estás, mejor te callás que, un hombre así como estás vos es una porquería..."

- No te achiqués, Vásque, no te achiqués por lo que ha dicho una mujer. Seguila, "malandra", seguila.

- ¿Yo...yo temer...? Verás... Verás. ¿sacordáis de aquel Santiago Peña, que era comunista... sacordais del?... ¿Eh?... ¿Eh?... Pues está... ¡'ta que no lo digo... Está ¡velay! finadito... (Decirlo y comenzar a reir a carcajadas fue todo uno, pero, la expectación se había desatado mucho más. "Malandra" reía mostrando unos poderosos dientes amarillos, que mordían el toscano y escupía sin cesar salivazos al suelo entarimado de la salita. Cuando acabó de reir por nada y le miraban extrañados los parientes, les dijo.

- ¡'ta que sois pelotudos! ¿No os sorprende...?

¿No....? ¡Hip! ... Pues está enterrao bien cerca el despacho de Bastida... ¡Hip...! Perdón...

- ¿Qué decís, Vásque, pero qué decís, loco? -le dijo la mujer de Enrique.

- Digo la verdad, la pura verdad, Macaria... ¿Sabés quien lo denunció? El beato... Venancio Garrán, vino a decir que había llegao al pueblo y estaba en casa...

- ¿Lo denunció el beato?... ¿Qué más, che, qué más...?

Seguí, viejo, andá seguila, che.' -le decía Salvador.

- Pues, que le metimos tanta picana... tanta picana...

¡hip...! en las bolas, que se nos quedó frito, el pelotudo é mierda... y se nos murió el cabrón... Aquel no era comunista, y, si era, lo fue chirle... ¡hip!...

- ¿Dónde le enterrasteis, "Malandra," dónde?...
- En el huerto 'e la comisaría... Debajo el jacarandá está pudriendo Lenin... ¡ Ja,Ja, Ja; ... Igual que perro rabioso... Pero ¿eh? Mucho cuidado con decirlo o le hago un bujero en la sien al que lo suelte... ¿Entendéis? Bas... Bastida, nos dijo que eso era tal cual como secreto 'e confesión, y, si lo he dicho acá es porque somos familia, primos... y sabemos callar los secretos.

La noticia para Salvador Villa, fue sensacional, como se ha de ver más adelante, máxime, sabiendo que, de allí, se fue directo a casa del "beato" Garrán, para tener más información y, el "beato", quemado como estaba tras de obligarle a pagar diez mil pesos para la causa peronista, le dijo que sí, que él fue a denunciarlo a Bastida, y que vio cómo le llevaron entre los agentes preso a la comisaría.

Al amanecer del dieciseis de junio de 1955, se sublevó parte de la Armada Argentina. A las once de la mañana, fue bombardeada Plaza de Mayo y la Casa Rosada, que es la sede del Gobierno y de la Presidencia, donde estaba Juan Domingo Perón despachando sus asuntos presidenciales. El bombardeo lo hizo la aviación con tan mala fortuna, con tanto miedo y precipitación, que, las bombas, fueron a caer en horas de mucho tráfico, por las calles próximas a Plaza de Mayo y en la misma plaza, matando a no pocas personas indefensas. Los aviadores, tras de soltar la carga mortífera -cayera donde cayera- huyeron a Uruguay

en busca de exilio.

Sabido esto por el Gobierno y por los dirigentes del partido Peronista, se trató de formar en la misma Plaza de Mayo -que era lugar de los grandes acontecimientos nacionales- la gran manifestación contra los que ellos llamaban "enemigos del pueblo". En pocas horas se reunieron decenas de miles de trabajadores. ¿Qué ocurrió con aquella masa ignorante a la que tanto y tanto arengó Perón, tras de salir ileso del atentado? Pues, que, de allí se fueron a asaltar todas las armerías que había en la zona céntrica bonaerense. Que dejaron a esos comercios de armas, cuchillería y cubertería, hasta sin cortinas ni cristales. Que se escuchaban gritos de odio y tiros por todas las calles y plazas del centro de la ciudad, y que, al anochecer, comenzaron a arder igual que teas, las más antiguas y principales iglesias del Buenos Aires colonial, entre otras, San Francisco y San Ignacio, la una de los franciscanos y, la otra, de los jesuitas. El gobierno, lamentablemente, dejó a sus fieles seguidores desquitarse en lo que quisieran, y fueron a destrozar aquel poder religioso, contra el que ya existía una enemistad desde tiempo atrás.

La situación política, se veía -por muy corto de vista que fuese el observador- que estaba barranca abajo y que nadie la podía contener. Era un caso, muy similar al que había padecido España en los últimos meses antes de Julio de 1936, el trágico mes y años más criminales que ha conocido la historia española. ¿Por qué han de verse en ciertas ocasiones los gobiernos en esa agonía y abandono, como le ocurre al enfermo que está en coma y, en vez de buscar soluciones rápidas, dejan que

los hechos se impongan y sean los que presidan y gobiernen, cuando, con ello, lo que se hace es que fomente la anarquía y, junto con ella, nace la guerra civil y su correspondiente dictadura, creada por los que visiten uniforme, y se las dan de salvadores de la patria?

Perón y sus movimientos sindicales estaban metidos en una profunda coma. La muerte les venía rondando desde todos los puntos cardinales del país, y no eran capaces de sacar al enfermo de un atolladero que parecía fácil.

El 31 de agosto, la C.G.T (Confederación Nacional de Trabajo) que tenía su sede en el edificio donde se guardaba como oro en paño el cuerpo embalsamado de Evita, desde el 26 de julio de 1952, decreta una concentración otra vez en Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno. Era opinión generalizada que, desde que murió Evita, Perón había caído en picado... Ella era su puntal más firme y valioso. Ella, entre otras cosas favorecedoras de la política peronista, había creado, la igualdad de derechos civiles para la mujer, como los tenía el hombre. ¿Por qué la mujer había de ser inferior al compañero en el vivir? Ella creó los derechos para la ancianidad, que ya estaban recogidos en la Constitución de 1949, pero, había que llevarlos a la práctica, y Eva Perón lo hizo. Para la mujer desvalida, creó una Fundación que llevaba su nombre, y también fundó una Ciudad Infantil.

Organizó la rama femenina del partido, a semejanza de lo que vio en su viaje por Europa, y funcionaba en España, con la Sección Femenina de Falange. La presidencia de aquella organización la llevaba ella misma.

Evita significaba tanto para los trabajadores, como el propio Presidente. Llegó a tanto el amor hacia aquella mujer, que, al morir, se le intentó llevar a los altares, y, a no ser porque el peronismo se llevaba muy mal con los jerarcas eclesiásticos, desde que expulsó del país a dos obispos, e incluso se decía que el Papa lo había excomulgado, decimos que, a no ser por esa guerra que mantenía la curia contra el peronismo, Evita, posiblemente hubiera estado autorizada para cubrir un puesto en los altares. Y en muchos de ellos, hasta se le colocó, y el pueblo la llamaba: Santa Evita.

Perón, tras de aquella gigantesca manifestación de la C.G.T, presentó la renuncia, pero... la retiró hipsofacto.

Todo amenazaba ruina. A Perón, se le veía que, políticamente, estaba tocando techo y no era capaz de salir airoso de aquel cerco. Esto mismo que ocurría en Buenos Aires, estaba pasando por todo el país.

Aquella fuerza y prepotencia que tenían los trabajadores y el sindicato peronista, se derrumbaba poco a poco y, comenzaban a salir, como del invernadero, las fuerzas fácticas bien conocidas y hasta temidas por el pueblo argentino, excepto por la minoría derechista y radical-conservadora.

Cuando llegó a "El Yacaré" Salvador, contó a los socios aquello que había oído al agente "Malandra" en casa del monaguillo Zangocho, y lo que le confirmó Venancio "el beato", sobre la denuncia que hizo al comisario.

Pensaron y pensaron bien, que tenían desde ese día al león metido dentro de su propia trampa. Allí fue cuando dijo el gerente Silvetti:

- Desde este momento se cierra la coima que le venimos entregando a ese miserable. Y ahorita mismo vamos a mandar noticia del pobre Cristo que picanearon y le dieron muerte al Partido Comunista de Buenos Aires. Que ellos procedan como quieran. ¡Dame papel inmediatamente Villa; Esto tenemos que celebrarlo, che, por todo lo alto. Decime, ¿cómo dijo Zangocho que se llamaba ese tipejo e comisario? Pero, decime el nombre real no el maula que ha estao engañando al pueblo.

- Mirá, Silvetti, los datos que tengo son estos que me los copió el pariente Anrique. Se llama Crisanto Bastida-Crespo. Es de Madri, y llegó a Buenos Aires el 1936.

- Me vale, che, me vale. ¿Y el muerto? Decime cómo se llamaba el muerto?

- Me dijo el "beato" que su nombre era Santiago Peña, alias "El Lenin" ¿entendés?

- `ta bien. Me basta. Ahora, Reyes, vas y buscame en la guía 'e teléfonos, de Buenos Aires, la dirección del Partido Comunista. ¡Os aseguro que a ese h'jo la gran puta, lo empapelo y lo vamos a quemar como a chinchulines....! Así que, se las sabe dar hasta de condesito ¿eh? ¡Que lo parió; Mirá que nombrarnos a un gaita cobarde y matón comisario? ¡Como si acá no tendríamos gente con más saberes y dignidá que esa mugre venida de allí!

A ese, le nombró en Jujuy el cabrón de don Rolando, y lo hizo sin buscar sus antecedentes...; `ta madre, si tuitos los peronachos estos son cortaos por el mismo patrón...; Mirá que le pienso escribir

- ¿Sabés a quién? A Balbín, y le voy a contar todo esto de pe a pa. ;Vete vos a saber qué elemento es este tipo venido de España en 1936... cuando lo de la guerra...?
- ¡Ja! ¡Ojo con eso!
- ¡Hacelo, Silvetti, hacelo...! ¡Hacelo vos que sabés! Escribible al "chino" Balbín, que decís te apreciaba mucho y le darás un bonito asunto para contarlo en los mítines.

Aquel mismo día salió el anónimo para la Capital Federal, pero, no fue echada la carta en el correo de Cochinanga, sino en Tilcara, a donde la llevó Reyes para despistar más con el mata-sellos.

Mientras tanto, el pueblo de Cochinanga se estaba soliviantando día tras día. Aquello era como un contagio, igual que una epidemia de gripe.

Ayer, Bastida, ha detenido a dos anarquistas venidos de la cercana Bolivia, a los que ha torturado lo que le vino en gana, poniéndoles de mala manera en la frontera con el cuerpo morado de fustazos y de picaduras eléctricas.

A un joven del Partido Radical del Pueblo, le rompió "Curdela" los dientes de una patada, cuando había caído al suelo y, luego, por la noche, le dejaron tendido en la Plaza del Pueblo.

Se ha propuesto el comisario, meter a todo el vecindario en cintura, sin importarle lo que ocurra en San Salvador de Jujuy, ni en la propia Buenos Aires.

De nada sirven los consejos de Adelina, diciéndole que, de seguir así, acabará siendo odiado por todos los vecinos.

- Adelina, mirá lo que te digo. Vos metete en tus trapos y en tus chismes y dejá la seguridad del pueblo en manos de tu marido! Esto es cosa mía y nada más. Si te digo la verdad, hasta me gusta.

- Pero, cariño, si es que estás hecho una fiera, Así no podés seguir, Remigio.

- Te digo que me gusta, y, si tengo que meter bala, o fusilar a diez o a cien, me se dá lo mismo, y no me ha de temblar el pulso. Un militar es un militar y chao... ¿Qué te crees que hizo vuestro glorioso San Martín, y Belgrano, y Rivadavia y Rosas, y todo el que vistió uniforme? Por las buenas, fueron buenos ¿cómo no? pero, si había que hacerse ver y valer, porque eran militares y machos..., pues a matar al que sea y nada más! Después, la historia, retira lo feo, lo malo, y te deja lo bueno, lo ejemplar... Limpia la sangre y deja las rosas para que el pueblo las huela y diga que fueron todas cosas patrióticas, nobles y lindas... ¡Mentira; ¡Eso es, en su mayor parte, mentira, Adelina; Todos esos fueron como yo, ni mejor ni peor que yo: militares, y ya está dicho.

- Cariño, tienes que pensar en tu hijo.

- ¿Mi hijo? A ese lo cuidas tú. Lo que hagás con el bien hecho está. Yo, ya me encargaré de el cuando tengo dieciseis años. Ocupate vos y dejame a mí que limpie el pueblo de roña.

Ayer, al ir a la comisaría, ha visto un letrado que le han pintado en la fachada principal donde ha leído con no poca mala leche.

"El comisario es un malevo. Cochinanga quiere verle lejos... Muy lejos de este pueblo"

Cuando entró en el zaguan, gritó.

- ¡Chino...; Negro...; Malandra...;Curdela;;

- Señor... señor... -dicen los cuatro apareciendo por la puerta del despacho del Comisario.

- ¿Qué hacíais ahí?... ;Inmediatamente, mirad a ver quién de vosotros **conoce** esa caligrafía de la pared, para identificar al cabrón que la ha escrito; ¿Sabéis qué es caligrafía? ¿Lo sabéis, o no...?

- ¡Sí, comisario! -dijo "Curdela". Los rasgos...

- ¡Pues, salid a ver si conocéis quién la escribió? ;Y si no la conocéis, con pintura negra, borrarla todo antes de que venga el vecindario a leer esa cobardía.'

- ¡Si comisario... sí comisario...!

Después de borrar aquel texto les dijo.

- Esta noche, la vamos a pasar de ronda, de dos en dos. ¿Me oís? ;De ronda; Recorreréis el pueblo de cabo a rabo, y al que vichéis que escribe en las paredes, meterle bala sin dudarle, pero, meterle bala aunque sean palabras del "Padrenuestro que estás en los cielos," y estén escritas por el "beato";

Sin embargo, por el pueblo, corría una letra y música que decía:

"Qué le pasa al comisario
que se nos vuelve cabrero...
Le están saliendo los cuernos
y lo "caga" tuito el pueblo.

El comisario Bastida
es un hombre acobardao,
vive pendiente del arma
y es matungo... corcoveao "

"Qué la pasa al comisario

que, en ser verdugo se afana.

¡Mal haya a quien nos mandó,
un retobao con picana; "

- Remigio, cariño, mirá vos lo que te dicen en ésta carta que acaba de venir.

- ¿Qué carta? ¿Qué carta es esa?...

- Ésta, que llegó recién...

- ¿Y quién te mandó a vos, hija una gran puta, el abrirla? Pero, ¿quién te ha dicho que me abrás la correspondencia, so guaranga?...

- Remigio... pero, ¿qué me decís?...

- ¡Ni Remigio ni carajo! (Le pegó un bofetón^y la tiró contra el sillón del tresillo en la sala.); Esto se acabó, se acabó;

Llorando, la pobre mujer, y llena de miedo, pues bien sabía qué genio tenía el comisario, le dijo.

- Está bien... Está bien, querido, no abriré nunca jamás una carta que venga a vos dirigida.

- ¿Qué dicen? ¿Qué has leído que me dicen?...

- Que, por circunstancias especiales, no pagarán nunca jamás el tanto por ciento acordado en "El Yacaré".

- ¿Eso dicen? ¡¡Hijos de mil putas!! ¿Te das cuenta, que todo parece confabulado para destruirme?

¡Pues no lo van a conseguir! Este fin de semana, iré con los cuatro agentes y vamos a ver si pagan o les traigo engrillaos a los que envenenaron a tu marido; ¡¡Atorrantes!! ¡Van a saber quién es Remigio Bastida-Crespo;

- ¿No será mejor que lo dejés todo como estaba, cariño

y evitás líos mayores?

- ¿Que lo deje? ¡Antes muerto! No saben ellos los comisarios que tiene éste comisario.

- Por favor... No te pongás así, querido.

- Que no me ponga ¿eh? Qué bonito... Qué mujer tengo tan dulce... Tenía que darte vergüenza que, quien defiende a tu marido sea yo, al que llaman -no sé si lo sabes: cornudo... ¡Cornudo! me dicen por las enramadas y escriben por las paredes; ¡Ah, qué tierra esta de porquería y de fanfarrones de boquilla! ¡Tierra de bla bla bla bla, y nada más que de eso...

- ¿Qué dices, Remigio, pero qué dices?

- ¡Tierra de mucho himno y mucha escarapela, pero, ya los hubiera querido yo **enfrentar** a todo vuestro ejército con una compañía de legionarios mandada por Millán Astray!!! Aquellos saben tenerlos bien puestos!!!

- Remigio, respeta a mi país, respeta a la tierra que te dio asilo, refugio, como a todos los que huían de Europa, y hasta bienestar. Debes dar gracias a mi tierra y a Dios que, hacia ella te guió.

- ¡Ni Dios ni hostias benditas!!! ¡Calla! ¡Calla ya!!! Si se presenta en mi comisaría le meto a El, al primero, la picana, lo mismo que a cualquier malevo.

- ¡Ay, ay, Dios mío... Y lo dices tú, el aristócrata... El titulado conde...

- ¡Ni conde ni carajo bendito! ¡No quiero más tiatro a mi lado! ¡No creo en nada, en nada!!! Soy el más desgraciado de los hombres!... ¡Dejadme todos en paz!!!

- ¡Pobre hijo nuestro... ¡Ay, pobre hijo de mi vida! Te voy a sacar un Geniol con una taza de té, por ver si se te pasa ese carácter, Remigio. Dios mío, que no se

entere de esto la muchacha o seremos la indignidad del pueblo. Qué vergüenza, ...qué vergüenza...

- Poco a poco todo se puede ir sabiendo... Andá, andá, Adelina y sacáme ese Geniol, a ver si de una vez por todas la espicho. ¡Sácame veneno si quieres y me lo das como Geniol; „Estoy harto, harto de todo.“ No le tengo apego a nada!

- ¿Ni a tu hijo, tienes un hijo?

- Ese será el último desgraciado de los Bastida-Crespo, los condes de La Peñuela.... Unos imbéciles que venían maldecidos desde hace mil años, y yo fui el último eslabón de aquella miserable cadena!

- Qué cosas horribles dices. Pero, si eres otro...

Si no te había oído nunca decir tantas barbaridades, Remigio. Algo extraño está pasando aquí, algo extraño... si me lo había anunciado la pitonisa... y yo no quería creerle... "Todo dará un vuelco en su casa." Qué verdad me dijo... qué visionaria...

Al día siguiente de haber dicho el hijo de don Dionisio y de Purita, tanto disparate, e, incluso, pegarle a su mujer, llegaron a Cochinanga tres personas que venían de Buenos Aires, exclusivamente para hacer una investigación.

Eran las diez de la mañana cuando llamaban en la Comisaría. Tomando mate estaban los cuatro agentes y, escribiendo un atestado en la máquina Olivetti, se hallaba el comisario Bastida.

Salió a ver quién llamaba, "el negro" Urdanta, quien al ver a tres desconocidos les dijo.

- ¿Qué desean ustedes...?
- Venimos de la Capital Federal. ¿Está el señor comisario?
- Sí señor. ¿De parte de quién le anuncio?
- De una comisión que viene para hablar con el. Dígaselo así.

Bastida, que cesó de escribir y aplicó el oído a lo que decían en el antedespacho, salió a la puerta colocándose bien abrochado el cinturón que llevaba el revólver. ¿...? La cara decía lo que estaba pensando.

- Señores... ¿Qué desean ustedes?
- Queremos, en primer lugar, que usted nos reciba.
- ¿Se quieren identificar?
- Cómo no, cómo no...
- Lo haré yo. El señor, es don José María Zambrano. Médico forense, con ejercicio en la Capital Federal.

El señor, es, el Secretario del Partido Comunista, Sección Federal, Barrio de San Telmo. Y yo, yo soy el Abogado, Mario Torres Quemada. Queremos tratar con usted largo y tendido...

Dudó si era bueno o no atenderles... En un segundo se le subió la sangre a la cabeza y ello fue bien visible para los tres visitantes que no le retiraban la vista de su rostro... La cara se le puso roja, como echando fuego.

Pasados unos segundos les dijo con voz dubitativa.

- Tengo mucho, mucho que hacer, pero, pasen, pasen a mi despacho. ;Sosa, Vázquez, entren ustedes también, y, ustedes dos, quédense acá y no se retiren un metro de esta puerta.;

Sentados en el despacho, comenzó la conversación, al parecer, suavemente. Mientras tanto, la noti-

cia de la llegada de aquellos tres forasteros había circulado por todo el pueblo, y eran muchos los que trataban de acercarse a la comisaría por ver qué gente era aquella.

- Comisario Bastida, Hace diez meses, creo que vino por acá un hombre llamado Santiago Peña, dirigente del Partido Comunista, Sección Buenos Aires. Ese hombre, incomprensiblemente, desapareció tras de la llegada a Cochinanga. Se perdieron todos los rastros sobre su persona. ¿Qué sabe el señor comisario sobre dicho señor?

- Pues... pues les diré que...que efectivamente, acá estuvo. ¿Verdad Sosa? ¿No se llamaba así, Sosa, como han dicho estos señores, aquel hombre que vino a verme unos segundos?

- Sí, comisario.

- Quiero que me diga el comisario, el motivo de la visita, porque, ha de constar en su "entrada de personal".

Quiero -queremos saber- si le dio usted orden de abandonar el pueblo...si lo encerró... si sufrió algún castigo... si recibió torturas... Usted tiene que saber algo ¿no es cierto? ...

-¡No es cierto, no, yo no sé nada! Vean, por favor, por favor ¿quieren hacer el favor de marchar los tres inmediatamente de esta comisaría? ¡¡Acá mando yo!!

¡¡Yo!! ¡Nos ha jodido!! ¡El comisario soy yo, y yo soy el que pregunto!

Los tres se levantaron a una de los asientos, cuando lo hizo Bastida, con gesto de violencia y de terror.

- Señor comisario -le dice Mario Torres- Hemos venido hasta acá, para saber dónde está ese hombre, y

usted tiene que saberlo. ¡De acá, se lo puedo asegurar, no saldremos sin que usted nos aclare lo sucedido a Santiago Peña;

- ¿Que no se van a marchar?... ¡Ja! ¡ ¡taría bueno...!

Pero, mirá vos, Sosa, por quién nos han tomao estos maulas porteños... ¡Así que, ésta comisaría y mi gente somos verduritas, no? ... ¿Lo ven ustedes? ¡Es el arma y, en mi mano, es la ley! ¡La Ley! ¡ Vosotros dos apuntad también a cada uno de estos tipos; ¡

(Así lo hicieron sacando el revólver cada uno de su cartuchera y poniéndoselo en el cuello)

- ¡¡Fuera!! ¡Fuera! ¡Largo de aquí los tres; ¡ **Largo** de mi comisaría el leguleyo... el dotorcito y el comunista; ¡ Si quieren hablar conmigo, han de traer un documento en condiciones, piolas; ¡ ¡Rascas; ¡ ¡Fuera de esta casa; ¡

Cuando salieron vieron que, los otros dos agentes también les apuntaban con sus armas. Delante de los policías, salieron a la calle, donde había no pocos vecinos curioseando. Al ver a los tres forasteros encañonados, muchos de ellos pensaron que era un atraco a la comisaría, y que les salió el tiro por la culata. No faltó quien creyó que eran del "Radical", y, habían venido a tomar la policía, pero, Bastida supo defender como un león su territorio.

Habían decidido, los visitantes vigilar aquel edificio, desde ese momento en que fueron sacados de mala manera. No tenían que faltar ojos que siguieran todos los movimientos que se hicieran dentro de la comisaría; qué hacía el comisario y qué sus cuatro esbirros.

Mientras tanto, Mario Torres, mandó un artículo al diario La Nación de Buenos Aires, en el que hacía una grave denuncia sobre la desaparición de Santiago Peña, y cuanto había allí de sospechoso, máxime desde que, aquel bestia de comisario, les sacó a los tres que formaban una Comisión, hasta la calle a punta de pistola. Aprovechaba el caso para cargar las tintas contra el Justicialismo, que tenía al mando de comisarías a vulgares delincuentes.

Abundio Caseros envió otra nota a su Sindicato, y les recomendó que enviaran a tres de sus más fieles luchadores, si era posible exiliados españoles, que estaban ocupando altos cargos en el Partido.

Así se hizo, saliendo inmediatamente camino de Uruguay.

Era el dieciseis de septiembre de 1955.

Había estallado una sublevación contra el gobierno del general Perón, en Córdoba, Mendoza, y región de Cuyo, que la componen San Luis y San Juan.

Buenos Aires estaba con Campo de Mayo, lleno de indecisiones y, aquella base del Ejército era fundamental para la rebelión.

Sonaba como jefe de la revuelta el general Eduardo A. Lonardi, quien, al no aparecer por ninguna parte Perón, y, más tarde saberse que estaba en el puerto refugiado en una cañonera paraguaya, se le nombra Presidente Provisional. Mientras eso era consumado como oficial, se nombra una Junta Mi-

litar que abarcaba todo el poder de la Nación, según lo advertían en continuos partes militares las radios nacionales.

Toda la nación estaba paralizada esperando acontecimientos. Se temía una guerra civil.

El día diecisiete a las doce de la noche, llegaron a Cochinanga los tres comunistas, quienes, rápidamente, se unen a Torres, Zambrano y Caseros. En ese espacio de tiempo, el Jefe de la Policía de Jujuy, informa por teléfono a Bastida sobre cómo está la situación en su provincia, y, le advierte, "que proceda con tiento, como más a él le convenga, pero, siempre buscando el buen resultado para el Gobierno de la Nación, que sigue siendo el mismo, mientras que Perón no renuncie." "Que, las radios no hacen sino engañar al pueblo, y que, el panorama está sin decidir:" "No hay que bajar la guardia, Bastida".

No necesitaba más Bastida para creerse un napoleoncito dentro de aquella zona fronteriza con Bolivia. Aquello fue darle carta blanca en sus decisiones.

Reunió a los cuatro agentes y les advirtió de lo que pasaba en el país.

- Compañeros: No ignoráis que, desde ayer, han salido unos generales llenos de ambiciones con la pretensión de derrumbar al gobierno que ha elegido el pueblo trabajador. ¿Qué buscan esos cobardes? Sentarse ellos en las poltronas ministeriales y acobardar a los trabajadores y a las gentes honestas. Tienen sublevados algunos regimientos y guarniciones en Cuyo y en la Provincia de Buenos Aires, pero, no van a ganar, yo os digo que no van a ganar, porque todos estamos con nues-

tro Líder, el general Perón y su Justicialismo, que es la doctrina que ha elegido el pueblo. Sabéis también, que, están en Cochinanga tres atorrantes radicales enemigos del pueblo labrador. Aprovechando ésta situación han caído por aquí para hacernos daño, pero, se van a equivocar. Han venido a saber qué fue del comunista Peña, aquel que os lo cargasteis metiéndole picana sin mi autorización. Alguien ha denunciado el caso -lo estoy viendo muy clarito, y ahorita mismo lo vamos a descubrir acá, pues, el traidor está entre nosotros. ¡Yo quiero saber quién ha sido el traidor para ajusticiarlo acá mismo; ¿Por qué? Pues, porque, habiendo dicho una palabra de secreto y juramento de honor, ese cerdo, no merece vivir entre personas serias de esta comisaría;

Los cuatro hombres firmes y grandes como gigantes, no movían los labios ni las pestañas.

- ¡Aquí hay, entre nosotros -os lo repito- un traidor, como le hubo en la Santa Cena. Al traidor aquel le llamaban Judas. Vamos a ver: ¿Eres tú, Sosa el Judas de la comisaría?

- No, señor comisario, no lo soy.

- Te creo. ¿Eres tú, Urdanta?

- ¡Le juro que no, comisario;

- Y yo te creo. ¿Acaso eres tú, Olave, quien ha dicho el secreto enterrado, y lo ha dicho por ahí en algún boliche, cuando estaba "mamao."?

- ¡No, comisario, no; ¡Enjamás lo hubiera yo dicho, comisario;

- Te creo, hijo, te creo... Pues, ya ves que quedas

tú, sólo tú, Vázquez... ¿A que ha sido tú el que lo so-
pló, a que sí?...

- Pero fue sin mala intención, comisario.

- ¿Véis? ¡Acá está el Judas de Cochinanga! ¡Este es
el Judas! ¡A quién se lo has dicho, cabrón, a quién?

- Fue una pavada... Lo dije el día 'e la fiesta y del
bautizo... porque andaba un poco curda...

- ¿Quién estaba allí?...

- Salvador Villa, mi primo.

- ¿El? (Sacó el revolver inmediatamente y les dijo:
¡Quitadle el arma a este hijo de puta!)

- ¡No! ¡No!

Echándose hacia atrás se arrinconó con el
revólver apuntándole al comisario, mientras sus ojos
echaban fuego. Quería defenderse a toda costa.

- ¡Cuidado! ¡Mucho cuidado lo que hacemos unos y
otros! ¡Obedeced al comisario! Obedecé vos,
que no pasará nada... Dame el arma Vázquez, y va-
mos a ver cómo se resuelve este fregao que me has
organizao... ¡Trae el arma... por favor...

- ¿Me jura, comisario que no me traicionará, me lo
jura delante de todos?

- Tenelo por seguro. Comprendé que, acá, nos estamos
todos jugando el pellejo. Traé el arma, y no seas
estúpido.

- Espero sea el comisario Bastida de palabra. Ahí la
tiene.

Tenerla en la mano y apuntarle con las dos, una
en cada mano fue todo rápido como relámpago, mientras
gritaba como loco a los otros tres agentes.

- ¡Vienen a descubrir el muerto que tenemos enterrao!

¡ A eso vienen; ¡ ¡ Alguien le mató, yo no fui...'
 ¡Agentes ¿quién fue el matón? ¿A quién hay que echar
 la culpa para que ya nunca más lo desmienta? ¡¡A es-
 te delator que está ahí arrinconado;; ¡A "Malandra";
 ¡¡Sacad las armas y, fuego contra el ¡¡

Cinco disparos acabaron con la vida del indio
 que había contado todo en casa de Enrique Zangocho,
 el día de la fiesta, estando presente el socio Sal-
 vador Villa, que era empresario de "El Yacaré".

Los disparos se escucharon por todo el pueblo
 y, parte del vecindario se escondió bajo techo, se-
 gún estaba de asustado todo el país... Aquello les
 pareció que estaba unido a la sublevación que tan-
 to repetían las radios.

En ese momento, justo en ese momento, seis per-
 sonas que habían llegado de Buenos Aires, -junto con
 algunos **comunistas** y radicales que estaban en clan-
 destinidad y ahora habían sacado las armas, -iban ca-
 mino de la comisaría. Los tres agentes y el
 comisario, también habían salido del edificio, para
 tomar por las armas la Municipalidad y dictar un
 bando asegurando la paz en Cochinanga.

De no ser los momentos que se vivían tan trágicos,
 el que viese a los dos grupos -los unos saliendo
 del pequeño hotelito, y los policías armados desde
 la comisaría, y que tenían por fuerza que verse fren-
 te a frente- lo hubiera tomado a broma, o como una
 escena propia de llevar al cine, pero, allí no ha-
 bía director ni cámaras, era pura realidad.

Caminando unos y otros con no pocas precau-

ciones, llegaron a encontrarse en la Plaza del General San Martín, aquella que tiene una preciosa estatua ecuestre del prócer entre rosales y aligustre.

Todos llevaban armas, pero, de momento evitaron la confrontación.

Los cochinanguenos, les seguían a distancia para saber el resultado de aquella mini-batalla.

Parapetados estaban unos y otros detras de las plantas que formaban caprichosos dibujos rodeando a San Martín. Habló el abogado Torres muy fuerte para decirles.

- ¡Comisario Bastida; ¡Traemos orden de Jujuy para levantar el huerto y sacar el cadáver de Santiago Peña, que allí le tienen enterrado;

- ¡ Yo soy la ley, leguleyo del carajo; ¡La ley la dicta el comisario, y sepa que, esa ley, acaba de matar a quien mató a Peña; ¡El que mató a Peña lo ha pagado con su vida; ¡Fuera de mi pueblo los traidores; ¡

- ¡Comisario; Escuche una voz que le ha de recordar algunas cosas, y no proceda como una bestia. ¡Razone y escuche, comisario;

La voz salida de entre aquella barrera verde que les llegaba hasta la altura del pecho, y que separaba a unos de otros unos treinta metros dijo:

- Comisario. Engañarás a todos los de este país hermano, pero no a mí ni a los míos. ¿Por qué no les has dicho que eres español; que eres un fascista, y que en Madrid, mataste en 1936 a dos compañeros nuestros?

¿Por qué no les dices que huíste cobardemente lejos

de España por temor a la justicia? ¿Por qué no les has dicho que te llamas Crisanto Bastida-Crespo Arroyo, y que eres de la misma calaña que los nazis y fascistas que por América están escondidos, o estáis mandando a los secuaces imperialistas? ¿Callas, eh?...

‘Tú eres un criminal allí y aquí.’ Has matado, cobardemente a un compañero nuestro sólo por ser comunista; por el odio que traías almacenado desde Madrid.
- ¡¡ Os mataré a todos los que matasteis a mi padre; ¡
¿Quién mató a mi padre? ... ¡¡ Os mataré a todos; ¡

Acabó de decirlo y disparó contra el aligustre donde estaban los contrarios. Los del grupo también dispararon contra los policías, y se organizó en la pequeña población de Cochinanga una **mini** batalla que, al cabo de dieciseis años, era continuación de las de Brunete, Teruel y el Ebro. Las pobres gentes del pueblo, la indiada y, la no "pelo duro", oían los gritos... los disparos... pero no entendían nada, y menos querían intervenir. Una de las balas, le pegó en la cabeza a Sosa, y cayó al suelo muerto. Al verle caer, huyeron "el negro" y "curdela" como gato que escapa del fuego. Bastida, volvió la vista hacia ellos, les escupió, y llenó el espacio de maldiciones, agarrándole a Sosa su arma para mejor defenderse. Los tiros se intercambiaban de uno a otro lado. Bastida, ciego de ira, buscaba hacer blanco en sus propios paisanos, para acabar con ellos. En un momento de locura, salió del aligustre y se fue hacia los contrarios con un arma en cada mano. Llegó a la base de la estatua del Libertador y escudándose en

ella disparaba en cuanto asomaba una cabeza entre el verde, hasta que, una bala, buscó su pecho y cayó al suelo blasfemando.

Tres hombres con las armas calientes, se le acercaron. Uno de ellos era Felipe Barrientos, bravo luchador y mutilado en la defensa de Madrid. Había nacido en la calle Lavapiés. Conocía bien a Bastida, al hijo del conde de La Peñuela, desde niños, y, sabía todo su pasado perfectamente. Cuando le vio en el suelo, aún le dio tiempo para preguntarle.

- ¿No me conoces, Crisanto? Soy Barrientos, al que buscabas para cargártelo cuando llevabas la camisa azul y las cinco flechas ¿No te acuerdas de mí?...

- ¡Hijo de mil putas!!

Quiso elevar el revólver para dispararlo pero, no pudo, ni tenía bala.... Sangrando a chorros y con la mano puesta tapando el boquete, balbuciente, le oyeron decir: "Me has vencido, cabrón...me has vencido"...

- Soy el hijo del ebanista "Pinocho" ¿No te acuerdas?

- Sí... me has...vencido...

Al día siguiente, enterraron a Joaquín Vázquez, a Prudencio Sosa y, a Crisanto Bastida-Crespo. Esa misma tarde era proclamado el estado de libertad y de paz por todo el país. La revolución, llamada democrática, parece que había triunfado.

Perón, huía en la cañonera, camino de Paraguay, donde le esperaba su fiel amigo, el general dictador, Alfredo Stnessner.

F I N

Julio 1987

Novelas del mismo autor con temática Hispano- Argentina.

TRAGICOMEDIA DE TIAGO HERNÁEZ.

EL CABALLERO DE CALATRAVA.

MORIR EN PRIMAVERA.

LA SAGA MALDITA DE LOS TORQUEMADA.

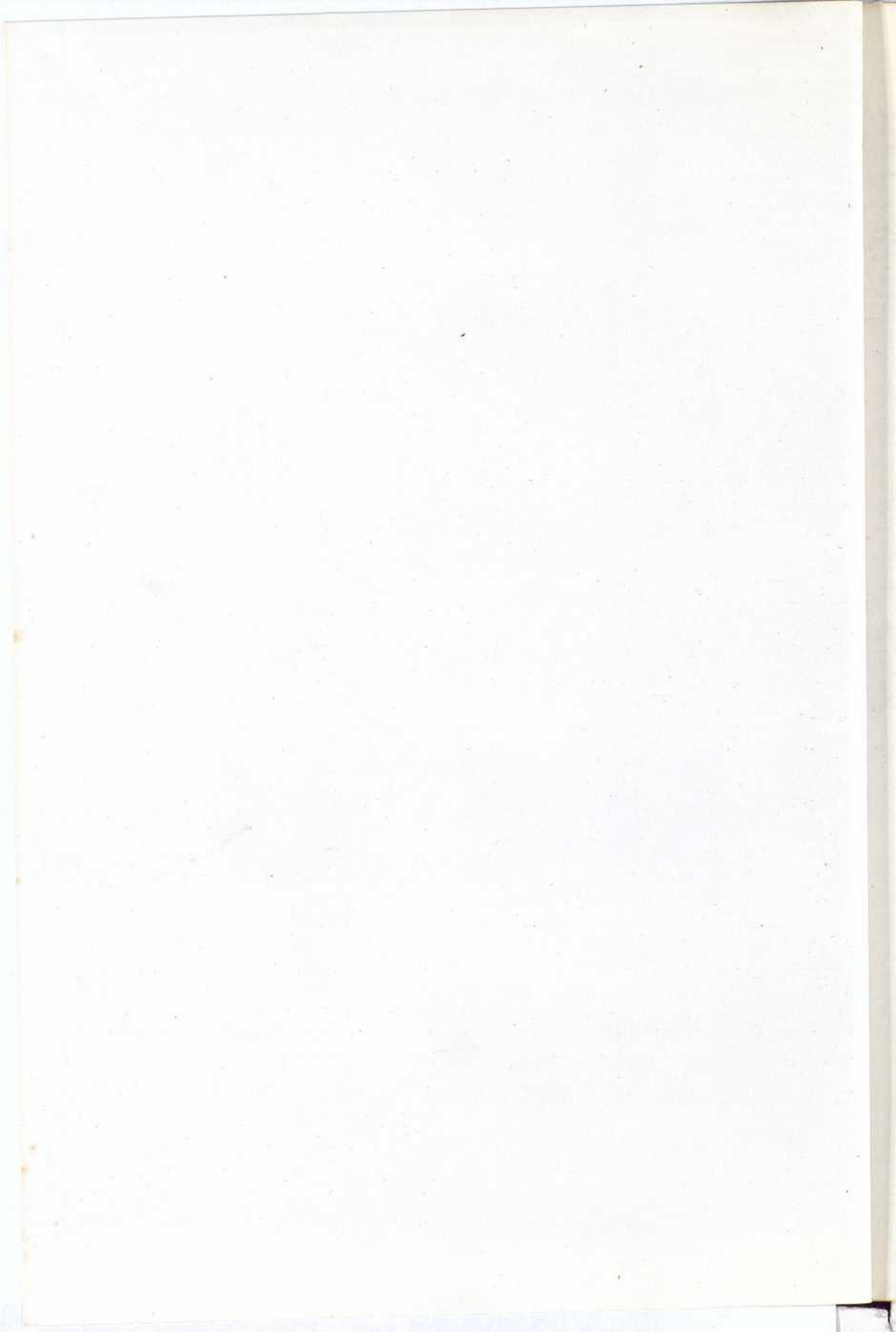
LOS GENES NO CREEN EN DIOS.

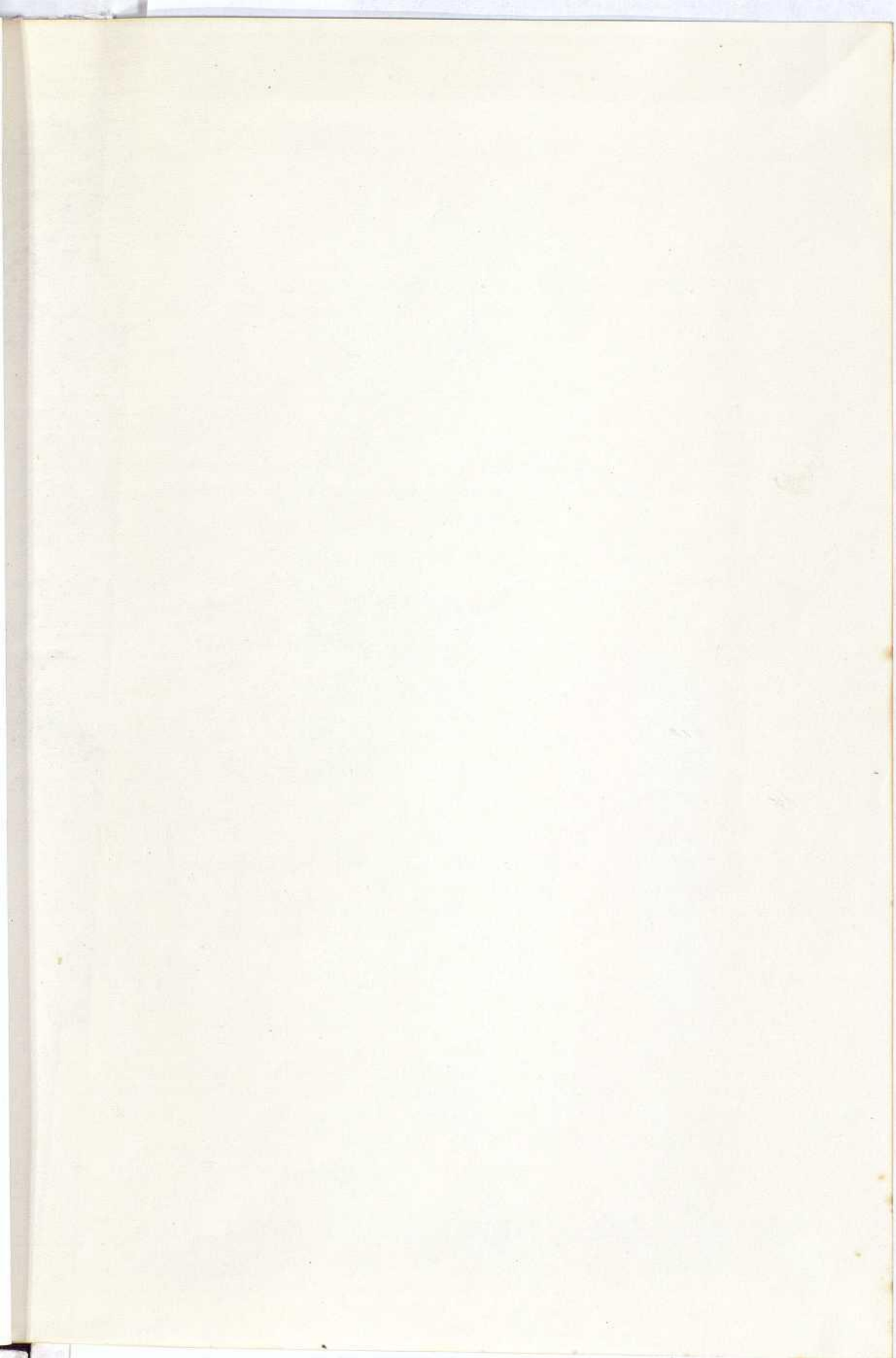
Se nota el cariño del autor por llevar parte de la obra a tierras de América, desde "El Caballero de Calatrava", escrita en 1951 hasta LOS GENES NO CREEN EN DIOS, año 1987.

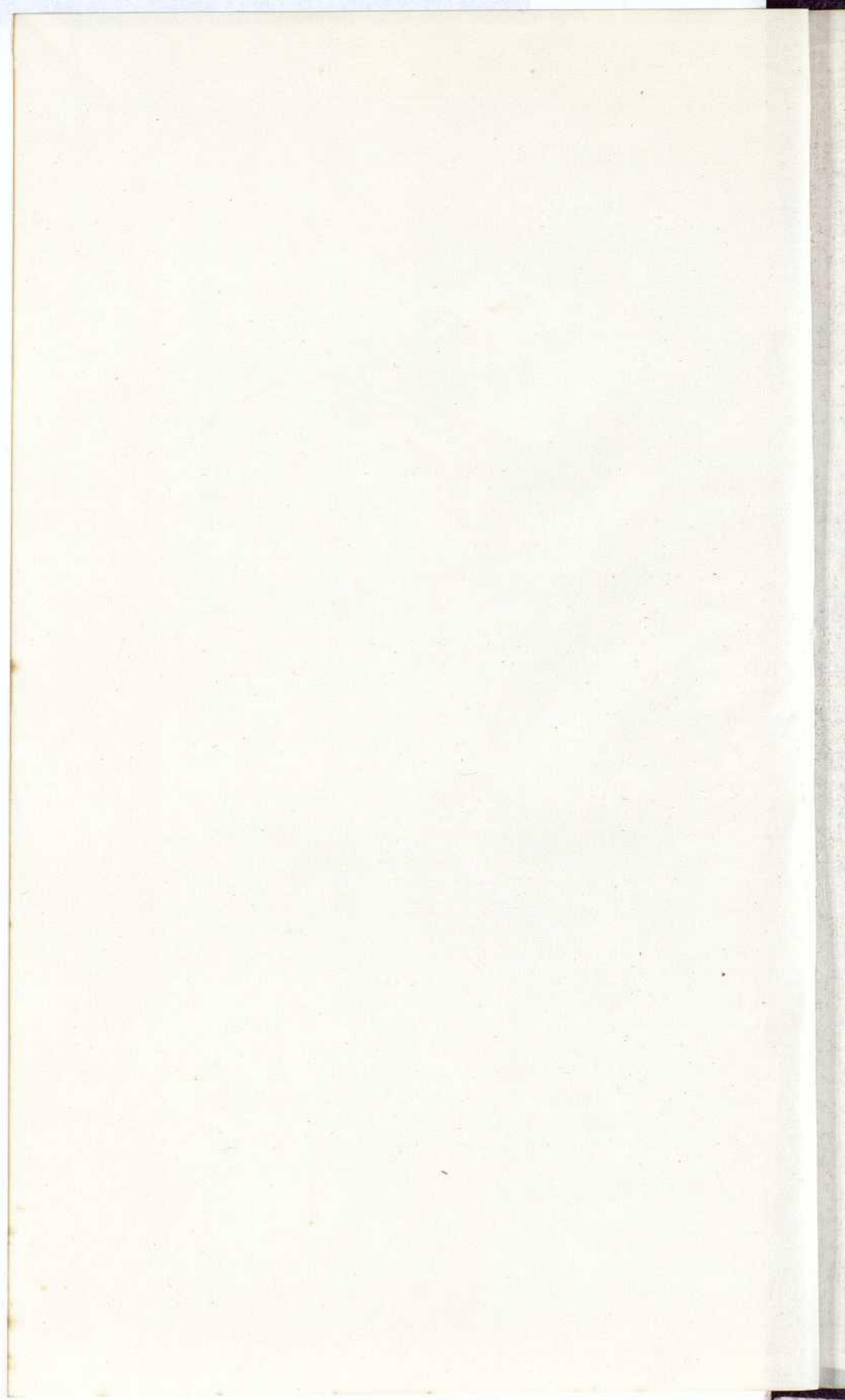
AJUSTE DE CUENTAS

REVELTO SIGUE EL MUELO.

AUTOS, SOTANAS Y MENGANAS







ENCUADERNO
F. MARANDON (Logrono)



A CILERO
ULECIA

LOS GILNES
NO CREEN
EN DIOS

CIL-14